FRANCIS JAMMES

Manzana de Anís

FRANCIS JAMMES

MANZANA DE ANÍS

DOMENECH

SHOUT
SHARE
IT

INSTRUIR
DELEITANDO
E. DOMENECH
EDITOR

INSTRUIR
DELEITANDO
E. DOMENECH
EDITOR

MANZANA DE ANÍS

FRANCIS JAMMES

Manzana de Anís

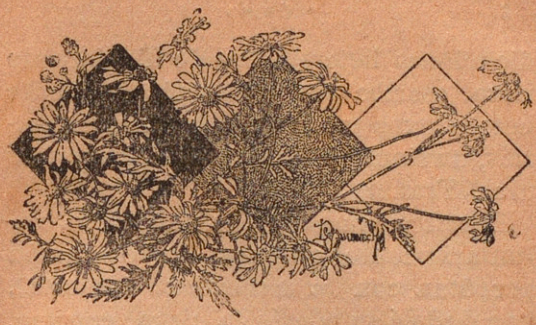
CLARA DE ELLÉBEUSE

ALMAIDA DE ETREMONT - MANZANA DE ANÍS

TRADUCCIÓN
de
ENRIQUE DIEZ-CANEDO

BARCELONA
E. DOMENECH, EDITOR
1909

ES PROPIEDAD



FRANCIS JAMMES

En los Pirineos Bajos, á la orilla del Gave de Pau, vecina de España, una población francesa, que fué capital del Béarn en el siglo XIII y hogar, siglos después, de la secta calvinista, existe hoy, tranquila en su reposado vivir de pueblo grande. Llámase Orthez. Las guías dicen que es una antigua ciudad, á la entrada de un valle; que tiene 6524 habitantes y comercio de cueros, de jamones, de cal hidráulica, fábricas de conservas alimenticias é hilados de algodón. Lo que las guías no dicen, es que en la vieja ciudad, que oyó las pre-

dicaciones heterodoxas de Teodoro de Beza, escribe sus versos técnicamente heterodoxos y sus prosas extraordinarias, un singularísimo poeta de nuestros días, Francis Jammes.

El retiro campestre, la existencia voluntariamente obscura, la comunión perpétua con la naturaleza inmortal, han dado á su poesía la clara, enorme, sencilla originalidad que le ha hecho famoso. Del campo es la fragacia de sus versos, que no se ajustan á la métrica corriente: no son como bojes recortados por mano de jardinero experto, sino como ramas libres de un arbusto silvestre, armonioso aun en su despeinada profusión de follaje.

Francis Jammes, nacido en Tournay en 1868, fué en su juventud pasante de notario. Publicó sus primeros versos, un folletito: *Six sonnets*, en 1891, y sucesivamente otras composiciones recogidas en cuadernos que reimprimió, en 1898, en el tomo que lleva este título: *De l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir, 1888-1897*. Ya por entonces habíase retirado á Orthez, con su madre viuda, y moraba en la vivienda que supo evocar el malogrado Carlos Guérin en hermosísimos versos. Como son ellos cabal retrato del poeta, y fiel trasunto de los lugares en que vive, quiero copiarlos aquí, solo frag-

mentariamente, trasladados á nuestro idioma:

Poeta, tu mansión á tu faz se parece.
Tiene barba de hiedra, y el cedro que ensombrece
con sus ramas las dos vertientes de tu techo,
como tu corazón es altivo y derecho.
El musgo de las tapias del corral es adorno.
Un solo piso humilde tiene la casa. En torno
del pozo y del laurel, en el jardín, hay grama.
Cuando el grito escuché de tu verja que clama
como pájaro herido, sentí tierna emoción.
A tí se encaminaba, tiempo ha, mi corazón,
y te encontré lo mismo que te había soñado.
Vi á tus perros jugar en el enarenado
suelo, lánguidamente; y hallé bajo el listado
sombrero tuyo, igual á urraca negra y blanca,
el suave acogimiento de tu mirada franca.
Encuadra el campo tu ventana pensativa.
Los cristales abiertos de un armario, la quieta
campiña copían, entre tus libros de poeta...

***

Juan de Gourmont ha escrito:

«Cuando el simbolismo agotaba todas las fantásticas riquezas verbales, la poesía de Jammes se nos apareció como una muchacha desnuda, en el rocío de una mañana verdadera. Era un refrigerio, como una paseata por entre árboles y hierbas. Una vez más, un poeta descubría la naturaleza, la desnudaba, la contemplaba, la poseía, como á una mujer viva, de cuya sonrisa y de cuyo perfume se hubiera enamorado.» Una muchacha desnuda: he aquí el símbolo perfecto de esta poesía, impregnada de

naturaleza, ingénua virginalmente, alejada todo lo posible de la *literatura* que despreciaba Verlaine.

El arte poética verleniana, quizá no ha tenido más fiel cumplidor que Francis Jammes, y no de propósito, sino por temperamento. Este retorcer el pescuezo á la elocuencia, este apoderarse de todo matiz por fugitivo que parezca, este desprecio absoluto de la rima y de la métrica consagrada, juguetes de pacotilla, máscaras de una imaginación vacua y de un corazón enjuto, han sido llevados por Jammes, naturalmente, con toda espontaneidad, á términos inconcebibles. Y de aquí la acusación de inhabilidad técnica ó de punible descuido que se ha formulado contra él. Pero, con todo, ¡qué profundo y maravilloso espíritu de poeta vaciado en moldes libres, apropiadísimos á su inspiración, le han reconocido hasta los más adversos! «Hoy no existe en Francia, indudablemente—afirma Remigio de Gourmont—otro poeta capaz de evocar un cuadro tan claro y verdadero, con palabras tan sencillas, con frases por el estilo de las de una conversación vaga, y que, sin embargo, como por casualidad, formen versos encantadores, puros y definitivos.»

El fondo de la poesía de Jammes es una mezcla de imperturbable pureza y

de insistente sensualidad. La imágen de la muchacha desnuda se completa con el calificativo de *fauno* que se ha aplicado al poeta. El fauno se complace, á cada momento, en descubrir la recatada hermosura, se goza en la contemplación minuciosa y morosa de sus encantos naturales y en el deseo carnal que le inspiran.

Jammes ve la naturaleza como un pintor primitivo: no como una gran armonía de campos verdes y cielos azules, empurpurados, á la veneciana, en el ocaso ó en el orto, con lejanías que van perdiéndose y esfumándose, sino como un conjunto de vidas, bien diferenciadas, en el que cada hombre, cada bestia, cada planta y hasta cada flor y cada hoja, tienen una voz que se oye distinta y clara en la suprema sinfonía total. El mismo ha dado el resúmen completo de su visión en una de las breves *Notas*, que son como poemas en prosa, recogidas en su libro *Pensée des Jardins* (1906). Titúlase *Sobre verdaderos Gobelinos:*

«El entrecruzamiento de los astros, las curvas que los unos describen en las órbitas de los otros, las líneas que trazan, la periódica reaparición de cierto planeta amarillo, ó azul, ó turquí, ó violado, ó anaranjado, ó verde, ó rojo —según su composición química—todo

es parte de un telar de sedas complicadas en que se teje el mundo visible. De aquí, la Tierra.

»Tejidos somos nosotros y tejidas las cosas. Formamos parte de las tapicerías del Infinito, que es el palacio de Dios.

»Esta caza de liebres en esta llanura; estos monteros sofocados; esta fontana que refleja helechos; esta rosa en este seto; esta mujer que abre el cañizo de un campo, ¿son algo más que un sabio bordado y una pintura sutil, tejidos con los volantes de la gravitación, los rayos del espectro y las madejas de los cometas?

»Heliotropo humilde, de rostro que se opone al sol y sigue los movimientos de su rueca innumerable! Tan hermano eres del copo de nieve como de la célula cerebral que me ayuda á explicarte en este momento.»

Pero, en ocasiones, agrándase la pincelada, y el paisaje que describe va de lo pequeño á lo inconmensurable en una soberbia gradación, como en esta poesía que á renglón seguido se copia, en traducción nuestra:

El campesino, cuando el sol se pone,
con su rebaño de la feria vuelve
por el sendero. Muchas veces, duros,
los becerrillos en volver se obstinan,
y, para que adelanten, es preciso
tirar con una cuerda de su cuello.

Mas los becerros, de humedos y blancos
hocicos, muerden la tirante soga.
De pronto alguna oveja se desmanda
y el perro del pastor, perro amarillo
que parece tallado de madera,
la persigue ladrando y revolviendo
nubes de polvo en el camino. Al borde
del camino hay un seto; la pradera
tras el seto se extiende; la campiña
dilátase después; en sus confines
se escucha el son del Gave; los ribazos
más allá se recuestan, con extensos
cuadros rojizos, verdes y amarillos.
Donde acaba el ribazo, por encima,
pero mucho más lejos, las montañas
encúmbranse; y encima de los picos
el aire ilimitado se prolonga.

***

Sus libros de poesía muestran una evolución no interrumpida de su espíritu. En *De l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir,* aparecen los recuerdos de infancia; la vida familiar en la provincia callada; los muebles que conservan algo del alma de los que fueron dueños suyos; los campesinos humildes; los huertos colmados de verdura; los opulentos frutales; las bestezuelas del campo; las muchachas de falda corta y pelo suelto; las criollas románticas que quieren con pasión y se mueren jóvenes: todo el repertorio de una poesía que se desprende de ese mundo sencillo, suave, hondamente afectivo, inspirador de Francis Jammes. En *Le Deuil des Pri-*

mevères (1901) muéstrase lleno de inquietud apasionada, de vacilación juvenil en las elegías; y en las estupendas *Quatorze prières*, con que acaba el libro, llega á las cumbres de una compasión amorosa por todo lo creado, por lo que sufre silenciosa y resignadamente, por los dolores humildes y los desgarramientos brutales, que hace pensar en un moderno Francisco de Asís. *Le Triomphe de la Vie* (1902), que comprende dos poemas: *Jean de Noarrieu* y *Existences*, pone en acción los elementos poéticos dispersos en las colecciones precedentes. El primero, poema que contiene acaso los trozos más hermosos que Jammes ha escrito, le retrata de cuerpo entero: está lleno de naturaleza y de sensualidad. *Existences*, desarrollado en forma dramática, refleja prodigiosamente toda la vida de murmuraciones y de contemplaciones, de ridiculeces y de *cochonneries* de un pueblo pequeño. El lenguaje es de una naturalidad asombrosa, de una desnudez nunca intentada; junto á trozos líricos de gran vuelo, tiene pasajes de un voluntariamente exagerado prosaísmo. No recordamos en arte nada parecido, y sólo se puede comparar en cierto modo con lo que son en música la *Luisa* de Charpentier, ó, quizá mejor, la *Sinfonía doméstica* del poderoso Ricardo Strauss.

La postrer colección poética de Jammes, *Clairières dans le Ciel* (1906), compónese de un poema en tercetos, *En Dieu*, consagrado á la virginal Eugenia de Guérin; de una serie titulada *Tristesses*, notas llenas de un sentimiento matizado; de un poema en diálogo, *Le Poète et sa femme*, seguido de varias poesías y de *L'Eglise habillée de feuilles*, monólogo místico, hecho de contemplación y de plegaria, libro de fe y amor: la naturaleza ha llevado al poeta hasta el trono de Dios; el fauno, como en las historias de santos, se ha bautizado, y hace sonar bajo las frondas que visten la iglesia humilde, ante las luces que tiemblan en el altar de la Vírgen María, las rústicas tonadas de su flauta pastoríl, con ardor de neófito, como en ofrenda de todo lo que conoció y amó en su vida pasada.

Porque Jammes es creyente. No ha sido la suya una conversión pregonada á bombo y platillos y traducida en un aumento de tirada para sus libros; ha sido, sencillamente, una vuelta á las prácticas religiosas que ha dado mayor suavidad á sus acentos de poeta y una trascendencia mayor á su concepción del mundo externo. Poesías sueltas, publicadas después en varias revistas, muéstranle tranquilo de ánimo, sensible á lo menudo de los seres, que se le da

como gigantesca representación de un Poder sumo.

***

Características de la poesía de Jammes son una refinada sensibilidad que le hace encontrar nuevas analogías entre seres y cosas, al parecer con cierta incoherencia, y un delicioso humorismo que se manifiesta hasta en su manera de emplear las palabras, que no es la corriente y que basta para darles fisonomía distinta de la que por costumbre hemos visto en ellas. Pero siempre su humorismo va aparejado con la ternura, como en la poesía que sigue:

Junto al cesto de huevos el almanaque lee
la niña. En él, á más de santos y de fiestas
y del tiempo que hará, puede ver los celestes
signos: Carnero, Toro, Cabra, Peces, etcétera.

Así piensa, como es una niña del campo,
que en las constelaciones, tan brillantes, tan altas,
hay mercados iguales á los de aquí, con asnos,
con carneros, con toros, con peces y con cabras.

Sin duda es el mercado del cielo lo que lee.
Y si en el signo Libra la página da vuelta,
piensa que allá en el cielo, como en la tienda, deben
pesar también la sal, el café y las conciencias.

Delicado y sensual, lleno de piedad y de amor más que para los hombres, para las cosas, para los vegetales y las bestias, interésanle, sobre todo, en los seres

humanos las almas indecisas de las muchachas, al despertar de su curiosidad frente á la grandeza de la vida ignorada. Las tres novelas comprendidas en este tomo, tratan de descubrir alguno de esos pliegues recónditos de psicología, de esos casi inaccesibles estados de alma. Clara de Ellébeuse y Almaida de Etremont encuéntranse ante el mismo problema, pero mientras Clara de Ellébeuse, cavilosa é imaginativa, encuentra la muerte como solución, Almaida, la apasionada, en la satisfacción de su apetito de amor halla la clave del enigma. Manzana de Anís es una tímida é inocente criatura, que no vacila en sacrificar á un escrúpulo de amistad toda su ventura posible.

De *Clara de Ellébeuse*, publicada en 1890, pudo escribir Rachilde con exquisita penetración estas palabras: «Novelita, iluminada toda por una tierna luz provinciana, tan pura, tan finamente cernida sobre los contornos de esta artificiosa silueta de mujer de ensueño que más se la tomaría por pintura al pastel que por criatura viviente; pero ha vivido, no hay que dudarlo, la niña rara, y para consuelo de habernos codeado con las semi-vírgenes ó las *feministas* de nuestra época, Clara muere de haber recibido un beso y de sentir... en su alma la preñez de un

amor. Los detalles de este cuentecillo son exquisitos todos, pero no son perversos ni exagerados. Francis Jammes hace lucir cuanto toca. Tiene el don de originalidad que da vida duradera y el de la elección entre las palabras justas de más propia expresión. *Clara de Ellébeuse* es una pequeñísima novela, pero de esta novelita se puede decir que es el compendio mismo de cuanto contiene el romanticismo y ha de contener una historia, falsa ó verdadera. Nada falta ni sobra. Es una obra perfecta.»

En Clara de Ellébeuse ofrece un aspecto muy típico de la personalidad de Francis Jammes. En esta novela, como en muchas de sus poesías, hay un elemento exótico que se explica por una circunstancia familiar. El abuelo del poeta, Juan Bautista Jammes, natural de Orthez, partió un día con rumbo á las Antillas francesas y ejerció en la Guadalupe su profesión de médico. En la Pointe-á-Pitre nació el padre de Francis Jammes, que fué enviado á la metrópoli para seguir estudios. No salió de Francia el padre del poeta, ni el poeta ha querido abandonar su rincón francés, agazapado—son palabras suyas—«entre un grano de arena: los Pirineos, y una gota de agua: el Atlántico.» Pero en su alma hay nostalgias de un trópico lejano, con guardias ma-

rinas que desnudan en sus camarotes á las hijas de los cólonos, lánguidas criollas de ojos profundos; con frutas extrañas, de sabor dulcísimo y perfumes enervantes; con sombrillas y negros y desafíos; con vapores que se deslizan, majestuosos, por la noche colonial... Y este exotismo atávico es tan poderoso en él, que surge á cada momento en una escena, en una comparación, en una palabra de sílabas pastosas, como para moduladas por la boca roja de una mestiza apasionada.

Y su exotismo le lleva en ocasiones á un españolismo un poco á la francesa. Los personajes de *Manzana de Anis* son casi españoles. Unas deliciosas impresiones de Burgos, publicadas en *Le Fígaro* y no reunidas aun en tomo, muestran una curiosa visión de la España religiosa, y, sobre Don Quijote, hay entre las *notas* de *Pensée des Jardins* ésta que traducimos á continuación:

«Se le puede uno imaginar en su bodega, sacando, con parsimonia, de un tonel agriamente enmohecido, sidra áspera y dura; ó bien, en una noche cálida, volviéndose y revolviéndose en una cama llena de pulgas; ó bien, bajo la imponente frondosidad de los bosques del noble Camacho, á la hora tórrida en que la boda no es más que un chirriar de cigarra.

»¡Maravilloso Cervantes! ¿No hay riquezas más que en los pobres? De igual modo que para descubrir la perla y el diamante, se ha de hurgar en la concha y en la ganga groseras, tenemos que ver, en este escondrijo roído de ratones, como se concretan, uno tras otro, Camila, Luscinda, Lotario, Anselmo, Cardenio. De este triste huerto que tiene pocos metros cuadrados, de esta árida y piojosa tierra de la Mancha, de este desierto arenoso que recorre el viajero, según dicen, sin encontrar nada que le regocije la vista, es de donde han brotado estas negras cascadas de verdor, estos parques abundosos en granadas, estos largos castillos de azur hundidos en la frescura hojosa de los torrentes. En esta posada dormiste tal vez ¡oh Cervantes! enfermo y desposeído, en esta posada fumosa, es en donde oíste cantar al gentílhombre disfrazado de mozo de mulas, y á la doncella gemir de amor al escucharla...

»Que Dios me dé tu fin ¡oh Don Quijote! porque quiero morir convenientemente. Quiero morir según los ritos católicos, después de una existencia de desvaríos más ó menos dolorosos. Quiero que la rama bendita de laurel adorne mi alcoba, que mi muerte sea sentida bastante, no demasiado, humanamente, de modo que los que me hayan

conocido mejor, evoquen con placer mi memoria.»

***

De los escritos en prosa de Francis Jammes, destácanse sus agudas y poéticas observaciones acerca de las plantas, recogidas muchas de ellas en el libro últimamente citado, y algunas también á lo largo de *Manzana de Anis*. Y entre todos, otra novela suya, *Le Roman du Lièvre* (1903) muestra su seráfico amor á los animales. El poeta que cantó á los asnos, al humildemente glorioso del Domingo de Ramos, al de Beatríz, al de Sancho Panza, cuenta la extraordinaria aventura de Liebre. Llevado por San Francisco de Asís al Paraíso de Dios, Liebre no se encuentra á gusto. Echa de menos los surcos llenos de barro, el aire del valle natal estremecido por el son de la trompa de caza, ¡echa de menos su miedo, su terror! Y sin ellos no puede vivir.

¿No hay en esto una grandeza semejante á la de aquel episodio indio, la más sublime historia de amor humano que se haya escrito jamás? Todos los inmortales pretenden á una hermosa mortal y se presentan á sus ojos con la apariencia corpórea del humano por ella querido; pero ella sabe hallarle y le prefiere entre todos, porque los cuer-

pos de los inmortales resplandecen tersos y el de su amado, hermoso como ellos, muestra el sudor, el cansancio, los estigmas de la condición humana. Este buen Liebre que sólo en su condición de liebre podría vivir, al reclamar su miedo como una de sus cualidades de esencia, se levanta hasta el heroísmo.

***

Francis Jammes es uno de los raros artistas que, al descubrir aspectos y relaciones de las cosas, han alcanzado la originalidad más preciada, la que crea ó transforma una sensibilidad. No le faltan maestros ni los discípulos le escasean; pero lo que de aquellos ha tomado y lo que á éstos ha trasmitido es lo exterior, lo que á todos pertenece. En la nueva literatura francesa, la huella de su influjo se advierte en mayor medida quizá que la de otros maestros. En España también ha influído, pero el público no le conoce.

Lector: desde las páginas de este libro, tres encantadoras muchachas te sonríen, con sonrisa que tiene algo de dolor. Que sus historias te conmuevan, deleitándote, como un día deleitaron y conmovieron al que hoy se atreve á presentártelas en tu idioma.

E. Díez-Canedo

CLARA DE ELLÉBEUSE

Ó LA HISTORIA DE UNA MUJER DE ANTAÑO

A CLARA DE ELLÉBEUSE

En el fondo del viejo jardín lleno de tulipanes, oh memoria pura, consuelo de mi vida cruel, reposa.

Ni yo te traicioné, ni tú me engañaste. Muerta estabas cuando yo nací, porque en el cielo hay admirables rosas.

Oh niña, oh amiga mía, evoco en este momento el día aquel en que tú, durante un blanco atardecer de otoño, sostienes una regaderita sobre los bojes y en regarlos gozas.

Evoco también el patio de las horas de recreo taciturnas; allí tú pareces, en traje de primera comunión, no sé qué incensario de abierta corola.

Asísteme siempre. Cuando esté melancólico, cuando vaya arrastrando bajo

los olmos de la aldea, en las horas azules del angelus nocturno, mi duda y mi orgullo, pon tu mano sobre mi frente que zumba, tu mano blanca... ponla...

Toma este librito. Está hecho sin arte. Pero sonrío porque me gusta gracias á tí, y porque tú nunca supiste, oh captadora de mariposas, lo mismo que yo, por qué fórmula se ha de amar en verso, se ha de llorar en prosa.

Te doy mi alma. Échala á los pies de Dios. Yo no sé lo que vale. Al hablarte, mi sonrisa solloza. Eres tú la que vino á mí sobre las lilas de mi dolor. Dile á Dios, oh amada mía, que no quiero acordarme ya de la tierra hosca.

I

CLARA DE ELLÉBEUSE se despierta debajo de sus bucles y bosteza contra su brazo desnudo. Es rubia y llena, y sus ojos tienen el color del cielo en el buen tiempo.

El sol de estas antiguas vacaciones largas hace moverse, sobre las cortinas transparentes de indiana rameada, en la ventana del este, la sombra del tulipán.

Son las ocho. La luz pura se desliza en la alcoba, iluminando, en la pared azul y alegre, el retrato de Joaquín de Ellébeuse, el tío-abuelo de Clara.

Y la muchachita bosteza otra vez, se estira y piensa:

¿Cómo sería el tío Joaquín de Ellébeuse? ¿Sería hermosa la casa de Pointe-á-Pitre donde murió?... La miniaturita que me enseñó la abuela, y que está en el cajón de abajo, es la de su novia. Se llamaba Laura. Era muy bonita, con bucles muy negros, un collar de coral y un corpiño de muselina blanca rayada de verde... ¿Estará enterrada junto al tío?... El se había desafiado. Me lo ha dicho el señor de Astin... ¿Sería Laura más bonita que mamá?

Clara de Ellébeuse se viste, después reza sus oraciones. La casa se despierta. La escalera rechina. El gorjear de los canarios sube del vestíbulo. Clara desciende al comedor y toma del frutero un racimo de uva: los granos relucen entre sus dedos ligeros.

—Las nueve ya—se dice.—Mamá se debe haber entretenido al volver de misa...

Dan las nueve en la entreventana que representa una iglesia rodeada de olmos. El timbre del relojito en-

cajado en el lindo campanario pintado al óleo, es ronco y dulce. A las doce y por la tarde invita al ángelus. Bajo los árboles hay una pastora, un pastor y corderos.

Clara de Ellébeuse contempla á la pastora y al pastor.

—Están hablando—piensa—y se casarán en la capilla del cuadro. ¿Serán felices? Deseo que lo sean. Pero, como es en un cuadro, no se casarán...

Se pone su sombrero grande de paja, adornado con margaritas y narcisos, y sale á la escalinata. Sobre el césped brillante, el pavo real ondula con lentitud.

—El pavo real—piensa—es la imagen del orgullo. Yo, soy orgullosa. El señor cura me lo ha dicho. Pero no todo el mundo lleva el nombre de Ellébeuse. Aquí llega mamá.

—Hija mía—dice la señora de Ellébeuse á su hija después de haberla besado en la frente—tendrás que ponerte hoy el traje que te regaló tu tia Amenaida. El señor de Astín ha anunciado su visita. Llegará hacia las doce. Pero será mejor que á eso de las once te vistas.

Y Clara, en tanto que la señora de Ellébeuse entra en la casa, se dirige al huerto. Pasa por delante de los frambuesos obscuros y de los manzanos cónicos y relucientes. Sobre las rosas hay cetoinas. El cielo tiembla encima de los bojes. Pero he aquí que á la serenidad de hace un momento, sucede en el alma de la muchacha una especie de tristeza semejante á la de este hermoso día dorado.

De pronto, y sin que nada repentino parezca haberlos llamado, escrúpulos intensos atormentan á la adolescente. Dios mío—se dice—tened piedad de mí. He tenido malos pensamientos. ¿A dónde iría yo ahora si me muriera? ¿Estoy dispuesta para presentarme á Dios? He tenido pensamientos impuros acerca de tío Joaquín y de su novia Laura. Me he preguntado si ella se sentaría en las rodillas de él cuando eran novios...

Y este temor del pecado, tortura que sólo puede comprender un alma católica, trastorna en este momento el alma dulce de Clara. Llega al extremo del huerto y, junto al cena-

dor, abre la valla verde y entra en la parte más umbría del parque. Hay allí árboles del paraíso, laureles, falsos pistacheros, ocozoles y arces. Bajo la bóveda de follajes reina una especie de noche, hasta cuando la canícula pone una luz de silencio en las cimas relucientes de los árboles.

Pronto deja el parque la muchacha y franquea la verja en donde las iniciales de los de Ellébeuse, en una placa oval, aparecen rodeadas de flores de lís herrumbrosas. Y, al salir de la posesión, se encuentra en el camino agrietado por el calor, entre los helechos de los taludes. Un pico golpea una corteza, un lagarto se desliza, una cigarra se calla.

Este camino lleva á la capilla antigua y pobre. Para ir á ella, Clara; atraviesa el cementerio en donde hay montículos adornados de yucas, de claveles, de bojes, de alhelíes, de mentas polvorientas, y de esas plantas que llaman licoreras de los pájaros, por sus hojas huecas que retienen el agua.

Clara de Ellébeuse entra en la capilla. Una impresión glacial la so-

brecoje. Le parece que á lo largo de su cuerpo tibio se deslizan gotas de lluvia, porque bajo su yedra y sus ladrillos, bajo el cielo tórrido, la cabaña de Dios se ha refrescado como una cántara.

El altar es pobre y bonito, iluminado apenas por dos ventanas de cristales, pequeños, romboidales, de donde cae un tul campesino cuidadosamente estirado. A cada lado del tabernáculo, hay tres grandes candeleros dorados. A la izquierda, una virgen, en una hornacina de la pared, y á la derecha, en otra hornacina pareja, un San José. A los pies de ambas, vasitos pequeños de loza, tan dorados y tan verdes que dan regocijo al corazón, contienen humildes flores artificiales. En medio de la iglesia, sobre una columna rota, una piedra hueca como un caliz encierra el agua bendita llena de sombra. Bajo la tribuna, como las cunas de los nacimientos, la reja del confesionario está oculta por una percalina verde, reluciente y tiesa. Este refugio pacífico no tiene nave, sino un techo de madera recubierto de cal azul celeste.

Clara de Ellébeuse se arrodilla y reza.

Dios mío, murmura, libradme de malos pensamientos. Quiero ser una muchachita pura. Alejad de mi la curiosidad. No me déis deseos de leer en el cajón de la abuelita las cartas del tío Joaquín. Soy un alma atormentada. Virgen Santa, interceded por nosotros. Haced que yo no vaya al infierno. Dios mío, que desgraciada soy... Tengo miedo de condenarme. Dios mío, no me separéis de mamá ni de papaíto. Haced que estemos juntos en el cielo. Perdonadme.

Hace una genuflexión ante el altar, se persigna, toma agua bendita y sale.

Por un momento, la luz la deslumbra. A lo lejos, más allá de los ribazos de sombra, los Pirineos son como cascadas celestes.

Clara vuelve á pasar por el cementerio. Allí está el panteón de los de Ellébeuse: *Bernardo de Ellébeuse,* 1690, *Juan de Ellébeuse,* 1715. *Juan de Ellébeuse,* 1780. *Isabel de Ellébeuse,* 1781. *Tristán de Ellébeuse,* 1804. *Amelina de Ellébeuse,* 1820. Y otros de Ellébeuse.

A un lado se encuentra una sepultura aislada junto á la que ha florecido un manojo de esas flores de terciopelo rosa que se confunden á veces con la belladona oficinal porque su nombre es: *Amaryllis belladonæ*. La piedra tiene esta sencilla inscripción:

LAURA LÓPEZ

1805

Y Clara de Ellébeuse nunca ha sabido á punto fijo quien era aquella mujer. Era una amiga de la familia, le dijeron. Y tuvo cariño al sepulcro aquel, cuidado por la abuelita, que plantó estos lirios de fuego, y á la memoria desconocida, subsistente solo en un nombre dulce... Se llamaba Laura, es decir... como la novia de tio Joaquín.

Y la niña sigue pensando:

—¿Cómo será el cementerio de Pointe-á-Pitre, en donde reposan *la otra* Laura y su novio, el tío Joaquín? ¿Tendrá una iglesia semejante á ésta?... Yo me represento Pointe-á-Pitre, gracias á un grabado del *Museo de las familias*... Hay selvas

perfumadas por donde se pasean los negros. ¿Cómo sería Laura? Debía ser alta y andar lentamente. ¿Se besarían?...

Y Clara se ruboriza de pronto y rechaza la idea. Su gracia tiende un poco hacia el suelo, gracia encantadora y torpe de una niña de diez y seis años. Vuelve á pasar por el huerto, y al subir otra vez la escalinata sonríe al jardinero que lleva unas lechugas.

Abuelita trabaja en su bordado y y papaíto, sentado no lejos de ella, fuma su pipa. Y Robinsón, el perro, duerme sobre la piedra, hecho un ovillo, con la nariz junto á la cola.

—Buenos días, abuelita; buenos días, papaíto.

Y se besan.

—¿Ha tenido suerte en la caza, papaíto?

—Sí, querida. Ve á ver á la cocina. Pero pronto. Ya sabes que el señor de Astín no tardará en llegar.

Y Gertrudis enseña á Clara dos lindas perdices de rojos pies, de plumas pizarrosas, rojizas y negras, tan suaves como seda.

Clara de Ellébeuse va á su alcoba

á vestirse. Vuelve á rizarse los bucles pesados y dorados, los enrolla y alisa en el molde de boj. Encierra su cuerpo fresco en el vestido de muselina, regalo de su tía Amenaida. Un cinturón azul celeste pende del talle alto. Y hasta el suelo, todo el cuerpo no es más que una línea sencilla, casi desnuda. Una cadena de plata parece deslizarse hacia el pecho vacío. Los brazos desnudos tienen sendos hoyuelos que parecen sonreir. Y la boca sonríe también, apenas espeso y hendido el labio inferior escarlata. Y la nariz, un poco grande, muy pura, levantada apenas. Y la frente estrecha y alta. Y las orejas, casi demasiado pequeñas, perdidas bajo los *arrepentimientos*.

En el rellano:

—Estàs guapa, hija mía,—dice la señora de Ellébeuse.—Ya era tiempo de que estuvieses vestida. Llaman; debe ser el señor de Astín.

Salen.

Son las doce. La canícula cae de los olmos blancos y negros en donde estalla el chirrido de una cigarra. El aire tiembla y suda. Un soplo

cálido, lleno de almas de flores pesadas, se arrastra.

Clara de Ellébeuse se mantiene derecha sobre la escalinata, avanzando un poco la pierna; y esta gracia de colegiala de monjas es tan natural que casi aparece poderosa... Hace pensar en un agua viva atravesada por el sol, ó en una cereza mordida por un pájaro. Por la alameda de anémonas del Japón, el carruaje, lento, del señor de Astín, avanza, se detiene luego en la plazoleta del tulipán que rodean las líneas de las güiras, de donde penden esas grandes corolas amarillas y rojas que son diversión de los niños.

El señor marqués de Astín echa pie á tierra, penosamente, porque tiene una pierna de palo. Apoyado en el bastón, agita el sombrero. Es muy alto. El mar encrespado de sus cabellos se parece á un tulipán blanco. Su talle delgado se estrecha en un frac que tiene, en la base, la rigidez de una crinolina. Sube la escalinata del brazo del señor de Ellébeuse, saluda á las señoras que le esperan y las sigue al salón.

Su voz es dulce. Al sentarse dice:

—Mi pierna de palo no me quiere dejar en paz. Hace dos semanas que está con su ataque de gota...

Y abuelita de Etanges, con sonrisa infantil:

—Lo mismo yo, señor de Astin... Hace diez días se me hinchó la mano derecha.

—¡Por Dios!... Siquiera vuestra mano no es un leño y la podeis dar... ¿Y qué dice esta guapa chica?

Contempla á Clara, sentada en frente de él, de espaldas al biombo. En este biombo hay árboles de frutos amarillos, y, tendidos debajo, pastores y pastoras. También se ve en él una cacería de ciervos. El ciervo atraviesa un arroyo lleno de angélicas sonrosadas. Los perros, con la lengua fuera, le acosan de cerca. Lejos, sobre el césped, dos ginetillos con tricornio, con la trompa en bandolera, se esfuerzan por alcanzarlos. Y los árboles de frutos hermosos destacan sobre fondo blanco, y la ribera y los árboles son azules. Debe representar un atardecer dorado de Septiembre. Parece que un viento de término de vaca-

ciones largas agite las cimas de los olmos. Y junto á este biombo, los bucles de Clara de Ellébeuse se destacan de los frutos pintados, de los frutos redondos y bellos como granadas que fueran melocotones.

No dice nada y sonríe, cortada y encantadora. Mientras que su madre responde por ella, mil pensamientos viven debajo de su frente tersa. Piensa que el señor de Astín la intimida, aunque desde hace mucho tiempo le conoce y le quiere, desde muy pequeñita, desde siempre. Sin embargo ya le daba miedo antaño cuando contaba su viaje á la China y los misioneros atormentados. El fué quien le regaló aquellos dos lindos grabados que representan, el uno, *una mujer Mongólica de distinción, en traje de ceremonia de verano* y el otro *la hija primogénita del emperador*... La China es un país feo que da náuseas y en donde torturan á Cristo, un país que tiene el mismo olor feo y negro que el cofrecillo aquel que huele á alcanfor y á pimienta. Es el país del demonio. ¡Ah! como hubiera preferido Clara de Ellébeuse visitar las islas de la Gua-

dalupe, en donde las buenas negras se hacen católicas, en donde murieron el tío Joaquín y su novia Laura, que se amaban entre flores... Pero el señor de Astín es muy bueno para su amiguita y hace muy poco le regaló un brazalete de moda, una cadenilla de presidiario, de oro, rematada por un grillete... Era, según dicen, el mejor amigo de tío-abuelo Joaquín, pero casi nunca habla de él...

Precisamente hoy, en el momento de entrar en el comedor, cae la conversación sobre el tío Joaquín, á propósito del lindo adorno de flores capuchinas que hay en el centro de la mesa.

—Querido Enrique—dice el señor de Astín—recuerdo que, en el almuerzo de despedida que dió el hermano de vuestro padre, la víspera de su marcha á América, había un adorno de mesa del mismo gusto. Fué una comida llena de alegría, en el *Restorán del Brasil*.

Brindamos por nuestros amores futuros. Entonces, á la verdad, no creía yo que los suyos habían de tener fin tan trágico, ni que, al volver

de la China, tendría yo que enterrar en este país á su amadísima Laura...

El señor de Astín se calla. Se ha olvidado de la presencia de la muchacha. Una sonrisa de la señora de Ellébeuse se la recuerda.

—Tenéis—dice—melones magníficos...

—El terreno es muy arenoso—contesta la señora á Ellébeuse... Pero ¿no reconocéis su especie? Es de aquellas famosas simientes que tuvisteis la amabilidad de ofrecernos, hace seis años, y que, según decíais, os había dado la hija de un poeta de la China...

—O la hija de un mandarín, lo mismo da. Hoy, hecho un solterón, ya no reconozco los melones... Y las mandarinas, temo que tampoco...

Un pliegue se ha formado entre las cejas de Clara de Ellébeuse. Las palabras pronunciadas por el marqués á propósito del tío Joaquím, la trastornan. Repite para sí: Ha dicho al volver de la China... He enterrado en este país á su amadísima Laura... ¿De modo que á ella, á Clara, la habían engañado? ¿Entonces Laura murió aquí? ¿Dónde? ¿En la casa? ¿De

manera que Laura, la novia, y Laura, la del sepulcro?... ¿Cómo?... ¿Cómo?... Por qué abuelita le había dicho, enseñándole la miniatura. Es el retrato de Laura, la novia de tu tío Joafiuín...

—¿En dónde murieron, abuelita?—le había preguntado ella.—Allá, en Pointe-á-Pître.—¿De modo que no era cierto que estuvieran allá?... Pero sí, porque en las cartas del cajón estaba escrito: *Guadalupe*... Ha dicho: la he enterrado en este país.

—¿No tienes gana de comer, hija mía?—observa la señora de Ellébeuse.

Contesta:

—Estoy algo cansada, mamaíta. Y bebe un sorbo de agua para tratar de tener hambre.

Y mientras la conversación se anima en torno suyo, de nuevo rememora: *ha enterrado,* en este país, á su amadísima Laura...

Evoca el cementerio en donde están las licoreras de los pájaros, las belladonas cálidas y rosadas y las mentas polvorientas. Recuerda que en un rincón de sombra han madu-

rado tomates escapados de algún miserable huerto. Su pensamiento, á través de las zarzas, lee de nuevo esta inscripción:

LAURA LÓPEZ

1805

***

La noche clara fluye por el cielo, una de esas noches tibias en que los mosquitos alargados desertan del río por el resplandor de la lámpara.

Es después de comer. El señor de Astín, que se ha decidido á quedarse, juega al ajedrez con el señor de Ellébeuse. La señora de Etanges y su hija trabajan en sus bordados. Clara de Ellébeuse, con los brazos á la espalda, mira, por la ventana que da al parque, el removerse de la sombra entre los follajes. Vaga inquietud la oprime. No puede estar absolutamente contenta. Siempre, hasta en las noches tranquilas como ésta, su alma siente una angustia que parece reclamada por la felicidad. Cuando Clara de Ellébeuse era pequeñita, y el regalo de una muñeca

la colmaba primeramente de alegría, abandonábala bien pronto sin que sus padres comprendieran la causa de tan súbito cambio de humor. Se ponía hosca de repente, y con el ceño fruncido, arrojaba, para no tocarla más, la muñeca á un rincón. «Esta niña es voluble» —decía la señora de Etanges.—Pero, no. Clara de Ellébeuse acababa de descubrir la insignificante pero inevitable tara de qué nada en este mundo está exento. Había observado, en la tela rosada llena de salvado que simulaba la carne, una manchita que no había podido borrar:

—Mi muñeca es imperfecta—decíase.—Qué lástima que en la tienda no hayan escogido otra, cualquiera que fuese...

Y ahora, pasada la época de los juguetes, en los momentos de embriagueces mayores, es decir, al salir del confesionario, cuando la absolución y el propósito de enmienda reinan en su corazón, surge, de pronto, el *pecado olvidado*. Es siempre el más gordo. ¿Pero no fué más que olvido? ¿No se lo ha ocultado de propósito al confesor? La araña esta

duda. ¿Sabe quizá ella algo? ¿Puede *afirmar* que no? ¿Entonces, está condenada? Alejado este temor, otro, uno cualquiera, sobreviene, la tortura á veces hasta en sueños, de los que despierta sobresaltada, con una sensación de ahogo y de vértigo. «Son vapores, hija mía»—le dice la señora de Ellébeuse.—Y Gertrudis dispone para Clara alguna infusión de llantén.

—Jaque mate—dice el señor de Astín al señor de Ellébeuse, que sonríe.

Clara se ha vuelto, erguida la cabeza, los lindos brazos desnudos siempre á la espalda. Sonrie entre sus bucles alisados y mira el juego. Le gustan, sin que las conozca bien, esas piezas pulidas que resbalan sobre el tablero, enlosado como un palacio. Se sienta, silenciosa, junto á la lámpara, y abre un tomo que siempre ha visto allí.

Es *la China en miniatura*, de Bretón, regalo hecho al señor de Ellébeuse por su antiguo amigo Astín. Clara de Ellébeuse mira el grabado que ornamenta el capítulo acerca de la recolección de té. Monos rosados

suben por una montaña á orillas de un arroyo. Uno de ellos, sentado cabe un árbol del té, se abraza al tronco sacudiéndolo con rabia. Y de las ramas caen hojas y flores que recoge un chino de amplio pantalón de oronga, de zapatillas de fieltro y encorvadas, de túnica azul, de sombrero de paja en forma de pantalla. No lejos, un mono que tiene guantes blancos chupa un fruto.

Clara de Ellébeuse vuelve á cerrar el tomo. Dan las diez. Besa á todos, pide su palmatoría á Gertrudis y sube á su alcoba.

Al sentirse sola, Clara de Ellébeuse experimenta un alivio. No es que no le guste la compañía de sus queridos padres, pero la soledad y la meditación apaciguan algo aquel alma frágil.

«Hija mía, le dice con frecuencia el capellán de las Ursulinas, vuestros escrúpulos provienen de una delicadeza demasiado grande. Vuestra conciencia es timorata, pero eso es en vos prueba de una buena intención muy grande.»

Clara de Ellébeuse reza sus oraciones, luego se desnuda lentamen-

te, pero con pudor excesivo, temerosa de contemplar demasiado tiempo lo que oculta el vestido de tía Amenaida. Se dice que está permitido mirarse los brazos, expuestos al aire todo el día; pero que no hay que tocar ó mirar el cuerpo inútilmente, aparte el aseo.

Se acuesta, pone el apagador de cobre sobre la vela, pero no se duerme en seguida. Es el momento en que su alma se recoge. Entonces vuelve á ver las cosas, mejor en pensamiento que las vió directamente. Piensa en el señor de Astín, en lo que ha dicho del tío-abuelo Joaquín, de la novia Laura, en el misterio que se mantiene alrededor de sus memorias. Luego vuelve á verse en el parque. Bajo sus pestañas juntas percibe claramente el césped que se tiende bajo la escalinata, después la cima de un olmo, una espesura de bambúes, luego una urna de piedra gris en la perspectiva de la alameda umbrosa... luego se duerme.

II

La tormenta, durante la noche, ha empapado el parque. Pero la lluvia se evapora y el sol aparece tan brillante sobre el follaje, que cansa la vista. Clara de Ellébeuse se pasea por la *Alameda de las avellanas*. Hay cáscaras, en el suelo, vaciadas por las ardillas. Es una de esas mañanas de frescura y limpidez, anunciadoras de la canícula.

Clara espera que el jardinero haya concluído de aparejar el burrito. Ya está. Coje una vara verde y desde un banco de piedra salta sobre el animal y le dirige hacia la verja. Toma el sendero de los bosques de

Noarrieu. Las gotas heladas de los nísperos llueven sobre ella. El asno trota. La sacude mucho, y ella, de tiempo en tiempo, sujeta el ancho sombrero de paja que se le cae. Ya está en el lindero musgoso, vigilado por los cólquicos. En los setos brillan las telarañas. Se oye el cloquear de los arroyos, saciados aún por la tormenta nocturna. Chillan urracas, grita un grajo.

Pero, en medio de los bosques, hay un silencio por nada turbado, el zumbido apenas de los altos helechos al rozarse con los costados del burrito; es un recogimiento de frescura que ha de durar hasta la noche, aún en las horas tórridas en que los maizales crepitan. Al pié de un castaño, en un claro de luz y de esmeralda, hay gencianas. Sus campanas sombriamente azules tientan á Clara de Ellébeuse que detiene su cabalgadura, se baja, y las coge para enlazarlas con las margaritas y los narcisos de su sombrero de campo, con adornos de cintas blancas de ribete pajizo.

Se sienta junto al árbol y, al trenzar las flores, piensa con tristeza en

el fin de las vacaciones, en la apertura de curso, en el patio grande de los recreos de Octubre, cuando las hojas duras de los plátanos se agitan al viento agrio y frío.

Nunca se resignó bien al internado. Y es más horrible aún los días en que su madre va á visitarla en el locutorio. Prefería, tan amargo es su pesar á la hora de separarse, que la señora de Ellébeuse no le diera esas alegrías demasiado cortas, envenenadas siempre por la espera de la marcha. Cuando suena la campana y hay que despedirse, pasada una media hora, sólo con el corazón henchido de angustia se lleva á su pupitre junto á la Virgencita de metal, levantada sobre un altar de libros, los pasteles que le envía la señora de Etanges. Nunca puede comérselos la tarde misma y aún al día siguiente le dejan en la boca un sabor de lágrimas, un olor huraño definido por ella interiormente: *el perfume de la separación.*

—Qué tonta soy—se dice—al pensar por anticipado en todo eso...

Y contempla un escarabajo que acaba de pararse á sus pies.

Ya es tiempo de que vuelva, sobre todo si ha de volver por el camino real. Se levanta y volviendo á montar en el asno, emprende otra vez el camino á través del bosque.

El trotar del asno ritma sus pensamientos que, todos en este instante, se concentran en la memoria del tío Joaquín y de su novia. Clara de Ellébeuse piensa en la misteriosa Laura. Toc, tec, tec—toc, tec, toc—tec, tec, toc—hacen los cascos del burrito... ¡Oh! cómo me gustaría ver las colonias de Laura... Y recita para sí esta estrofa de una poesía de Anais Ségalas, publicada en el *Almacén de las Señoritas:*

Para evitar que un maringuino pique
tu rostro, van los negros á estirar
mosquiteros de gasa: tras la nube
blanca y fina, la diosa brillará.

Ama deslumbradora, por la casa
una negra legión sigue tu andar:
tu trono es una hamaca, oh perezosa
reina; ciñes corona de madrás.

... Pero encuentra estos versos menos bonitos que los compuestos por Roger Fauchereuse, un muchacho amigo de su familia.

Clara de Ellébeuse vuelve á encontrarse á la verja del parque en el momento en que su madre y el señor de Astín se pasean por la alameda principal. La mamá de Clara es encantadora. Parece una acuarela sacada de las *Flores animadas*. Un sombrero de suiza, de paja gruesa con costura, adornado de margaritas, es marco de sus lisos bandós castaños, de sus ojos brillantes y sus mejillas frescas. Lleva un peinador de muselina blanca estampado de guisantes rosados, y se cobija bajo una sombrilla verde. Clara de Ellébeuse echa pie á tierra, presenta la frente, primero á su madre, después á su viejo amigo.

—¿Has ido muy lejos, hija mía?—pregunta el señor de Astín.

—He dado la vuelta al bosque de Noarrieu y he vuelto por el camino real.

—Es un gran paseo. ¡Ay! Lástima que no pueda acompañarte, querida. Tengo todavía pasión por los paseos matinales y por los bosques, pero no puedo abandonarme á ella. Si te acompañara á caballo, tendría que arreglármelas con una sola espue-

la... y una sola pierna. Vaya un caballero, querida niña, para defenderte...

Clara sonríe y se aleja, en tanto que la señora de Ellébeuse llama la atención del señor de Astín hacia la hermosura de los girasoles de flores pesadas que asoman por encima del seto de la huerta.

—Buenos días, abuelita. ¿Qué está leyendo, abuelita?

—Leo, hija mía, una historia muy interesante..,

Y, para explicarla, abuelita se quita los anteojos.

—Leo, hija mía, la historia interesantísima de un navegante casi desconocido. Este hombre, en verdad notable, ha dado la vuelta al mundo en un barquichuelo. Estuvo en el país de los hindús, en un pueblecillo en donde los monos son omnipotentes. Nadie se ha podido hacer dueño de esos animales, porque muelen cierta especia y la soplan á los ojos de sus enemigos, valiéndose de una caña...

—¡Oh! abuelita, qué bonita es tu historia... Qué bonita es, abuelita... Abuelita... El cajón de abajo de la

cómoda se ha quedado abierto... ¿Se te ha olvidado cerrarlo?...

—No, hija mía. Tu padre, que está en su cuarto, ha venido á coger de aquí, hace un momento, papeles que estaban bajo llave... Tiene que devolvérselos al señor de Astín.

—¿Qué papeles, abuelita?

—Creo que son cartas de la Guadalupe... Pero eso te tiene sin cuidado, hija mía. Es hora de que vayas á disponerte para el almuerzo.

Clara de Ellébeuse sale del cuarto de la señora de Etanges y sube la escalera con el ceño fruncido:

... ¿Para qué va á quedarse el señor de Astín con los papeles de la Guadalupe? Los papeles de la Guadalupe, son las cartas del tío Joaquín... Esos papeles deben seguir siendo de la familia... ¿Para qué va á llevárselos el señor de Astín?... Yo no quiero que el señor de Astín se los lleve... ¿Se llevará también el lindo retrato de Laura?

Una gran tristeza, una rabia sorda, hinchan el corazón de la niña. No ha leído nunca esas cartas. No las ha visto más que por fuera, á veces, cuando abuelita abría el ca-

jón de abajo. Pero tiene cariño á esos papeles porque el retrato de tío-abuelo Joaquín está en la alcoba y porque tío Joaquín era el novio de Laura... Pero no puede evitar que papaíto devuelva esos papeles al señor de Astín... Se vuelve loca al pensarlo... Nunca se atrevería...

Se viste maquinalmente. El pensamiento de que las cartas de tío Joaquín van á salir, para siempre quizá, de la casa, la trastorna tanto como un escrúpulo religioso. Estaba, hace veinte minutos, contentísima de su paseo. Ahora, se le ha envenenado la alegría. La idea fija la araña. Sin embargo, se vuelve á peinar, se pone su lindo vestido de muselina y antes de salir de su alcoba contempla largamente el retrato del tío y le envía un beso.

La puerta de la habitoción de papaíto está abierta. Entra y le ve sentado á la mesa ante varios legajos de cartas. Algunos de estos legajos ya están sellados; otros están sólo atados; otros están sueltos. La niña se da cuenta en seguida del trabajo en que se ocupa su padre. Disimula su emoción y dice:

—Buenos días, papaíto, ¿cómo has pasado la noche?

—Bien, hija mía. Me encuentras dedicado á un arreglo de papeles de negocios en que me ocupo desde esta mañana. Por fortuna pronto habré terminado. No me queda más que poner algunos sellos de lacre... pero lo dejaré para esta tarde. Dan el primer toque para el almuerzo.

Clara desciende. Mamá, abuelita y el señor de Astín están ya en el salón. El señor de Ellébeuse llega en seguida. El señor de Astín le dice:

—Querido amigo, he debido daros un quehacer de todos los diablos, para arreglar esas cartas; os ruego que me perdonéis.

—De ninguna manera, querido de Astín... Vuestra reclamación es enteramente justa, y me reconvengo por no haber pensado antes en devolveros esas cartas del pobre Joaquín. Las volveréis á leer con emoción... Me las conflasteis en vísperas de un viaje ya antiguo, y yo debiera haber pensado ya en devolvéroslas.

Durante la comida, Clara guarda silencio y disimula el estado de su

alma. Finge comer, por miedo á una observación que la haría estallar. Cuando no la observan, desliza á Robinsón, que está junto á ella, el contenido de su plato. Sólo de un modo vago escucha lo que dicen en derredor.

Sirven el café en la terraza, á la sombra del tulipán. Clara de Ellébeuse baja la escalinata, en donde se ha posado el pavo real. Medita profundamente:

... Esas cartas son del tío Joaquín; luego, deberían ser nuestras... Sin embargo, es imposible que las conservemos porque papaito quiere entregárselas al señor de Astín... ¿Cuándo se marchará el señor de Astín?

Da la vuelta, despacio, á la quinta, con los brazos desnudos cruzados detrás de la cintura. Bajo el sombrero grande, de paja Clarisa Harlowe, su cabeza, un poco inclinada hacia el suelo, deja pender hacia adelante dos bucles medio en sombra.

... Si pudiera, se dice, conservar sólo dos ó tres cartas del tío Joaquín. ¿Estaría mal hecho, el cogerlas de

los paquetes no sellados?... Sí, indudablemente... Sería un hurto abominable... del que me podría confesar á la apertura de curso... ¿Pero se puede cometer una acción mala y tener la absolución válidamente cuando *por anticipado* se propone uno confesarla *después?*

Pasa á lo largo de una pared vieja en donde se extiende una yedra, rodea la escalinata y vuelve sobre sus pasos, atormentada por la idea fija, trastornada por escrúpulos y por el deseo de coger las cartas.

—Clara—le dice la señora de Ellébeuse—ve á buscar tu céfiro arriba... Daremos esta tarde un paseo en coche... Podrías resfriarte á la vuelta...

La muchacha sube la escalera. Pasa ante el cuarto de su padre. La puerta está abierta y los papeles siguen sobre la mesa. Vacila, entra, se va, vuelve, cierra los ojos y los abre de nuevo. Está sola. Rápidamente se apodera de dos cartas, al azar, cogiendo cada una del centro de dos paquetes arreglados, pero sin atar, y huye á su alcoba. Esconde las cartas en el saquito de sus pa-

ñuelos; después se arrodilla y pide perdón á Dios.

El paseo por los ribazos es delicioso, pero Clara de Ellébeuse no saborea su encanto y la tarde se le hace larga. No se siente un poco más á gusto hasta el regreso, aunque, durante un cuarto de hora en que su padre ha subido á sus habitaciones, experimenta un temor y una angustia inexplicables.

Por fin se le disipa el miedo cuando el señor de Ellébeuse vuelve á presentarse, con unos diez legajos sellados entre las manos, y dice:

—Tomad, querido de Astín, aquí tenéis vuestras cartas por orden.

La comida y la velada transcurren monótonas. Es, como la víspera, una tibia noche del verano expirante, de silencio no turbado, en el salón, más que por el ruido seco y leve de las piezas de boj sobre el tablero de ajedrez.

A las diez, Clara de Ellébeuse, vuelve á su alcoba y va á buscar al saquito las dos cartas que escondió en él. Están escritas en papel rugoso y amarillo, manchado de polvo y de humedad. Una de las direcciones

tiene muchos adornos. Los sobrescritos son idénticos. En caracteres de imprenta, negros y rojos

Guadalupe, por el Havre

Y en hermosa letra inglesa:

Por el navío, la Rosina.

Al Señor de Astín,
en Aiciritz, por Balansun,
Francia
(Pirineos bajos)

Los pliegues están oprimidos por el lacre y las obleas. Clara de Ellébeuse está conmovida; los oídos le zumban un poco. Se sienta, desdobla las misivas del tío Joaquín, examina las fechas y lee rápidamente.

L'Artibonite, cerca de la Pointe-à-Pitre
hoy, 12 de junio de 1805

La diligencia que habéis puesto, mi querido Hector, en remitirme el plano de la casita de campo en que Laura se ha de instalar, me conmueve infinitamente. Lo que me decís me agrada en todos sus puntos, sobre todo lo de que la quinta no sea húmeda, cosa de gran importancia para una criolla que nunca ha

salido de las Antillas. La descripción que acompaña al plano es seductora. Ese aislamiento no lejano de la aldea en que transcurrió mi juventud, será conveniente á un alma tan lacerada por la vida. Creo, además, recordar esa habitación. ¿No la llamábamos *la posesión cerrada?* ¿No domina un ligero ribazo, no lejos de Noarrieu? ¿No hay, muy cerca, un antiguo pozo junto al que me he apostado con frecuencia cuando cazábamos liebres?

Lo que me decís del jardín me agrada de igual modo. A Laura le gustan las flores. Como adora también los pájaros, me llenaríais de gozo haciendo que los chiquillos de Balansun cogieran algunos para una pajarera. No se los puede comparar á nuestras aves de los Trópicos, pero los pardillos, gorriones y jilgueros tienen canto agradable.

Mi amiga siente profunda melancolía por abandonar la Pointe-à-Pître. Su angustia se duplica al pensar que su familia no ha de saber si está muerta ó viva. Le he prometido que, para tranquilizar á sus padres, daríais encargo á uno de vuestros

fieles amigos de Londres, de llevar él mismo, al navío que sirve el correo de las Antillas, una carta que ella os dará, destinada á tranquilizar á los suyos.

Haré que Laura salga secretamente para San Pedro de la Martinica, en donde se embarcará el 30 del corriente, á bordo de la *Amable Elisa*. Os ruego que vayáis á esperarla á Pauillac-sur-Gironde, en donde hay escala, acompañado del Dr. Campagnolle. Quedamos en que Laura ha de pasar á los ojos de los curiosos de Balansun y de Noarrieu, por una enferma enviada á nuestro doctor, por un amigo vuestro, para una cura de aire.

Haréis el favor, mi querido Héctor, de mandarme la cuenta de todo lo que os debo y de todo lo que pueda deberos.

Os ruego que recojáis unos paquetes que hago cargar para vos á bordo del *Val d'Or*, que llevará esta carta. Lo dirijo todo á la aduana de Burdeos. Va, entre esos paquetes, parte del ajuar de Laura, ropa blanca, según detalle adjunto, vestidos, etc., y una guitarra de gran

valía que ella toca perfectamente.

El ron, dirigido á vuestro nombre, debe ser trasegado gota á gota à un segundo barril. De ese modo perderéis bastante, pero lo que reste lo encontraréis delicioso.

No sé como daros gracias, mi querido Héctor, por vuestra fraternal bondad.

L'Artibonite, cerca de la Pointe-à-Pitre hoy, 7 de diciembre de 1805

Os doy gracias, mi querido Héctor, por los nuevos detalles que me dàis acerca de la muerte de la pobre Laura. Deseaba saber la verdad, por terrible que fuese. Me tiembla la mano con que os escribo estas líneas. Diez noches hace que lloro amargamente, pidiendo perdón al Todopoderoso por la imprudencia que he cometido y que ha precipitado en el sepulcro á la más amable de las criaturas. ¡Ay! ¿por qué fuí sordo á los lamentos de mi querida amiga y no la acompañé á Francia? ¿Por qué le ha faltado la confianza en mí? ¡Desdichado de mí! No me queda sino terminar entre sollozos y arrepentimiento esta vida tan cruel,

que necesito llamar á mí á toda mi religión para no apresurar su fin.

Me decís que nada habíais observado en Laura, sino alguna mayor tristeza durante los últimos días. Pero ¿no estábamos ya acostumbrados á su melancolía? Aquí mismo, bajo esta galería triste desde donde os escribo, en donde paso largas veladas, nunca pude darle un poco de alegría. La pobre criatura fijaba en mí sus ojos dolorosos, que parecían señalados para una muerte prematura. Su placer único, era que los indígenas le llevaran colibríes y flores. El recuerdo de estas cosas hace latir mi corazón con golpes precipitados ó le hace detenerse como si fuera á unirse en la tumba con el de mi amadísima Laura.

Pero ¿en dónde pudo procurarse el frasco de láudano que encontrasteis sobre su mesa de noche? ¿Despachan sin receta venenos tan peligrosos? Pero ¿qué digo? Si había tomado una decisión, nada podía contrariar la ley de la suerte. Era necesario que el acontecimiento terrible se cumpliera.

Quede entre nosotros tan doloroso

secreto. Es necesario evitar que sobre su querida Memoria, recaiga lo que es un escándalo á los ojos del mundo. Sólo el Dr. Campagnolle y vos, sabéis como se ha desarrollado este triste drama. Conozco su corazón de amigo. Callaría, porque si existen obligaciones para con los hombres, las hay mayores para con Dios que, seguro estoy, se habrá mostrado compasivo para con ella. Si el castigo de una muerte reprobada por el sentimiento cristiano debe recaer sobre el culpable, yo sólo soy el que asume la responsabilidad en este mundo y en el otro.

La pobre niña dudaba de mi amor. Creyó que el triste fruto que llevaba en sí, era, para mí, causa de inquietud y enojo, y que la había desterrado á Francia, más bien con la esperanza egoísta de huir de ese acontecimiento, que con la de evitar el escándalo de su embarazo. ¿Por qué guardé oculto el sentimiente paternal que me llenaba de alegría? ¿Por qué me ha dotado la naturaleza de este temperamento inflexible que esconde bajo un orgullo vituperable, la sensibilidad más dolorosa? ¿Por

qué no he inculcado bien á mi amada querida que el único temor de ver su reputación lastimada en una ciudad en que su familia tiene posición tan considerable, era la causa única de su embarque? Nadie ha sospechado que la muchacha había llegado á Francia. Antonio López, su hermano, ha mandado hacer investigaciones, pero en vano. Un instinto secreto le advertía, sin embargo, que yo era el autor de tal desaparición. Por falta de pruebas y por la posición que aquí ocupo no pudo denunciarme á la justicia. Entonces me buscó querella, y ya sabéis el triste fin del desafío en el cual, tirando á la ventura, y con la intención de ni siquiera herir á mi adversario, le desfiguré y le dejé ciego.

¿Dudaba Laura de qué yo iba á volver á Francia para casarme con ella, como se lo había prometido? No sé. Pero cada pregunta que me hago, con motivo de su muerte, me llena de angustia, de espanto y de remordimiento. La había enviado junto á vos, porque sabía que sólo ahí encontraría un alma abnegada y fuerte para sostenerla. Quiero, amigo

mío, si no está hecho ya, que sus restos mortales descansen en el cementerio en que yo también he de dormir un día. Es preciso que esa novia eterna more junto al sepulcro de los de Ellébeuse, cuyo nombre hubiera llevado. Si mi hermano Tristán no hubiera muerto, os hubiera rogado que le confiárais este secreto doloroso, porque deseo que mis acciones tengan la sanción de mi familia. Os pido, en el caso de que también yo muriera aquí, que, al tiempo de su mayor edad, mi sobrino Enrique, hoy niño de tres años, tenga noticia de esta inhumación y de las circunstancias que la determinaron.

¡Y ahora, descansad en paz, Manes de mi muy amada Laura! ¡La misericordia omnipotente de Dios sea con vosotros! ¡Sombra querida, no eres sino la víctima de mi corazón terrible y apasionado! ¡Quédeme yo sólo en la tierra con mis dolores y mis remordimientos, ya que ni siquiera dejaste á mi soledad cruel el triste fruto de nuestros abrazos!

Os abrazo, mi querido Héctor, con el rostro inundado de lágrimas.

JOAQUÍN DE ELLÉBEUSE

Al acabar la lectura de esta carta última, la muchacha siente que se le nubla la vista. Un zumbido le llena los oídos, á la vez que un sudor frío la inunda. Quiere levantarse, pero cae desvanecida al pie del sillón. Poco á poco, el zumbido se hace más ligero. Una sensación de bienestar la invade. Vuelve en sí y comprende. Está sola. De sobre su mesa de tocador toma un terrón de azúcar, lo embebe en agua de melisa y se lo traga... Así se había desmayado una vez... cuando era muy pequeña... Recoge las cartas, vuelve á encerrarlas en el saquito, se acuesta y se duerme con un sueño sin ensueños, hasta por la mañana.

III

Es domingo, Gertrudis viene á abrir las maderas.

—Hay que levantarse, Señorita. Van á tocar á misa. Habrá que salir antes, por el señor de Astín.

Clara se viste y trata de olvidar la terrible aventura de anoche.

... Rezaré con fervor á Dios, se dice, le pediré perdón... Había cosas horribles en esas cartas... No lo he entendido todo... Aquella mujer no era su mujer, iba a tener un niño, y entonces se... ¡Oh! Dios mío, Dios mío, Dios mío, tened compasión de mí!

Clara de Ellébeuse baja. Ha dor-

mido bien. Tiene el color fresco. La señora de Ellébeuse no ha notado alteración ninguna en la fisonomía de su hija querida. Gertrudis trae los devocionarios. Van a la iglesia.

El señor de Astín anda despacio. A cada paso, su pierna de palo describe un semicírculo. El mismo se sonríe de su lentitud:

—*Correr, de nada sirve, salir á tiempo importa,* dice el fabulista... ¡Ah! Clarita...

A pesar de su cojera, el señor de Astín es delicioso. De su sombrero de copa gris se escapa, irguiéndose junto á la oreja, un espeso mechón de pelo, de blancura centelleante. Preso en la corbata de seda negra de tres vueltas, tiene su cuello una rigidez encantadora y altiva. Su chaqué, color de pradera sombría, cae regularmente sobre un pantalón del mismo tono, y un escarpín de brillo, recubierto por una polaina, verde calza su pie único.

El señor de Ellébeuse lleva un frac azul muy ceñido al talle. Da el brazo á la señora de Etanges, que viste de Flandes gris, adornado de olivas de marfil. Una toquilla de en-

caje negro cubre sus cabellos blancos.

La señora de Ellébeuse va tocada con un sombrero de paja de arroz con cintas marfileñas y sonrosadas, adornado de hojas de las aguas y de tuberosas. Una pañoleta cubre sus hombros redondos.

El día es sereno como los precedentes y los bosques parecen endomingados.

La iglesia humilde refulge de santa luz. El señor cura acaba de subir al altar. Su casulla tiene adorno de palmas verdes, de corolas doradas y sonrosadas.

Las señoras están de rodillas. El señor de Astín y el señor de Ellébeuse se recogen, de pie, con los brazos cruzados.

Clara, muy inclinada, reza la oración de Santo Tomás de Aquino:

«*Vos que tanto me amáis, Jesús, aquí verdaderamente Dios escondido, oidme, os imploro...*

»*Hacedme amarga toda alegría que no venga de vos, imposible todo trabajo hecho sin vos, insoportable todo reposo que no sea en vos...*

Oh Jesús, bondad suma, dadme un corazón entregado á vos, de suerte que ningún espectáculo, ningún rumor le distraigan, un corazón fiel y firme que no vacile ni descienda nunca; un corazón indomable, pronto siempre á la lucha después de cada tormenta; un corazón libre, nunca seducido, jamás esclavo; un corazón recto que no se encuentre jamás en tortuosos caminos.

»¡Que la penitencia me haga sentir las espinas de vuestra corona! ¡Que la gracia derrame para mí vuestros dones en el camino del destierro! ¡Que la gloria me embriague de vuestros gozos en la Patria! Así sea.»

Abre su libro de misa, pero no puede seguir leyendo atentamente. Vuelve á pensar en las cartas que la han trastornado, en el tío Joaquín, en su novia Laura... Laura López. Sí, es el mismo nombre que está grabado en aquel sepulcro, muy cerca de allí. Es ella. Y, de pronto, de todos los sentimientos confusos que la persiguen desde la víspera, sólo surge una idea de compasión apasionada para la pobre muerta. Clara de Ellébeuse murmura mentalmente:

Laura... Pobre Laura... Laura... Dolora... Dolorida... [1] Y presta á la pobre desconocida, en su exaltación, el nombre de la Virgen dolorosa.

El señor cura sube al púlpito y mientras predica en el dialecto del país, Clara de Ellébeuse mira á los asistentes que tiene delante. Acaba de reconocer, á la derecha de la pila de agua bendita, al hermano de una de sus amigas de colegio: Roger Fauchereuse.

La familia de su compañera de clase, Lia Fauchereuse, mora en los alrededores, á legua y media de Balansun, en la *Quinta de los sauces*. Es una antigua casa solariega, precedida de un patio inmenso por el que todo el día se pasean legiones de pavos reales. Una larga avenida de sauces y de encinas conduce á ella. Los señores de Fauchereuse salen poco. La señora de Fauchereuse tiene un humor raro que no deja de causar inquietud, en ciertas épocas, á su marido. Este es un hidalgo rural, muy bien educado é inteli-

1) La traducción no puede conservar patente esta gradación: Clara pronuncia *Lorá*.

gente, que hizo en Montpellier buenos estudios de medicina. Así puede, sin convertir sus servicios en profesión, ejercitar la caridad entre los vecinos pobres y hasta hacerse útil á sus amigos en caso de apuro. El señor de Ellébeuse se ha encontrado varias veces con el señor Fauchereuse y la simpatía mútua que ambos han sentido, le hace con frecuencia lamentar lo raro de sus entrevistas. A Lía Fauchereuse, se la confían á veces al administrador, cuando va á la ciudad, para que la deje al paso, hasta su vuelta, en casa de los de Ellébeuse. A veces también, más de tarde en tarde, va acompañada por su hermano Roger.

Este muchacho no está con sus padres sino en tiempo de vacaciones. Sigue sus estudios en París. Es encantador y tiene afición á la poesía, cosa que le retiene en la Capital casi todo el año.

Clara de Ellébeuse se ruboriza al verle. Está en traje de caza. Los cabellos obscuros, bastante largos; partidos sobre la frente y echados un poco hacia atrás, forman una voluta en derredor de cada oreja. El

perfil es muy fino. Los ojos negros son á la vez dulces y vivos. Es delgado y alto. El cuello, envuelto en un pañuelo de seda blanco, se levanta, graciosamente, sobre los hombros estrechos y caídos.

... La caza le habrá hecho venir á oir misa á Balansun, se dice Clara de Ellébeuse.

A la salida, se encuentran. Roger saluda. El señor de Ellébeuse le tiende la mano:

—¿Qué tal, Roger? ¿Qué buen viento os trae?

—Hemos empezado á ojear hace dos horas, sin resultado. He perdido un perro, por la parte de Castétis. Uno de los picadores ha ido en su busca y el otro cuida de la jauría en la posada.

Las señoras se han acercado:

—Buenos días, Roger. ¿Qué tal están sus padres? Mi hija se queja de que Lía no la viene á visitar.

—Mi madre no se encuentra muy bien ahora. En ese estado, con dificultad puede pasarse sin Lía. Sin embargo, ya se advierte gran mejoría y espero que mi hermana no ha de tardar en venir á veros.

—Pero, vos, Roger—pregunta el señor de Ellébeuse—¿por qué no os quedáis?

—No he dicho que no, señor mío... Si acaso...

—No, no... Os quedáis. Hay sitio en la cuadra para los perros. Quedamos en que dormiréis aquí y cazaremos mañana juntos... En vuestro cuarto hay un Lamartine á vuestra disposición. No hay razón para que os neguéis. Enviaré en seguida un criado para que avise á vuestros padres y haga traer los perros á la quinta.

Roger sonríe y da las gracias. Y el grupito camina, á lo largo de los setos.

El almuerzo es muy alegre. Clara de Ellébeuse oye, encantada, lo que cuenta Roger. Habla lentamente, con voz algo sorda. Es original, lo que dice. Y además sabe tantas cosas de París... Va con frecuencia á casa de Lamartine, en donde le han franqueado la entrada su precoz talento y su distinción. De tiempo en tiempo, mira sonriente á Clara, algo como á una niña y mucho como á una muchacha. Y ella se olvida de

sus angustias, de las cartas del tío Joaquín, de su desmayo de la víspera... Sin duda porque he rezado mucho, piensa.

—Señor Fauchereuse—dice el señor de Astín—hace algunos meses citaban, en una revista parisiense, algunas hermosísimas estrofas vuestras, dichas con motivo de una boda. He sentido mucho no conocer todo el poema.

—Si tenéis la bondad de apreciarlo, señor mío, me será fácil...

—... Pero si yo lo tengo, ese poema—dice Clara de Ellébeuse ruborizándose.

—¡Cómo! ¡Lo tienes tú! ¡Misteriosilla!—exclama el señor de Astín.

—... Lo he copiado en mi cuaderno de poesías. Lía me lo prestó.

—Nos traerás tu cuaderno de poesías en cuanto almorcemos, hija mía—dice la señora de Ellébeuse. Me complace ver que gustas de acoger los sentimientos hermosos y bien expresados.

—Esos versos—continúa Roger Fauchereuse—los recité en honor del señor de la Mirandière, uno de nuestros más distinguidos abogados, la

víspera de su salida para Roma, en donde ha sido nombrado secretario de embajada. Algunos envidiosos vieron, además de la amistad cordial que yo me había esforzado en manifestar, una alusión desagradable al escaso talento de ciertos tribunos actuales. El señor de Lamartine, que asistía á la boda, tuvo la bondad de salir en mi defensa. Algunas bellas señoras me felicitaron, y la misma noche, en el baile de la Embajada inglesa, el mismo que había mostrado mayor irritación vino á felicitarme y á chocar su copa con la mía...

Clara de Ellébeuse está llena de admiración. Que orgullosa estará Lía, con un hermano así. Tiene las manos delicadas como una mujer y la mira con tanta bondad... Se siente intimidada por él. Tiene un modo de sonreir que no se puede saber si se está burlando lindamente... No olvida nunca las veces que le ha visto... Un primer martes de mes, día de salida... Iba en coche, en Pau, acompañado de una señora muy elegante. ¡Oh! ¡Qué hermosa era!... Llevaba una gran capota rusa... Iba perezosamente apoyada en los al-

mohadones de la berlina... Llevaba cuerpo de organdí con motas de color de salmón... ¿Quién sería?... ¿Quién sabe? Quizá una señorona de París que había venido exprofeso para cuidar á Roger, si acaso caía enfermo...

... Los poetas deben estar enfermos y las señoras guapas los cuidan... Son amados por las criollas que recitan sus versos en las hamacas, á la sombra de las flores grandes... Roger Fauchereuse irá, tal vez, á las colonias... Allí dan bailes... Encontrará á una muchacha como Laura... ¡No! ¡Como Laura, no!... ¿Entonces, como yo? No, porque será morena... El farol del negro alumbrará el bosque, como en *Pablo y Virginia*... Se casarán en la iglesia, de mañanita... Ella tendrá los brazos desnudos sobre setos de rosas... Hay saltamontes azules en las praderas...

Terminado el almuerzo, salen á la terraza.

Todos se han sentado en círculo. Las avispas zumban sobre el follaje. La campana toca á vísperas. Amapolas negras se marchitan sobre el césped.

—Hija mía—dice la señora de Ellébeuse á su hija—harias muy bien, ahora que han servido el café, en ir á traernos el cuaderno de poesías en que has copiado los bonitos versos del señor Fauchereuse.

Clara de Ellébeuse va á su cuarto. Abre el cuaderno por la página en que se encuentra la poesía de Roger. En ella se ha secado un pensamiento. Rápidamente, lo quita. Pero el tallo y el corazón de la flor han dejado, al aplastarse, una manchita verde-amarillenta. Clara quiere borrarla, pero no lo consigue. Moja su pañuelo y frota la mancha que se hace mayor. Es como las llaves de la mujer de Barba Azul. Vuelve á bajar, y tiende el cuaderno abierto á Roger. El sonrie. Se hace el silencio. El lee:

A FRANZ DE LA MIRANDIÉRE

CON MOTIVO DE SUS BODAS

Hoy que cortando en una vela errante
de un claro mar el tibio azul brillante
llevas entre azahares tu amor fiel,
deja un punto alentar sobre mi lira
la brisa espiritual que el alma aspira
de Dios en el vergel.

Abrese cual un pórtico, serena,
tu vida; suave aroma de azucena
mézclase al puro cántico nupcial;
deja un instante al pueblo tormentoso
tribuno que lo encalmas; hoy, dichoso,
canta con voz triunfal.

Si vas á errar por la dormida playa,
mientras la brisa de la mar desmaya
besándote, del brazo de tu amor,
desoye los clamores de la lucha:
fijos los ojos en la amada, escucha
la voz del alma y su secreto ardor.

Si piensas en la Patria bienhechora
y en esta Libertad que el bardo adora,
por quien luchar queremos y morir,
dí: Santa la hace Dios dentro del alma,
porque á los pies de una mujer, encalma
todo nuestro sufrir.

Las copas juveniles se levanten:
del amigo feliz la dicha canten,
que un ensueño convierte en realidad:
en el umbral de un templo consagrado,
contempla el porvenir, sol del pasado,
su amor de eternidad.

—¡Maravilloso! ¡Oh! ¡Maravilloso!...—exclaman á la vez las señoras de Ellébeuse y de Etanges.—El señor de Ellébeuse, gravemente, da muestras de aprobación. El señor de Astín, se levanta, muy conmovido, y tendiendo la mano á Roger Faucheureuse:

—Joven—le dice—con las lágrimas en los ojos, mis ideas no son las vuestras. Mi siglo ha muerto. Pero dejadme que os diga que llegaréis á gran altura.

Roger Fauchereuse se ha puesto en pie. Su actitud, algo encogida, es encantadora. Ha devuelto el cuaderno á Clara y con el puño en la cadera, ceñido el cuerpo por la levita de caza, echada un poco atrás la cabeza, mira el contorno de las colinas. Un murmullo de cantos de vísperas llega hasta la terraza. Y en las lejanas aldeas, suenan campanas.

Clara de Ellébeuse no ha dicho nada. Nunca sintió emoción más dulce que la de hoy, sino en el día de su primera comunión. Y aun, entonces, los escrúpulos le envenenaron la alegría. Recuerda que en el momento de ir á la misa temió haber bebido agua por la noche. Antes de ir á colocarse entre sus compañeras comunicó su inquietud á su madre que se sonrió y la envió al señor cura para que la tranquilizara. Evoca aquel santo día. Era cinco años há. Llevaba una corona de rosas blancas sobre las cocas onduladas,

una camiseta ornada de colmenas de tul, y un vestido y una falda con festones. En su devocionario con tapas de marfil tenía juntos los grabados piadosos que sus amigas le habían regalado. Al respaldo, leíanse finas dedicatorias: «*A mi querida Clara, recuerdo del día más hermoso de nuestra vida*»; «*A mi tierna amiga Clara de Ellébeuse, hasta la Patria de Dios*»; «*A mi predilecta Clara, recuerdo de un día feliz*». Y estos grabados eran corazones llameantes, cálices de oro en los que se levantaba la hostia en un resplandecer de gavillas al sol; santos prosternados bajo relámpagos; vírgenes que sostenían al Niño Jesús y que, con un pie descalzo, puesto plácidamente sobre el mundo, aplastaban á la serpiente tentadora; genuflexiones de niñas que iban á recibir la primera comunión en la Sagrada Mesa, y tomaban el Sacramento de manos de un digno sacerdote, con los cabellos en bucles.

... Yo iba de blanco, se dice Clara... Se va de blanco el día de la primera comunión y el día de la boda...

Verdaderamente, hoy Clara es feliz. Puede rechazar los pensamientos sombríos. La historia de tío-abuelo Joaquín y de Laura no se le aparece sino como á través de una bruma, como un sueño triste que se volviera dorado. Se levanta, lleva otra vez el cuaderno á su cuarto y vuelve á la terraza. Pasan al salón en donde Roger Fauchereuse, con voz llena de sentimiento, canta, acompañándose en la guitarra, una romanza nueva de Luisa Puget: *Cuando vuelvas.*

Un criado del señor de Ellébeuse anuncia que han encontrado al perro y lo han traído á la cuadra y que ha llegado la maleta con los efectos del señorito Roger. Su familia, advertida ya, se la manda. El señor de Ellébeuse acompaña al joven poeta á la habitación que le ha destinado y le dice:

—Mi querido Roger, obrad en todo á vuestra voluntad.

—Gracias. Tengo que escribir algunas cartas.

—Aquí tenéis todo lo necesario.

En el momento de comer, reaparece Roger Fauchereuse. Se ha pues-

to un frac verde que moldea su talle fino. Lleva antiparas del mismo tono que su pantalón. Se habla de la cacería proyectada para el día siguiente. Acuerdan que Clara de Ellébeuse asista. Se la apostará, para que no se fatigue mucho, al pie de una encina.

La marcha del señor de Astín interrumpe la conversación. Ha llegado su coche. Se despide.

Se ve hundirse la pesada carroza en el follaje de la alameda sobre el que muere la hermosa tarde. Desaparece, para reaparecer luego entre las magnolias, de las que se desprende una pesada flor que va á caer, como nieve, sobre los caballos.

IV

CLARA DE ELLÉBEUSE ha soñado durante la noche. Ha soñado que era Laura y que Roger era el tío Joaquín. Ella estaba debajo de una flor que era una gran campana blanca. Se ahogaba. Le gritaba una voz: «¡Desventurada! ¡Ya se acerca el tiempo de tu embarazo!»

Se despierta sobresaltada, á los golpes que da Gertrudis á la puerta, diciendo:

—Señorita, son las cinco.

Clara recuerda que van á caza de liebres. Hace su tocado, se viste rápidamente, olvida la fea pesadilla pensando en Roger y en la hermosa

mañanita que hará. Gertrudis le trae el desayuno. Los lebreles gritan en el patio. Clara desciende. Va á buscar su escopeta á la biblioteca, en la que se mezclan perfumes de libros antiguos, de ratonera y de sombra.

El señor de Ellébeuse, Roger y los tres monteros están ya en la terraza. Se une á ellos. Roger quiere cogerle la escopeta para llevarla, pero ella se niega riendo. Trasponen la verja.

En la sombra fresca y gris del alba, los contornos aparecen duros y negros. Pronto desatraillan los perros que husmean y rastrean sobre un rastrojo. Uno se retrasa. Otro da vuelta sobre sí mismo. Todos esparcen un olor cascoso. Algunos trotan rápidos, pachones torcidos, sabuesos bigotudos y perdigueros desgarbados.

De pronto, una llamada persistente, brota de una garganta. Inmóvil, tendido el cuello, rígido el cuerpo, vagos los ojos, un perro aulla; luego, por un segundo, se calla. Y llama otra vez. Es un gemido largo que tiembla en el aire matinal, que lo sacude de

la llanura á los ribazos. Sus compañeros corren á él. Grita siempre, alto y arrugado el hocico, meneando la cola, erguidas y arrugadas las orejas. Luego todos, casi al mismo tiempo, cargan. Un ladrido. Estos tienen dos notas prolongadas. Alta, y baja después; y aquellos hacen ruido de tambor con la garganta. Y, lejana, en los instantes de silencio, la jauría del eco contesta. Principia la caza.

Las lindas polainas de gamuza de Clara de Ellébeuse se sumergen en los helechos. Sigue á los cazadores. A veces una aulaga le pincha en las rodillas. Los matorrales dejan gotear sobre su ancho sombrero, adornado con un ala de grajo, en lluvia glacial y brillante, el rocío. Elévanse de los campos efluvios de tierra y de menta. La liebre se esconde. Suben un pequeño ribazo.

—Hija mía—dice el señor de Ellébeuse á su hija—vas á cansarte... Te puedes apostar en el caminito, cerca de la *posesión cerrada;* nos reuniremos contigo en seguida. También nos vamos á apostar, Roger y yo.

... *La posesión cerrada,* se dice

Clara de Ellébeuse, ¿no es la habitación de que habla el tío Joaquín en la primera carta, la habitación en donde vivió Laura?... Sí... Lentamente, la muchacha va por el sendero. Mira, como si la viera por primera vez, la casa cerrada que tiene un solo piso. Una empalizada de estrechos rodrigones rotos, mal unidos por alambres, rodea el jardinillo abandonado en donde la niña entra. Los goznes de las ventanas verdes están gastados. Con la punta del dedo, Clara de Ellébeuse acaricia la herrumbre granujienta. Gran emoción la invade: Estará frío y obscuro allí dentro, se dice. Habrá telarañas colgantes.

A la izquierda, cerca del camino, un bosquecillo de encinas da sombra á un pozo.

Clara se pasea por el jardín en donde contempla, crecidos entre la hierba alta llena de adormideras, espuelas de caballero y avenas locas, rosales parecidos á zarzas y que formaron quizá una glorieta. Hay allí una tabla de banco, húmeda y podrida.

La caza se ha alejado. Apenas oye

Clara de Ellébeuse, de tiempo en tiempo, á los perros, como si estuvieran en el fondo del cielo.

Coge flores y piensa en sus símbolos que tiene copiados en el cuadernillo de colegiala, á escondidas, porque está prohibido.

... La adormidera malva, tan frágil, significa sueño y languidez; la espuela de caballero, de la que cada flor es como una mariposa azul, timidez, ingenuidad; la rosa, frescura y ternura...

... ¿Sabría Laura el lenguaje de las plantas? ¡Pobre Laura! debió sufrir mucho... ¿Será aquí dónde murió? ¿Dónde estaba su cuarto? ¿Sería la ventana de la izquierda? Tiene un clavo, aquella. ¿Colgarían allí una jaula? ¿Le gustaban los pájaros?

Clara de Ellébeuse ya no oye la caza que está muy lejos, sin duda... detrás del ribazo... ¿Estarán papá y Roger con los monteros?...

No sabe por qué, siente deseos de sollozar.

... Le gustaban los pájaros, á Laura... Y tocaba la guitarra... ¿Quién despacharía el láudano?

El cielo está puro como un manantial azul. El sol de las nueve arroja una sombra espesa al pie del pozo.

... Laura bebería de esta agua, quizá... ¿Y si la bebiera yo? Hay un cubo nuevo que debe servir para alguna alquería de la vecindad... ¡Qué negro y hermoso está el pozo por dentro! Hay escolopendras, violetas y musgos helados... Hay un temblor de sol sombrío en el fondo... El cubo no pesa mucho... Ya sube... El agua es clara... Qué fresca está...

—¡Os va á hacer daño, Clara!—

Es Roger el que lo ha dicho. Se ha presentado de repente.

—¿No está aquí vuestro padre?... Me había dicho que vendría... Habrá ído detrás de los perros?... Haced el favor de dejar el agua... Tengo vino en mi frasco... ¿Queréis un vasito?

—Gracias, Roger... Gracias... Nunca bebo más que agua... No me gusta el vino... Nunca bebo vino.

Sonríe á Roger y se sienta en una viga, al pie del pozo, Roger se acomoda junto á ella. Han dejado las escopetas apoyadas en el brocal.

—¿Sabéis, Roger, quién habitaba en esta casa?

—En verdad que no... Siempre la he visto así, cerrada... La encuentro bonita en extremo. ¿Y vos?

—¡Oh!... Yo, si fuera poeta como vos ó como Almaida de Fleureuil, ya lo sabría... Hablaría...

—¿Quién es Almaida de Fleureuil?

—Una *mayor* del convento...

—¿De qué hablaríais?

—Hablaría de las ventanas, de la herrumbre y de las flores viejas... Hay flores viejas que sufren al verse solas, porque han pertenecido á personas que han muerto... como en este jardín... Se figura uno á las personas... Eran buenas y hablaban por la noche, cuando estaba tibia... ¿Escribiréis esto en vuestras poesías, decid, Roger? Son hermosas, hermosas, vuestras poesías... Yo soy una niña que os hace reir... Me da gana de llorar... Tomad... He cogido para vos estas flores... Tomad...

Y Clara de Ellébeuse, con ademán brusco y torpe, arroja las flores á los pies de Roger. El sonríe y dice á la niña:

—Es una amabilidad muy grande,

amiguita. Haré versos sobre estas flores y se los enviaré, para vos, á vuestra mamá...

Pero, de repente, deja de hablar, sorprendido... Se vuelve hacia Clara de Ellébeuse, creyendo que se ríe, con la cabeza entre los brazos. Separa cuidadosamente una de las manos de la niña... Y ella rompe en sollozos, en sollozos de verdad... Gruesas lágrimas corren á lo largo de sus rizos.

Y, lleno de confusión, sin atreverse á comprender, le pregunta con dulzura:

—¿Qué tenéis, amiguita? ¿Por qué lloráis así?

Pero Clara de Ellébeuse no contesta y, largamente, sigue llorando, con los codos en las rodillas, caído el sombrero. Roger, conmovidísimo, lo recoge.

—No lloréis así, amiguita, me dais mucha pena....

Y cuando, con mano ligera acaricia la nuca tersa y dorada de la niña deseoso de consolarla, ella se abraza de repente á su amigo y llora mucho tiempo, oculta la frente sobre él.

***

La llamada de una trompa de caza les llega desde muy lejos. Roger se levanta y contesta. Toma el pañolito que Clara de Ellébeuse tiene en las rodillas y, con gentileza, le limpia los ojos sonriendo. Ella sonríe también.

—Pronto, pronto, amiguita... No lloréis. Es necesario que no vean que habéis llorado. Os quiero mucho. Sed juiciosa.

Clara de Ellébeuse va á mojar su pañolito en el agua soleada del cubo, y se humedece con ella los párpados. Se acabó.

El montero mayor llega con los perros. El señor de Ellébeuse y los dos aldeanos le siguen á poca distancia, portadores de dos liebres muertas en el ribazo de Castétis.

—¡Las he matado yo! ¿No habéis continuado, Roger? Ha sido una diversión.

—... ¡En verdad, no! Estaba un poco cansado... Y tenía una compañera encantadora.

—¿Y tú, querida?...

—Yo estoy contenta, papaito...

—Bueno, pues entonces: ¡Adelante! ¡En marcha!

Y bajan otra vez á la llanura.

Los mirlos se amedrentan en los setos. Uno se posa en el suelo.

—Tírale...

Clara de Ellébeuse se echa la escopeta á la cara lentamente y no tira. El pájaro escapa. Ella suelta la risa:

—Era tan mono, papaíto...

Y, apuntando de pronto al cántaro de un pajar, tira y lo rompe, y se echa á reir otra vez.

—Todavía tengo un tiro... Roger, ¿á qué hay que tirar?

—Al aire, á mi gorra.

—No, es muy bonita.

—Sí, lo pido. Me servirá de recuerdo. Uno... dos... tres... ¡Está!

Clara de Ellébeuse se llena de orgullo. En la tela hay señales de plomo.

—¡Pero si es un encanto! Me pesaba un poco, el sombrero. Me habéis hecho un verdadero servicio... Lía para hacer este trabajo con la aguja hubiera tardado ciertamente tres cuartos de hora...

Clara de Ellébeuse se sonreía de

alegría. Acaba de ver, entre los dedos de Roger, las flores que había cogido para él y que ella había echado al suelo.

***

Roger se marchó aquella tarde, dejando en el corazón de la niña una dulzura semejante á la caída dorada y blanca de los atardeceres de septiembre. El corazón de Clara de Ellébeuse estalló como una fruta. Se refugia en las alamedas. La historia de tío-abuelo Joaquín y de su novia Laura no le parece ya ni tan dramática ni tan fúnebre. Puede volver á pensar en ella con calma.

... Era la vida criolla de antaño, se dice, la vida ardiente y apasionada.

No sabe bien cuál era aquella existencia, ni lo que significan los calificativos exaltados de que la reviste, pero evoca en secreto el esplendor de las islas en el matiz de las uvayemas de otoño y de los liquidámbares mortecinos, y en los rosarios de pimientos de llama que Gertrudis cuelga en las guardillas del granero. Se ve, con Roger, en un

baile de las Antillas, ó de otra parte, porque aun hay nombres encantadores: La Florida ó Luisiana, ó La Carolina del Sur, descrita por un marino joven en el *Museo de las familias*. Hay revoluciones. Los campos de cañas de azúcar son incendiados y el esclavo fiel lleva hasta la cima de un cocotero al niño que el jefe de los rebeldes quiere matar...

Los ensueños de Clara acrecientan su piedad. Sus escrúpulos han desaparecido. Encuentra á Dios infinitamente bueno. En estos días, tórridos aun, la iglesia humilde es como un nido fresco. Se refugia en ella frecuentemente, pero ya no pide perdón á Dios por los pecados que ha cometido. Su plegaria es una exaltación muda, una leve humareda de incienso que la transporta en rapto. Envuelve los pies de la Vírgen en una especie de cántico mental. Un dia, durante la elevación, rechaza de su memoria estos versos de Roger:

Deja un punto alentar sobre mi lira
la brisa espiritual que el alma aspira
de Dios en el vergel

Una tarde, Lía viene á verla.

—Figúrate, querida—le dice Clara

—que tu hermano nos encantó el otro día leyéndonos versos suyos... ¿Los recita á menudo en vuestra casa?

—No, querida. No nos hace ese honor, y además...

—Además...

—La gente joven—dice Roger—no puede oirlos todos.

—¿Nunca has leído tú versos de esa clase?

—Curiosa... Una vez... Era una poesía para una señora.

—¿Tenía algo?

—No sé... Hablaba de sus hombros...

—¿Crees que se los habrá visto en el baile?

—Sí, tonta, vaya...

Clara de Ellébeuse no concluye. Se abstrae y vuelve á pensar en aquella linda dama que vió un día en coche con Roger, aquella linda dama que llevaba una capota de color de rosa.

—Hijas mías, llama la señora de Ellébeuse; es hora de que vengáis á merendar.

Las dos amigas van á sentarse al comedor, una frente á otra. Aco-

modándose en sus sillas se sonrien de un modo encogido, infantil y contento, con la sonrisa inocente y buena, un poco entristecida, de dos colegialas que se ven fuera del pensionado.

Clara de Ellébeuse se ha puesto el vestido de tía Amenaida y sus rizos caen sobre sus hombros como virutas de haya. Lía Fauchereuse, menos rubia que su amiga, lleva peinado virginal, con un lazo de terciopelo á la izquierda del moño. Tiene ojos negros, algo en forma de almendra, como los de su hermano. Su naríz es muy aquilina, su boca redonda y pequeña. Lleva un vestido de color de lila con doble falda sobre una enagua muy tiesa, y los pantalones le caen rectos sobre las botinas del mismo color que el vestido. Una toca le cubre la parte baja del cuello, y las mangas muy cortas, rematadas por un doble fleco, dejan ver los brazos delgados y morenos. Ligeros mitones de seda negra dan á sus manitas aspecto juicioso. Sonríe siempre á su amiga, sosteniendo la cuchara sobre un plato de frambuesas sombriamente traslucidas.

La señora de Ellébeuse se retira. Y las pequeñas comen silenciosas, mientras dan las cuatro en el reloj de la entreventana. De tiempo en tiempo Clara se pone en pie para servir á su amiga. Ella misma ha escrito dos pequeñas minutas: *frambuesas, uvas, manzanas, griñones, crema de chocolate, confitura de albaricoques, chinos, jarabe de grosella, horchata.* Y de repente sueltan la risa, porque el pavo real acaba de posarse en el alféizar de la ventana como un gran ramillete de sombra.

Después de la merienda, van á la alfombra de césped y allí, adelante una pierna, la cabeza en alto, extendido el brazo en espera del volante, juegan.

—¿Vamos á ver si hay huevos en el gallinero?—exclama de repente Clara de Ellébeuse.

Y, en el heno, recogen tres huevos tibios que llevan á Gertrudis, que da bondadosamente muestras de alegría. Vuelven á salir, y cogidas del brazo se internan en la alameda umbrosa.

—¿Tienes noticias de Almaida de Fleureuil?

—¡Oh!... querida, figúrate—responde Lía—figúrate... Roger ha visto anteayer poesías de Almaida en mi cuaderno...

—¿Y qué ha dicho?

—Ha dicho: Son versos de una joven muy exaltada.

—¿Y ha dicho sólo eso?

—Ademas me ha dicho: Tu amiga Clara de Ellébeuse me habló el otro día de Almaida de Fleureuil... Pero lo que me contaba tu amiga era cien veces más bonito que los versos de Almaida.

—Y entonces, querida...

—Entonces le pregunté qué decías.

—¿Y qué te contestó?

—Hablaba de un jardín antiguo.

—¿Nada más?—pregunta Clara de Ellébeuse inquieta.

—Nada más.

—... Sí, es verdad... Le hablaba de un jardín antiguo.

—¿De qué jardín?

—Del jardín de la casa cerrada.

—¿Qué es eso de la casa cerrada?

—Es una posesión que está en el ribazo de Noarrieu.

—¿Quién la habita?

—Nadie, porque está cerrada.. Pero, en tiempos, hubo allí...

—¿Quién, dí?

—Una extranjera enferma... me parece...

—Mira que lagarto verde tan grande.

—Tiene la cabeza azul.

—Oigo el coche... Es el administrador que viene á buscarme... ¡Ay! querida... que poco tiempo...

—¿No nos veremos ya hasta el convento?... Las vacaciones se acaban.

—¡Oh! qué fastidio, querida... Y Roger se marcha pasado mañana... Voy á quedarme casi sola... ¿Me escribirás?

—Te escribiré... ¿Y tú?...

—Sí.

***

El buen tiempo declina. Los días que siguen se deshojan á los vientos desolados de otoño, ó se adormecen al ruido de las lluvias. Clara de Ellébeuse emplea sus tardes en ordenar y determinar los últimos ramos floridos de su herbario. Con la punta de un alfiler, cuenta y separa

cuidadosamente los estambres. Esta es la *Reina de los valles*, que exhala un olor de almendras dulces y busca las praderas inundadas. Estos son la *Escrofularia acuática* y el *cólquico otoñal*, pernicioso para los rebaños y cuyo resplandor vela sobre los herbajes. Este es el *Papa moscas* habitante de las turberas, argentado eternamente por el *rocío del sol*, lo que le ha valido el nombre que lleva. Esta es la *Genciana pneumonante* de sombrías campanas azules, y el frágil *Brezo vagabundo* y el *Orégano* desolado, que tiene flores humildes y olorosas, amigas de los primeros vientos de tempestad, y la *Salvia común*, cuyo nombre significa planta saludable y la *Melisa*, grata á las abejas. Y Clara de Ellébeuse relee en su botánica, que tiene un prefacio adornado con una Vírgen florida, estos versos de un poeta ignorado:

La melisa común, la hierba de Mileto,
preciosos ingredientes para quien cria abejas,
invitan al enjambre zumbón que vuela inquieto
á cerrar las alas bermejas.

Pronto, es preciso cerrar la flora y pensar en la fría apertura de curso.

Clara de Ellébeuse acomoda en su maleta un cúmulo de cosas menudas. Ordena, en un cofrecillo, las misivas que sus amigas le han escrito durante estas vacaciones. Las relee al clasificarlas. Aquí hay una carta de la extravagante Victoria de Etremont. Le comunica, con muchos, «*querida mía*» y signos admirativos, que, durante una gira, el novio de su hermana mayor se cayó de cabeza al agua; que salió con cieno en los zapatos y en los bolsillos; que no tenía trajes de repuesto; que era cómico, al entrar en la quinta, ver á Edmea lloriquear y limpiar á Eugenio con su pañuelo de batista. Estas son noticias de Blanca de Percival, que se queja amargamente de no haber recibido ni una carta de su amiga Silvia Laboulaye. «Es una ingrata» concluye. Lo que es Rosa de Limereuil, lee mucho: «Sobre todo lo que me ha entusiasmado, escribe, es la historia de un joven, escrita por la señora de Dewal; le toman por otro que ha sido asesinado, que se viste de verdugo y que vuelve á encontrar á su prometida que huye, en un calabozo del Terror».

De pronto, Clara de Ellébeuse, frunce el ceño. Iba á dejar olvidadas, en el saquito de pañuelos, las terribles misivas del tío Joaquín. Va rápidamente á su cajón, coge las dos cartas, las desliza entre las de sus amigas y cierra otra vez el cofrecillo ocultando la llave en el doblez de su manteleta de colegiala.

V

La tristeza del viento conmueve los plátanos de octubre del patio de recreo. El polvo agrio y frío se arremolina. El delgado chorro del surtidor se quiebra á cada instante. Han terminado las meriendas, y los papelones que envolvían pasteles, manzanas y naranjas, vuelan á ras del suelo. Es el momento de mayor animación de los juegos. Van de un lugar á otro los vestidos negros de las colegialas. Forman excepción las que se pasean confidenciales, juntas ó con sus maestras.

Las más numerosas corren ó saltan, ó juegan al volante y al marro:

—¡Lía! ¡Cogida ó no juego!

—Veintiuno, veintidós, veintitrés... Perdí... Ahora tú.

—Has hablado. ¡Ay! Me toca á mí empezar.

—¿Cuántos llevaba?... Has pisado la raya.

—No grites así.

—Te digo que no.

—El tejo está perfectamente...

—¡Ay!... Qué daño me he hecho en la rodilla...

—... Y entonces, refiere una de las paseantes á sus compañeras, entonces, querida, cuando fueron á la alcoba y cuando volvieron al refectorio advirtieron que hablaban poco y que tenían las voces roncas... Decían ellas que regresaban de Palestina... La lega que les servía á la mesa, vió una bota encarnada bajo el vestido... de pronto...

—¡El alfiler se ha clavado en la pelota!

—¡Ay, ay, ay!

—¡Qué tonta eres!... Querida, si gritas así, no juego.

El viento sopla, desolado. Unos gorriones, hinchados ya por el frío, pían entre el polvo, asustados, y echan á volar llevándose migajas de pan.

Clara de Ellébeuse está sola, sentada en un banco, doblada, con una mano en el pecho. Hace tres días es presa de dolores agudos que le cogen á lo largo de las costillas, el espinazo, la garganta, la nuca. Aprieta los dientes y nada dice de su mal, tanto porque la exaspera el que le tengan lástima, como porque una idea espantosa germina en su cerebro desequilibrado. Un ligero grito, á veces, y nada más. Allí está, desde el principio del recreo, envuelta en su capellina negra, algo temblorosa de fiebre, y sin responder á las amigas que la preguntan al pasar, ni siquiera á Lía, su querida amiga.

Pero ellas no se asombran de su mutismo, porque saben que á veces es rara. Tiene á su lado una cestita, llena de uvas pasas, bien acomodadas por Gertrudis, que le trajo ayer su madre y á las que ni siquiera ha tocado. Está arisca como un animalillo enfermo. Sus arrepentimientos caen desordenados sobre sus mejillas pálidas.

No se levanta hasta que la campana toca para la vuelta al estudio.

—Hija mia—le dice la señora Su-

periora, que pasa por allí como por casualidad.—Si estáis enferma, no os fatiguéis nada. Sois, habitualmente, buena alumna. Han advertido en vos un cambio desde hace tres días. ¿Estáis enferma?

—Estoy un poco cansada, buena madre... Pero no será nada...

—En ese caso, hija mía, quedáis dispensada de toda obligación... Exijo, además, que descanséis del modo que creáis conveniente... Habéis dado, gracias á Dios, bastantes pruebas de asiduidad... Si no os encontráis tan mal que preferís ir á la enfermería, quedaos en el estudio, pero no os fatiguéis nada... Hasta os permito, por excepción, leer libremente, como en vísperas de vacaciones. Id, hija mía.

Clara de Ellébeuse entra en el estudio en donde trabajan ya sus compañeras. Las plumas de ganso chirrían á la vez sobre los cuadernos metódicamente inclinados. Las niñas se aplican, inclinada la cabeza sobre el hombro derecho, sacando la puntita de la lengua.

Clara de Ellébeuse levanta la tapa de su pupitre y lo mantiene mucho

tiempo abierto con ayuda de una regla. De debajo de sus libros saca una de las cartas del tío-abuelo Joaquín. La desdobla y contraída la faz por la angustia, vuelve á leer, por centésima vez, el final:

«¡Quédeme yo solo en la tierra con mis dolores y mis remordimientos, ya que ni siquiera dejasteis á mi soledad cruel el triste fruto de nuestros abrazos!»

¡Oh! ¡Espantosa idea la que, hace tres días, retuerce el corazón de la niña! Estoy embarazada, debo estar embarazada, ha exclamado mentalmente anteayer, al leer esta carta... Y ahora, se lo repite con obstinación... Sentía algunos dolores nerviosos y de repente la idea loca ha surgido en su conciencia desconcertada... *«el triste fruto de nuestros abrazos»*.

¿Entonces, se dice Clara, por los *abrazos* es por lo que nacen los niños? ¿Por los *abrazos* es por lo que la infeliz Laura quedó embarazada? ¡Ah! ¡Si lo hubiera sabido, desdichada de mí!

¿Qué locura culpable se apoderó de mi alma cuando, junto á la casa

cerrada, estreché apasionadamente á Roger en mis brazos?...

... Y sin embargo, papá me ha estrechado en sus brazos muchas veces... Sí, indudablemente. Pero Dios no permite que se tengan hijos con un padre, ni con hermanos, ni con parientes... Con los primos, sí, porque se puede una casar con ellos...

***

Desde el día aquél, empieza para Clara una agonía lenta. Nada la saca de su error, ni siquiera, tal es su ignorancia, las pruebas más tranquilizadoras. Su madre la ha venido á ver, le ha preguntado sobre su mal, pero en vano. Clara de Ellébeuse ha pasado diez días en su casa, y la alegría no le ha vuelto. Hasta ha pedido volver al convento. Ha vagado, dolorida, por los graneros que cobijaron los juegos de su niñez. Su padre, dando vueltas en el fondo de su pensamiento al secreto terrible de la locura de muchos de los de Ellébeuse, trata de rechazar el abominable temor.

La melancólica niña se desmejora, y pasea á través de los corredores

helados del convento, á donde ha vuelto; su fiebre y sus angustias son tan fuertes que no siente ya sus neuralguias.

Una noche cree sentir el movimiento del niño en su vientre virginal. Y, despertándose sobresaltada, recuerda aquella voz oída en sueños durante las vacaciones, la mañana misma de la caza abominable, aquella voz que gritaba: «*Ya se acerca el tiempo de tu embarazo*». Era la advertencia divina, se dice... ¡Y yo, no haberla escuchado! ¡Todo se ha perdido, todo acabó!... ¡Ah! si nunca hubiera nacido... ó si hubiera nacido animal, pobre criatura, como Robinsón, el perro, que comía huesos al sol... La hubieran dejado tranquila...

Y á veces su pensamiento se concentra en el niño que alimenta su ignorancia dolorosa. ¡Ah! Ya le quiere. Es *su* hijo, el hijo del amado. ¿Qué diría él, Roger, si supiera que está en ese estado?... ¿Escribirle? ¡Oh! No... ¡Qué vergüenza!... Ni siquiera sabía ella... Pero cuando sepa la horrible verdad ¿habrá un desafío como el del tío Joaquín y el hermano de Laura? ¿Tirará Roger? ¿Dejará

ciego á papaíto? Entonces... No, es demasiado horrible...

Y cada día es una agonía nueva, cada noche una nueva muerte; no, ni siquiera una muerte, sino algo más espantoso que la vida.

Un día los señores de Ellébeuse y Fauchereuse van juntos al convento á visitar á sus hijas. Llegan, desmejorada y pálida la una, llena la otra de alegría y salud. Al cabo de un cuarto de hora el señor Fauchereuse despide á Lía y volviéndose á Clara de Ellébeuse:

—¿Estás mala, hija mía?... ¿Dí? ¿Qué te duele?

¡Ah! ¡qué tentada está á confesar su crimen! Pero un pudor la contiene... Ante otro médico, sí, tal vez hubiera gritado, en un sollozo, su falta imaginaria... Pero ante éste, nunca... éste, que es el padre de Roger... Roger no ha cometido ninguna falta... Ella sola es responsable de tal crimen. Un pudor invencible la contiene... Contesta:

—Pero si no me duele nada... Tengo calentura.

Y los dos hombres se retiran. Y, traspuesta la verja del convento, un

largo sollozo sube del pecho del señor de Ellébeuse.

—Calmaos, pobre amigo,—le dice el señor Fauchereuse.—Hay enfermedades de nervios, frecuentes en los jóvenes, que desaparecen tan súbitamente como han venido... No creo que haya peligro inmediato... La niña es fuerte... de ascendientes robustos... Nunca he oído decir que los de Ellébeuse ni los de Etanges hayan tenido enfermedades nerviosas.

A estas palabras, inconscientemente terribles, el señor de Ellébeuse levanta la cabeza.

—Querido Fauchereuse... dice.

Y se calla, detiene la confidencia terrible.

—La niña no está más que nerviosa—continua el señor de Fauchereuse...—Os afirmo que su razón no tiene alteración ninguna.

Clara de Ellébeuse sigue un régimen especial. No hay cuidado que no se tenga con ella en un convento donde ha sido siempre la niña mimada. Para no irritarla más, el capellán la dispensa de todo ejercicio religioso... A misa los domingos, y

nada más. No está sujeta á la confesión quincenal. El anciano sacerdote conoce el alma de la muchacha y sabe cuán terrible ejercicio puede ser un examen de conciencia en tal estado morboso.

Pero Clara de Ellébeuse, aliviada al pronto de esta obligación, se inquieta en seguida:

Si me hubiera confesado, *quizá* me hubiera confesado mal. ¿No soy acaso culpable *también* de intención, al no confesarme?

Y las torturas vuelven á empezar, ó por mejor decir, no cesan. Sueña muchas veces que está sentada al borde del pozo de *la casa cerrada*, que unos pavos reales están posados en el brocal y que el sol le quema la cabeza.

Nacerá desnudo, se dice... El niño Jesús tenía paja.

Y á la par que se enternece pensando en el recién nacido divino, la invade un sordo rencor contra Dios Padre. ¡Oh! es malo, exclama. Pero, espantada en seguida de su blasfemia, encorva su alma y reza.

Una visita, sobre todo, la colma de amargura, la de su anciano amigo,

el señor de Astín, que ha sabido que está enferma y la viene á ver. Entra penosamenta en el locutorio, trayéndole con una amable sonrisa, una cesta de los lindos nísperos que la volvian loca cuando estaba buena. Le conmueve tanto esta atención que un sollozo la sacude. El anciano caballero, sofocado por su propia emoción, tiende los brazos á la niña para que se eche en ellos un momento y se calme.

Pero, de repente, Clara de Ellébeuse se levanta, fruncido el ceño, huraños los ojos:

—Nada de *abrazos*—le grita...—Sois un miserable... Me queréis deshonrar.

***

El señor de Astín sabe callar á la familia la frase, indicio, á su parecer, de locura terrible, que se le escapó á la niña; pero insiste, sin dar explicaciones, en que lleven otra vez á la colegiala al aire libre. Clara de Ellébeuse vuelve á su casa.

El señor Fauchereuse, con amabilidad encantadora, viene á pasar la tarde á Balansun muchas veces; pero

el mal inexplicable que aqueja á la muchacha, y que estudia en silencio con atención, no se hace más patente á sus ojos.

Acaso, piensa, serán desórdenes de la circulación, detenciones frecuentes en esta edad. Pregunta á la señora de Ellébeuse; pero ella se ha preocupado ya de tales momentos, y ha adquirido la certidumbre de su absoluta regularidad que no puede ¡ay! tranquilizar la ignorancia de la pobre niña.

Clara de Ellébeuse no habla más que cuando la preguntan, y brevemente.

Se levanta todos los días á la misma hora, y va á rezar, muy de mañana, á la iglesia, en donde no entra sin haber hecho un alto ante el sepulcro de Laura. Las belladonas de terciopelo rosa ya no están floridas, pero los tristes petirrojos las substituyen, entre las hojas secas ó la nieve. Un día, Clara, tose mucho, por haberse arrodillado, por penitencia, en la hierba brillante de escarcha. No hay palabras para contar las torturas de la atormentada. Una lasitud, un asco de todo, no la dejan

sino para hacer sitio á remordimientos tan crueles como infundados. Remordimientos que le queman las sienes, que le llenan los oídos de un zumbar contínuo. Y, por la noche, la atemorizan alucinaciones, voces le gritan su embarazo, dolores agudos la corroen, ve sombras rojas que se estremecen en la obscuridad.

Al despertar de una de estas noches terribles, Clara de Ellébeuse no tiene fuerzas para levantarse, Gertrudis le trae el desayuno. Pero la niña, irritada por el suplicio interior, rechaza, con palabras de cólera, los servicios de la vieja criada. La señora de Ellébeuse insiste entonces con dulzura para determinar á su hija á tomar algún alimento. Pero es en vano, y la pobre mujer, abrumada de dolor, se retira y va á su cuarto, á llorar largamente.

VI

Fué en una mañana serena de marzo, cuando se mató Clara de Ellébeuse. El cielo estaba límpido, como el nácar de algunas aguas; las nubes, ligeras y raras, desconchábanse, pizarrosas apenas. Mil pájaros cantaban en los plátanos desnudos, y los durillos estaban en flor. Los gallos contestábanse. Las alquerías rebrillaban cubiertas de rocío; zumbidos confusos de primavera que se aproxima, elevábanse del verde amarillento de los trigales nuevos. Aquí y allá, en el parque, las corolas rosáceas de las magnolias de flores desnudas parecían llamas. So-

bre los céspedes brillaban las anémonas-silvias de hojas trémulas. Las prímulas amarillas y sonrosadas, las violetas, los ranúnculos, las pulmonarias, los bruscos, adornaban los taludes de los setos. Temblaban, lejanos, los Pirineos, parecidos á témpanos flotantes de azul y nieve.

La señora de Ellébeuse entró en el cuarto de su hija que, desde dos días antes, algo mejorada, empezaba á levantarse:

—¿Qué tal has dormido, hija mía?

—Me siento mejor, mamaíta.

—¿Quieres que Gertrudis te traiga agua caliente para arreglarte?

—Sí, ya lo creo, mamaíta.

La señora de Ellébeuse salió del cuarto, y Clara, encantada de su esperanza, fué á arrodillarse y á rezar al pie de su crucifijo.

Cuando Gertrudis se hubo retirado, Clara de Ellébeuse se arregló con todo esmero. Dió brillo, en el molde de boj, á sus pesados bucles. Separó regularmente los bandós lisos que le caían en curva sobre la frente; luego, preocupada, abrió su saquito de pañuelos. Tomó de él las dos cartas del tío Joaquín, que había vuelto á

colocar allí, y las quemó en la chimenea, cuidadosamente. Por un momento, fijó la vista en el retrato de su tío-abuelo, y bajó después, ahogando el ruído de sus pisadas, á la biblioteca. Había, en uno de los ángulos de la habitación, un armario en el cual la señora de Etanges había reunido las drogas precisas para una farmacia de campo, algunas sales, algunos líquidos. Sobre cada frasco ó tarro, la señora de Etanges había escrito con su letra antigua el nombre del medicamento: *Eter sulfúrico, Láudano, Arnica, Agua sedativa,* etc.

Clara de Ellébause abrió el armario y tomó el láudano. La inspiración de hacer aquello fué casi repentina. Diez minutos antes, cuando quemaba las letras del tío, no había formulado aun, por completo, la idea. Fué quizá el hecho de haber destruído las misivas, la continuación de un pensamiento interrumpido por su espíritu fatigado y reanudado después. Ni ella misma se asombró de su acto. Ne lo sentía sino con dificultad, como su cuerpo. Se daba cuenta de la parálisis casi total de cuanto ha-

cia. Tomó pues el frasco y lo deslizó en su seno.

Ninguna emoción tenía en el rostro. Miró al parque, por la única ventana de la biblioteca. Había allí su rincón humedo y umbroso en donde *jugaba á los jardines*, de pequeña. Entonces, se acuerda de aquello. Bajo la acacia de grandes vainas, plantaba regularmente corolas de rosas grandes, regándolas luego con una regaderita verde que su padre le había regalado en sus días. Se acordaba de su pregunta:

—«Abuelita, ¿vamos á hacer la lluvia?» Ponían un poco de agua en el fondo del juguete. Algunas gotas caían sobre los pétalos ardientes. Un zumbido entre el ramaje la llenaba de temor. Soltaba la regadera y se precipitaba hácia su abuela, con ese paso de los niños que empiezan á andar, tendidos los brazos.

Aquellos recuerdos le torturaron el corazón. Contuvo el llanto. Sintió como una náusea moral. El alma la estrangulaba. Por encima de su vestido negro de colegiala, apretaba el frasco que le daba frío en los pechos.

Salió de la habitación, bajó al parque. Distinguió á su padre, que no la vió. Iba de caza con Robinsón. Clara acortó el paso. Contempló su vestido vagamente. Angustia indecible le contrajo la boca. Se figuró que su vientre se había abultado. Pensó en su madre, en Roger. Los rechazó del pensamiento...

Ya estaba en el cementerio, entre el enterramiento de los de Ellébeuse y el sepulcro de Laura. Jacintos blancos florecían.

Se arrodilló, sacó el frasco del corpiño, y lo destapó. Con la mano izquierda se agarró á la verja. Cerró los ojos, bebió el láudano de un trago, y allí se quedó.

Así murió Clara de Ellébeuse, á los diez y siete años de edad, el diez de marzo de mil ochocientos cuarenta y ocho. Rogad por ella.

* * *

ALMAIDA DE ETREMONT

Ó LA HISTORIA
DE UNA MUCHACHA APASIONADA

A ALMAIDA DE ETREMONT

¿Por qué razón y misterio has venido á sentarte á mi lado?

Dime ¿por qué tu gracia antigua y tus negros arrepentimientos me turban y me recuerdan una tempestad lejana?... Y ¿por qué, yo sólo, te distingo en lo pasado?... Y ¿por qué sufro tal dolor, cuando, con tus ojos de sombra hundidos para siempre en los míos, pareces echarme en cara, con una amargura y un amor inmensos, una falta que no sé cuál es?

I

Almaida de Etremont de codos en el banco en que está sentada, no puede disipar su tristeza que aumenta la languidez de esta triste y antigua tarde.

La sombra en el cuadrante de pizarra, irisado por el sol, marca las tres. Todo contribuye a la melancolía de esta alma ensombrecida por la nostalgia de un sueño mal vivido. ¡Ah! ¿por qué da tal asco á la muchacha el perfume de la pompadura? Sin embargo, su aroma raro le gustaba en los días en que, con sus amigas de la niñez jugaba al marro en la alameda tenebrosa.

¡Oh tiempos lejanos! Nada queda ya de los días de vacaciones largas empurpuradas por las agonías solares del Otoño. ¡Oh Almaida de Etremont! ¿Evocas hoy, en el hosco ensueño de este mediodía, los follajes que, de año en año, extienden una sombra más solemne sobre la arena de los patios de recreo? ¿Vuelves á ver lo sentimental que eras ya, cuando en los días de reparto de premios te escogían para que fueras á recitar, entre el perfume piadoso de las guirnaldas frescas, la elegía compuesta por tí? ¿Piensas en los funerales de tus padres? ¿O te acuerdas de aquella compañera adolescente, á quien llevó á morir una demencia ardiente y pura? ¿Rememoras que, por aquella Clara de Ellébeuse, la campana lloró en el aire líquido y que una procesioncita blanca, de la que formabas parte, se meció como un ejército de azucenas en el cementerio lleno de llamas?

¡Desde aquella, cuántas tardes pasaron! Almaida de Etremont tiene veinticinco años. Conoce la soledad y la sombra que los muertos extienden sobre el césped en donde fueron.

Los días monótonos huyen sin ninguna distracción para la huérfana que se ha quedado sola en esta posesión demasiado vasta, frente á un tío anciano, impedido y taciturno. Ningún peregrino se ha parado á la verja, una tarde de mayo, para coger, en el perfume de las lilas negras, esta paloma, desposada. Es inútil que Almaida, sentada junto al estanque, aceche la carpa legendaria que ha de traerle, de las profundidades glaucas, el anillo nupcial. Nada responde á su ensueño sino el clamor de los pavos reales posados en el luto de las encinas. Y nada consuela su meditación, sino su meditación. Y nada se posa en su boca más ardiente que un fruto de la pasión, sino el viento sediento que sopla en los labios de carne de los castaños de Indias.

Sus ojos no tienen candor, sino una cálida y altanera melancolía, un chorro de luz negra, sobre la nariz movible y delgada. Y sus mejillas y su barbilla forman un arco de tal perfección y plenitud que todo beso quisiera romper su armonía. De un sombrero grande de paja, adornado

con adormideras de los trigales, caen los cabellos en *arrepentimientos* obscuros sobre el redondo resplandor de los hombros. Y todo el cuerpo no es más que una gracia perezosa que se dobla sobre este banco del que la mano de Almaida deja caer una misiva.

... Es una carta de Leonor de Percival, una amiga del colegio á quien ha vuelto á ver algunas veces, que le da parte de sus desposorios y la convida á su boda:

«¡Oh Almaida!—le escribe—sentía que mi corazón iba á estallar... Nunca había encontrado tan hermosa la Primavera como este año... Quizá el cielo, para darme un presentimiento de mi alegría, quiso adornar más aun á la Naturaleza... Nunca la pradera tuvo tal encanto, y las siringas, cuando rozaban mis bucles, exhalaban un perfume que me hacía desfallecer. ¡Oh Almaida! Rezo á Dios por tí, para que te envíe una embriaguez semejante. Si supieras... La otra tarde, mientras me paseaba del brazo de mi prometido, un ruiseñor se puso á cantar... Yo sucumbía. Me parecía que mi pecho iba á

romperse y que una vida nueva se levantaba dentro de mí... Cuando me encontré sola en mi cuarto, me sentía tan movida de gratitud para con el cielo, que me comparé á las lámparas del santuario que no saben más que consumirse por Dios. Comprendí en el momento aquel que si la Providencia no me hubiera enviado á Renato, hubiera dejado el mundo para vivir en la exaltación divina de los Desposorios Eternos. ¡Oh Almaida! Ruega por mí. ¡Y que felicidad semejante te inunde!... Si me hubiese muerto... ¡ah! él debiera haberte escogido...»

—Leonor es feliz—se dice Almaida... ¡Qué egoísta es el que no padece! Despliega su alegría á los ojos de los abandonados... Yo, me quedaré sola. Envejeceré esperando. Cada día del calendario será semejante al otro...

¡Pobre Almaida! Tiene los ojos hinchados de lágrimas, la garganta contraída. Extiende el brazo, coge una rosa y la besa tristemente, como si la tomara por testigo de su dolor.

Luego, levantándose:

—Vamos — piensa — huyamos de estos lugares desolados.

Sale del parque á la hora del poniente, cruza la aldea en donde sólo se escuchan los repiques de un martillo de herrería.

En el rincón más secreto de un «*Valle dichoso*» es en donde se alza la quinta de los de Etremont. En este país, la esmeralda argentina de las praderas, el agua azul del cielo y la verde claridad de los picos, engastan alternativamete la nieve de los rebaños y de las cascadas, las leonadas cosechas del estío y las hayas rojizas del pomposo Otoño.

Tan pronto, al subir los primeros contrafuertes de la montaña primaveral, la pensativa Almaida coge á sus pies la genciana vernal ó el narciso, como, errando por la llanura, entra en las cunas azules del estío, llega á algún manantial y se sumerge en él.

Así, esta tarde, huyendo de sus pensamientos hoscos y del agosto abrasador, llega á los bosques de las Aldudes. Conoce sus senderos discretos. Allí iba á sentarse, de niña, y su madre, que era española y de la

familia de Alcaraz, le contaba leyendas de Granada, exaltándose ella misma al recuerdo.

Su madre había muerto cuando Almaida tenía trece años; y la muchacha evocaba la capilla ardiente en donde su padre la recibió en los brazos, cuando volvió precipitada del convento, el lecho fúnebre en que Guadalupe de Alcaráz descansaba vestida de blanco y compuesta como una Virgen de Almería.

Y desde entonces, una fatalidad había gravitado sobre las tierras. El señor de Etremont perecía, algún tiempo después, en un hospital de alienados en donde habían tenido que recluírle, encargándose de la tutela de su hija un tío suyo, impedido y taciturno, que sacó provecho administrando los bienes de su sobrina y alejándola del mundo todo lo posible.

... Almaida se hunde cada vez más en el bosque de las Aldudes. Su vestido de tul blanco ondula al céfiro que se levanta á la puesta del sol. Llega junto al agua, se despoja de sus vestidos y, encantada, se sumerge en la hondura más escondida del

riachuelo. Ve, ante el temblor de sus piernas encantadoras, lucir los reflejos blancos de los albures espantados. Se estremece poco á poco, temerosa de entrar de pronto en la frescura verde y líquida en donde se mueve la sombra de los alisos. Pierde la respiración y los hombros le tiemblan cuando se baña todo el cuerpo. El silencio reina en el agua.

Sentada sobre las guijas, saborea el gozo de sentirse lejos de la quinta detestada, lejos del parque donde toda flor le parece triste. Con frecuencia va así, al caer el día, á estrechar sobre su seno pulido y redondo la dulzura de las aguas. Sabe que nadie pasa por aquellos retiros. Y además, nunca la espantó un pudor extremado. En el convento la reñían por correr risueña y poco vestida por medio del dormitorio.

Pero esta tarde, mientras se columpia en sus ensueños y se distrae viendo zozobrar en la corriente la carta exaltada de Leonor, oye un ruído al borde del riachuelo. Mira, hundida entre las hojas...

Es un pastor de unos quince años, desnudo el torso, recogido sobre los

muslos el pantaloncillo de tela azul, que pasa por el vado, antecogiendo dos cabras. Desaparece sin advertir á Almaida, pero ella se sonroja de haberle visto.

De vuelta en su casa, aquella noche, se siente turbada por una cierta tristeza febril y se acuesta bastante temprano, después de saludar á su tío que no baja de su habitación para tomar las comidas y se queda todo el día tendido en ella. Almaida no puede dormir. Piensa en el agua dorada por la sombra, en la carta de Leonor que el agua hundía y levantaba al arrastrarla, en los albures vivos, en el pastorcillo que pasaba el río... ¿Irá con frecuencia por allí? Hasta entonces, Almaida no le había encontrado nunca. Que guapo es, aquel chico... Silbaba bien y sus dos cabras eran negras...

II

Los domingos por la tarde, Almaida de Etremont, gusta de asistir á las danzas que los habitantes de la aldea forman en derredor de la antigua iglesia. Pastoras y pastores hacen, en tal día, un lento redondel. Las muchachas llevan el capuleto de Ossau, de color de sangre, y los pechos se abultan bajo el chal que tiene bordadas la espiga del trigo y las flores azules y rojas de las cumbres. Visten el traje negro con bandas de azul celeste que va levantado por detrás é imita las alas bordadas de cielo de las mariposas. Y, lentamente, el redondel da vueltas, tan

lentamente, acompañado de tan lenta salmodia que todos parecen dormirse de languidez á su canto. Estos montañeses tienen fisonomías tan quietas como las cosas. Sólo sus ojos, que semejan ágatas, son indicio de una vida poderosa y dulce.

Mientras Almaida mira la evolución de la ronda y oye los cantares tan tranquilos, tan desolados que nada puede reflejar su tranquilidad y su desolación, reconoce al pastorcillo que la víspera iba antecogiendo á través del agua dorada, las dos cabras. No sabe quién es, aunque conoce de hace tiempo á la mayor parte de los que están allí... Este niño es encantador, se dice. Y sonríe al ver lo gravemente que baila, dando la mano á dos guapas chicas de mejillas semejantes á manzanas de fuego cubiertas de rocío. Almaida se divierte mucho al pensar que le vió ayer, recogidos los pantalones, casi tan desnudo como un perrillo, recién nacido, de pastor, y que le encuentra hoy de nuevo, vestido del paño de los pastores, acomodando su andar y su voz á la salmodia quejumbrosa.

—¿Quién eres, chico? ¿De dónde eres? ¿De quién eres?

—Soy Guillermín, de casa de Arramím, señorita.

—Pero, ¿en dónde estabas? No te he visto nunca en el pueblo...

—He vuelto para substituir á mi hermano que se ha ido.

—Pero ¿en dónde estabas?

—En el valle de Gavarnie, señorita.

—¿Qué hacías allí?

—Trenzaba cuerdas para sandalias y aprendía el oficio de guía con mi tío.

—Eres demasiado joven para la montaña. ¿Qué edad tienes?

—Diez y seis años, señorita.

La fisonomía del muchachillo se queda tranquila. No le intimidan las preguntas. Tiene bonita figura, tersa como leche cuajada, ojos parecidos á moras, dientes tan blancos como los de un lebrato, labios de madreselva sonrosada.

Su madre se acerca á Almaida:

—¿Habla con mi chico, señorita?... Guillermín, quítate la gorra... ¿No le conocía?...

—No... Déjele que vuelva al baile. Es un guapo chico.

—Guapo, sí, señorita. Pero no siempre bueno. Y además me da risa verle bailar de ese modo con aquellas *cabritillas* que son mayores que él. ¡Qué atrevido!

La ronda y la melopea vuelven á empezar, se desposan con angélica dulzura. Como incienso, suben las voces hacia la montaña purpúrea. Es el momento en que se dora como una fruta ó como una iglesia, en que el resplandor vinoso del sol se arrastra sobre los rododendros y las gayombas, ó se disipa en sombras confusas el azul del cielo nocturno de los abetos.

Almaida de Etremont regresa á la quinta hosca, llevando en el fondo del corazón el pesar de no haber tomado parte en los goces de los sencíllos montañeses. ¡Ay! ¿por qué no es pastora? ¿Por qué no mora al pie de la quebrada en donde tiemblan las hepáticas azules, en la cabaña de aquellos pastores? Llenaría en el manantial verde el cántaro, que, en verano, rezuma. Cultivaría en el jardín aldeano, las azucenas, los romeros y las cebollanas. Ya no la despertaría la llamada fúnebre de los

pavos reales, sino el grito lleno de sol del gallo. En la estación, iría á la montaña, todos los días, á llevar la comida á su hermanillo. Los dos morderían los madroños. Oirían el reir de las fuentes. Besarían los labios de los rododendros. Beberían el agua bendita de las peñas. Guiarían, con sus varas verdes, la nieve de los corderos, hacia los pastos floridos. Oirían las campanas roncas del rebaño tocar en la elevación...

En lugar de esto, tendrá que volver como de costumbre á la quinta, padecer el asco monótono de su vida sin esperanza. ¡Pobre Almaida! Entre dos tristes servidores y su deudo exigente y maniático, es prisionera de unas tierras malditas. Como la hermana Ana en lo alto de la torre, no divisa más que el polvo levantado en el camino por las ovejas resignadas. ¡Nada más! Ni siquiera, tal es su tristeza, el deseo de fijar en el papel, como antiguamente lo hacía en el convento, las expresiones de su melancolía.

Se pone á soñar, una vez en su cuarto. Está sentada y hace un ramillete con flores esparcidas en su

falda. La luz que cae, ilumina su mejilla izquierda; el cuerpo queda en la sombra. Se aburre. Un enervamiento vago, un no sabe qué descontento, una opresión que quisiera rechazar, una angustia, semejante á la que la destroza á veces al despertar, la torturan. Y sólo el sentir, un momento, la presión del codo en la rodilla, la conmueve hasta hacerla levantarse del sillón en que está tendida. Recorre su habitación sin quitarse el sombrero de campo. La muselina de su vestido con su escaso roce, la llena de languidez, el deslizarse del tejido leve sobre su carne redonda y clara, la inquieta.

¡Qué hermosa está así Almaida de Etremont! Sus ojos cercados de sombra, en la sombra, su palidez fundida á la luz que desfallece, su andar potente y gracioso, que la hace, á cada paso, girar sobre sí misma, revelan bastante el origen materno, la sangre tomada del sol de granadas ardientes.

Deja el ramillete sobre la cómoda combada, luciente de aplicaciones cobrizas, y descolgando una guitarra de la pared, arranca de ella algunos

acordes. Así, sentada, cruzadas las piernas, tendida una muñeca nerviosa sobre el mastil de la caja sonora, cuyas cuerdas sordas puntea, Almaida se pone á cantar.

Por la ventana, su mirar se sumerge en la noche azul que se levanta y cubre el estanque de esplendor. Los murciélagos, amigos de los graneros carcomidos, giran, titubean, chirrian, chocan y se escurren en el aire líquido. Semejantes á humaredas negras, las ramas frondosas de las encinas se rizan en el cielo nocturno que, por cima de la alameda tenebrosa, parece correr como río de nácar.

La guitarra resbala á los pies de Almaida. Atrás la cabeza, pendientes los brazos, perdida la mirada, movibles las aletas de la nariz, se estremece un instante. Porque ha creído ver, visión rápida, en el resplandor de la luna que se levanta y tiembla como un arroyuelo, pararse un cabrero adolescente que tiende hácia ella, riente, las bayas de madroño de su torso.

III

Con el alba, se despierta Almaida en la alcoba que le destinaron en la quinta de los Percival. Es la sexta boda á que va á asistir desde que salió del convento, y se entristece al pensar que todavía no es ella la que hoy ha de dar su corazón y su mano al novio tanto tiempo esperado.

... Sin embargo, hubiera sido justo que yo me casara antes que Leonor. Tiene tres años menos que yo. Y además, soy hermosa... Pero nadie va á pedirme, nadie se interesa por mí, mi tío no quiere ver á nadie... Sufro. ¿Por qué el vestido que está allí y he de ponerme no es el de desposada?... Me da pena asistir á esta

boda. No tendré gana. No bailaré. Me aburre... Si yo hubiese conocido á su novio antes de que ella le conociese, me hubiera escogido á mí del mismo modo... ¿Por qué no? Las cosas, en el mundo, se hacen por casualidad, pero yo no tengo suerte... Y luego, dicen que ella es muy rica y que yo tengo poca fortuna... Y mi padre ha muerto en un hospital de alienados... ¿Sin embargo, yo no estoy loca?... La que tiene un tío como el que yo tengo, no se casa fácilmente... La que no es bastante rica, no se casa. Asiste á la dicha de los demás. Es una tontería. Es fastidioso y triste... Saldrán para España. Mi madre era de España, y yo soy quien debía salir para España, casada. Se detendrán en Fuenterrabía, me ha dicho ella. Yo conozco Fuenterrabía. Dormirán juntos. Yo tengo gana de dormir con alguien. Oirán el ruido del mar. Es azul y brilla en el cielo. Harán todo lo que quieran. Irán á esconderse en cualquier posada donde habrá arrieros. Las muchachas tendrán flores de granado en el pelo. Habrá alelíes sobre la espesa tapia del jardín. Leonor irá al valle verde.

Se acostarán en el musgo... Este lecho es fastidioso. Tengo que levantarme.

Un rumor llena ya la quinta. ¡Qué alegre es el día! El cielo todo no es más que una vincapervinca fresca. En su corola está encerrado el césped. ¡Oh luz más clara que la lluvia! ¡Oh frondosidades lejanas! ¿Por qué hacéis ensombrecer más que de costumbre el alma de Almaida de Etremont?

Se sienta en su lecho antes de bajar, y contempla con un sentimiento de orgullo amargo la perfecta redondez de sus brazos. La negra luz de su mirada los acaricia. Respira su olor algo selvático y de súbito se le hincha el pecho en sollozos.

¡Qué hermosa está, una vez vestida! En su enorme vestido rosa, de color de higo abierto, abombado por la crinolina, parece una corola invertida, una belladona de fuego puesta en pie sobre sus estambres. La espalda morena brota del corpiño, envaina como en un cáliz la base de esta flor loca. Y diríase que, á cada paso que da Almaida en la habitación, sobre la punta de sus

botinas sonrosadas, va á saltar desnuda de los pétalos ardientes.

Entretanto, la campana nupcial solloza en el aire angélico, y pesadas carrozas ruedan en el patio. Son las familias de los alrededores que llegan. Aquí estan los de Limereuil. Aquí los de Dernonville. Aquí el anciano marqués de Astín que tiembla y cojea con su pierna de palo, apoyándose en su amigo de Ellébeuse. Llama siempre la atención la hermosura de sus cabellos blancos. Ha dejado, por excepción, el sillón de cuero en que traduce *la Eneida* y en donde se acuerda del imperio chino que visitó. Se dice que trágicas aventuras trastornaron su vida y que, en el crepúsculo de su destino, se prepara, como Robinsón de vuelta de su isla, á abordar pacíficamente á la Comarca de Dios. Desde la ventana en que está, Almaida le ve pasar. Distingue su perfil enérgico y la arruga de dolor que acuchilla la faz del viejo. Dos claras adolescentes, al pie de la escalinata, le hacen una grave reverencia. El las saluda sin sonreirles.

El galopar de numerosos caballos rueda sobre las guijas. Son los aldea-

nos jóvenes del valle que vienen á saludar á la novia. Le traen una dulce ternera coronada de yedra. Y además, vestidas de blanco, sostienen una jaula de mimbres en la que se amedrentan dos tórtolas. La alameda está cubierta de laurel, de boj y de espadas de iris. Y la campana, á la que responden de súbito las dos palomas, arrulla constantemente en la mañana inmaterial. Y voces de adolescentes, más ligeras que rosas silvestres, se deslizan á los ecos de la casa. Se han despertado muy de mañana, en el dormitorio improvisado para ellas, junto al cuarto de la novia, risueñas y levantando sus delgados brazos desnudos hácia sus cabellos dormidos aun.

Pronto se forma el cortejo. La novia aparece y vacila. Es como una azucena adornada por otras flores. Lilas blancas mezcladas con corolas de azahar, coronan sus bandós alisados y negros de los que cae un velo tan ligero que se azula como el ala de un mosquito. Tiene las pestañas bajas, pestañas que baten como mariposas negras, posadas en el iris de color de genciana obscura. El óvalo

del rostro se ha alargado, casi con exceso; y la nariz, tan delgada que inquieta un poco, tan ligero es el soplo vital que la anima, tan acentuada es su curvatura sobre los labios repulgados y pálidos. Como de un lirio de los valles, lo alto de los hombros brota de un gorguerillo de encaje. Y fuera de la amplia bocamanga adornada con cintas, la mano, de rara pequeñez, se posa, algo crispada, en el brazo paterno.

Almaida de Etremont besa á Leonor, y luego, después de contestar al saludo del señor de Landelaye, el futuro esposo, se coge al brazo del señor de Soulère, que ha de acompañarla. La elección de caballero no le satisface más que á medias. Es viudo y goza de la reputación de hablar mucho de sí mismo, á propósito de cosas poco interesantes... Mejor hubiera figurado en los *caracteres* de La Bruyère, se dice Almaida, que aquí... Le dejaré hablar.

Todos van á pie hacia la iglesia, por entre los setos rojos de zarzas. La canícula pesa. Todo calla. Sólo, un momento, en una zanja herbosa y húmeda, croa una rana.

En la nave se esparce la luz en luengas rayas coloreadas por las vidrieras, y la cola del traje de novia, desplegada sobre la frescura de las losas, se reviste así de arcoiris. La capilla es parecida á un panal de miel rumoroso cuando en él gira el pueblo activo de las abejas. Un perfume de bosque, de incienso y de angélica, encanta el sagrado asilo. El gemir de un harmonio pequeño se propaga, se despliega bajo la bóveda, conmueve á las almas recogidas.

Almaida de Etremont, de hinojos, con la faz entre las manos, parece que reza: pero no busca en tal actitud más que un medio de aislarse, de dejar entrar en su corazón algo de la paz que nace del silencio que se hace dentro de sí mismo. Así, está encantadora: diríase que, distendido por la genuflexión, el cuerpo va á romper su corteza y á desprenderse como fruto maduro, pesadamente, de las palmas de la cabellera.

Pronto Almaida levanta la cabeza y ve, transparente en un vitral, á San Juan Bautista, niño, vestido con pieles de animales y en pie junto á un arroyo. Piensa entonces en Gui-

llermín, que es pastor también y que vadea los ríos:

... ¡Bienaventurado el tiempo aquel en que amos y criados no formaban más que una familia!... Era la edad de oro, piensa. Ruth espigaba cerca de Booz que se casaba con ella. Sangraban las amapolas entre la sombra de las gavillas. Un licor pesado henchía los racimos violáceos de Canaan... Las mujeres parían á la sombra de los dromedarios. Los jefes jóvenes de la tribu oraban en el desierto.

... ¡Oh Dios mío! dice para sí Almaida de Etremont... Dios mío, escuchadme, *quiero* amar, estoy tan triste... Soy tan desgraciada... Dios mío, necesito amar á alguién... A vos imploro...

Pero nada contesta á la muchacha, sino el harmonio pequeño que continua su nota débil semejante á la voz del viento vespertino sobre las aguas.

El cortejo se vuelve á formar y la iglesia se vacía. Y el perfume del verdor marchito ya, es más fuerte al sol de mediodía. Han puesto dos mesas en la troje, cuyas tapias están

tapizadas de hojas. Para una de ellas se ha convidado á los aldeanos del pueblo. El almuerzo ha empezado. Los rumores del día se consumen, fuera. La puerta está cerrada. No se oye más que el ruido ligero de los tenedores sobre la loza. La sombra riega la paz de las almas. El señor de Astín se levanta y dice:

—Me es grato, mi querida niña, mi buena Leonor, meditar sobre vuestra felicidad cuando el sol va á salir muy pronto para mí en el continente de las Sombras. Soy como el peregrino que, al volver á su pueblo natal, otra cosa no pide, sino descansar pronto en paz bajo la hermosa encina que sombrea el sepulcro de sus antepasados. Soy semejante á Ulises que, de vuelta en su hogar, se complace en el recuerdo del mar tempestuoso y de los combates. Soy como un olmo casi centenario que se goza en cobijar con sus últimas hojas el hechicero nido de vuestras juventudes y de vuestras gracias.

Al salir de las andanzas diversas que guiaron mi caminar aventurero de las playas del Imperio

Chino á las riberas de la nebulosa Albión, mis ojos se fijan en el cielo, confiando en la estrella divina que supo encaminar á sus destinos asi á los Magos Caldeos como al Navegante de Génova.

¡Cuántos estíos tempestuosos han señalado mi faz con arrugas imborrables! ¡Cuántas escarchas han dejado en mi frente algo de la nieve eterna que me advierte que debo llegar pronto á las primeras cumbres de otro Imperio Celestial!

Mi querida niña, ya estáis para siempre al lado del caballero que habéis escogido. Su distinción os hará altiva y su bondad feliz. Y Dios os bendecirá en vuestra descendencia.

¡Ay! amigos mios ¡por qué no hice lo que vosotros! El Creador, bajo las frutas de oro del Paraíso terrenal, quiso para el hombre una compañera. Permitid á un viejo que va á bajar al sepulcro, lamentarse de la soledad interior de su vida.

¡Ciertamente, el viajar es hermoso! Es interesante el vestir el traje de los principales de una ciudad Mongólica, el penetrar, disfra-

zado de lama, en un jardín, para volver de tal expedición con una pierna de palo. Es agradable el estudiar astronomía en compañía de los Padres Jesuitas de Pekín, y el asistir en un pueblo delicado, á las fiestas de la cuarta luna!

... ¡Pero cuánto más hermosa la existencia del que haya vivido, según el Señor, y muera, como el labrador del Fabulista, con las manos entre las de sus hijos!

Amigos míos, dejad, antes de que mi voz se extinga, que os confíe el talismán que traje de mis peregrinaciones. Acaso os preserve de algunos peligros: No viváis demasiado en el ensueño; engendra la melancolía. Conocí una joven tártara que, como la Bella del Bosque durmiente, se dejó hechizar por los sueños, de tal modo que, al cabo de siete años de sueño, murió del pesar de haber despertado.

Vacad á las atenciones del gobierno de la casa. Criad pájaros. Cultivad plantas útiles. Visitad á los pobres del país. Dad á los hijos é hijas que os nazcan, el amor á la verdad y á la naturaleza, porque en la obra

del Creador es en donde residen nuestras alegrías y nuestros consuelos.

Ahora, hijos míos, os digo adiós. No dejo de contemplar sin emoción, por última vez indudablemente, las avenidas de este parque, bajo las que, hace setenta y cinco años, desposáronse sombras queridas. Pero tampoco sin dulzura, después de tribulaciones sin cuento, aspiro al eterno descanso, demasiado feliz porque el omnipotente me haya hecho todavía la gracia de ver renacer en vosotros un pasado querido.

Acabado su discurso, el señor de Astín se vuelve á sentar penosamente. Un silencio respetuoso, seguido de aplausos, acoge estas elocuentes palabras. Al lado del orador una forma negra se estremece. Es la anciana señora de Etanges, la abuela de la pobre Clara de Ellébeuse, que solloza en sus manos llenas de venas, y nudosas. Y, de repente, con un ademán encantador y doloroso, conservando una de sus manos ante los ojos, tiende la otra á su viejo amigo de Astin, que le besa los dedos en donde parece que lloran las sortijas antiguas.

Y Almaida de Etremont, hermosa como la noche con su vestido ardiente, dice para sí mirando al viejo caballero que levanta su copa temblando:

—¡Qué bien está!... Me gusta más que el novio...

Con gran alegría de Almaida, terminado el almuerzo, el señor de Astín se le aproxima:

—Hace mucho tiempo que no os he visto, hermosa niña... Me muevo tan poco... ¿Qué tal, vuestro tío? ¿Siempre con sus manías? ¡Vaya!... ¡Ah, vuestra madre querida, vuestro padre, qué amables eran! ¿Cómo no os casáis, con lo bonita que sóis? No os ruboricéis... ¡Ah! ¿Si? Ya caigo... ¿El tío?... Me lo temía...

De todos modos—concluye el señor de Astín, sonriente—todo no es eterno... Las granadas se han hecho para que las cojan. Y si el Argos de vuestro tío guarda el arbol demasiado, se las robarán, querida mía... Y siento en verdad no ser mucho más joven... Vamos á ver... ¿Os aburrís allá? ¿No salís nunca? ¿Cuándo me venís á ver?... Los martes van amigos nuestros, ¿vendréis?

Almaida responde:

—Sois muy bueno, señor de Astín... Yo bien quisiera, pero no puedo. Mi tío, aunque me ve poco, no puede sufrir que me ausente de las Aldudes para hacer visitas... Hoy, el permiso es excepcional... Gracias, señor de Astín, gracias...

—¡Bueno, hija mía!—replica el caballero medio en broma, medio entristecido,—ofrezco á vuestro tío la encina más hermosa de mis bosques para su ataud!

Dice esto en pie, encorvado sobre su bastón, con una mueca burlona al modo del señor de Voltaire. Pero una gran bondad se filtra de sus ojos, aunque parezca divertirle el azoramiento que produce á la muchacha que se ruboriza. La contempla con el escepticismo indulgente de un anciano digno, que guarda el culto de la hermosura, pero que tiene una sonrisa de temor enternecido para las ilusiones juveniles.

IV

ALGUNOS días después de la boda de Leonor, cuando Almaida de Etremont se dirige hacia el rio que riega el bosque de las Aldudes, encuéntrase, no lejos de la orilla, en un espeso matorral, con Guillermín, que toca la flauta.

Se detiene y le sonríe:

—¿Es muy difícil silbar así?

Coge el triángulo de boj y con sus labios ardientes roza el borde.

—No, así no, señorita. Hay que hacer deslizarse la flauta de izquierda á derecha y luego de derecha á izquierda, y soplar junto á los doce agujeros.

La tarde tiembla dulcemente al recuerdo de un chaparrón que pasa

ante el sol. Nubes espesas y blancas huyen sobre el azul límpido y neto. El agua verde, sobre la que se alargan en círculos de luz las lágrimas de los alisos azules, se turba un poco en ciertos lugares, en los que suben del fondo burbujas para romperse en el aire.

—Ven, acerquémonos al río—le dice Almaida.—Sentémonos allí, ¿quieres?

El niño se coloca á los pies de Almaida y volviéndose á llevar á los labios el caramillo, hincha los carrillos sobre el boj hueco que resuena.

—¿Quién era aquella cabrera tan bonita con quién bailabas el otro día?... La que tenía zuecos brillantes y medias moradas.

—Es mi amiguita, señorita.

—¿Cómo, tu amiguita?

—Mi novia, señorita.

Almaida se ruboriza y pregunta:

—¿Se llama?

—Mailys.

—¿Sóis prometidos?

—¡Oh, prometidos!... Somos demasiado jóvenes...

Luego, malicioso:

—Nos distraemos en el monte.

—¿Con qué os distraéis?

—Con el amor, señorita.

Almaida se ruboriza y calla un instante, luego:

—¿Cómo os las arregláis, en el amor?

... Y, al hacer la pregunta le late el corazón, le zumban los oídos. No sabe si se arrepiente de haber hablado. Extiende el brazo y á través de la muselina de la manga siente la mejilla abrasadora del pastorcillo. Un instante largo, permanecen asi, mudos, inmóviles, aturdidos por su deseo vacilante y por el perfume violento que se levanta de las mentas rojas.

... A la verdad, ¡cómo ha de ser! se dice. Es bueno ser así...

Pero como atrae hacia sí, cada vez más, insensiblemente, casi sin querer, la cabeza del adolescente, este se iza un poco á la manera de los cabritillos cuando mordisquean los setos y coge una boca más dulce y tibia que un fruto cuya pulpa se funde.

Solo entonces la muchacha se pone en pie, y sin decír palabra, se va.

Desde aquel día se encuentran y

se aman. Los tibios reverdecimientos de fin de agosto cobijan sus caricias no sospechadas por nadie, ni turbadas nunca. Se enlazan, mecidos por la risa de las aguas corrientes, y por el ruído regular que hacen al pacer las cabras nudosas. A veces buscan los brezos. ¡Qué alegría, el uno en los brazos del otro, hundirse entre los racimos de brasas! ¡Qué voluptuoso anonadamiento saborean cuando, fundido el aire de los senderos por los hornos de prima tarde, las lágrimas espaciadas de una tormenta, vienen de pronto á crepitar sobre el follaje! ¡Oh! los lentos retornos entre las viñas altas, cuando el tordo piador llama en vano á las uvas desaparecidas; y los altos bajo la higuera cuando, á punto de sucumbir á tanta embriaguez dorada, Almaida no puede sino pestañear gimiendo.

Pronto llega el otoño, y á la montaña se van á esconder sus amores.

La pasión de Almaida crece, á medida que va perdiendo ignorancia entre los brazos del faunito. Se entrega sin reserva, sin temor, sin pesares, sin remordimientos. Halla en la quemadura refrescante de los

besos el sabor picante de un fruto rojo que se le fundiera por todos los miembros. Llena con el recuerdo de sus abrazos el parque, antes tan fúnebre. El clamor de los pavos reales ya no entristece las umbrías, sino que estalla al sol, deslumbrador y regocijado. El genio intranquilo de su tío, tanto como las noticias que recibe de Leonor, dejan á Almaida indiferente, casi burlona. Y ya son horas de deseo y de espera las que indica en el cuadrante solar la sombra aguda de los hermosos soles maduros.

Los dos suben por los senderos pedregosos y llegan á las majadas desiertas. Las hayas no pierden aun sus hojas que son bermejas como las virutas de cobre retorcidas por el fuego. La blandura del silencio azul, siempre nocturno, de los abetos, acaricia su pestañear y se distraen con el vuelo de las perdices blancas que despierta y hace temblar el vacío.

Nadie se asombra en la aldea, al verlos salir, casi todos los días, juntos. Sabido es el gusto de Almaida por tales paseos, de los que trae ramas floridas. Nada tiene de extraño

que lleve un guía: hay peligro en vagar solo por la montaña.

¡Oh cascadas que parecéis inmóviles en vuestra rápida caída! ¡Celajes de púrpura dorada! ¡Aves de rapiña que os sumergís en los abismos en donde el ruído duerme! ¡Cavernas ahondadas por el líquido zafir de las aguas vírgenes: ved pasar á dos amables niños!

Tan pronto los dafnes sombríos los invitan á tenderse, como una alfombra de césped, de más verdor que el valle, en donde se morían de amor los pastores de Cervantes, los acoge y llena de languidez.

Almaida de Etremont, para estas correrías alpestres, ha querido vestir el capuleto y el chal ossaleses. Ella misma ha bordado los acónitos, adormideras y cólquicos otoñales sobre la seda sonora y luciente que abulta su pecho. Y Guillermín la quiere así más, porque ya no le parece la señorita de las Aldudes, sino la hermana de las cabreras abandonadas por él, que en la deslumbradora blancura de los ponientes, recogen la sombra harmoniosa de los rebaños.

¡Qué gozo, el de ver disipada por fin la tristeza de Almaida! ¡Oh, qué repulsiva existencia, la que arrastró hasta entonces! Ahora huyen las náuseas de la vida pasada, el dolor acre y monótono que le henchía el alma de repugnancia, la iniquidad de no ser amada por nadie, ella, que sentía desbordársele el corazón de amargura y de celos sofocantes cuando, en los techos de las alquerías, se arrullaban los pichones juntando sus alas.

La muerte, hubiera preferido la muerte á volver atrás; la muerte que antiguamente deseó, cuando, por la ventana abierta á la noche, oía, desde su cama, sonar y morir el viento tempestuoso en las hojas de la higuera espesa, y cuando no entreveía nada más allá de su gemido.

—¿Me quieres? Di que me quieres, Guillermín, pregunta.

Y los ojos de urraca, del adolescente, brillan sobre los de la muchacha sin responderle más que con caricias que ella va contando. Luego cierra los párpados al peso del deseo, como un silvano bajo un enjambre de abejas, y se embriaga

al perfume de aquella flor de los bosques.

—¿En dónde estuviste ayer? Ayer no te ví. Dime, ¿en dónde estabas? Quiero saber dónde estabas.

—Ayer llevé unos excursionistas á Cinco Picos.

—No es verdad. Apuesto á que fuiste á buscar á la cabrerita... Estuviste con Mailys. Vete. No te quiero.

—No estuve con ella. Estuve en Cinco Picos.

—Mientes. Dame un beso.

Y Almaida deja que juegue sobre ella aquella ardilla del monte. No tiene reserva ninguna para él. La acusaban, con razón, en el convento, de mostrarse demasiado orgullosa de su estirpe, y entrega á los besos del pastorcillo el óvalo impasible y perfecto de sus mejillas, que hace pensar en el desdén tranquilo, en la gravedad sensual de una sombría María Antonieta.

¡Qué poco siente ahora el no haberse casado! ¿Cómo puede ser que, hace unos días apenas, soñara con una existencia parecida á la de Leonor de Landelaye? ¿Qué le importa,

ahora, á Almaida, que su amiga se haya ido á España del brazo de un marido desmedrado y pálido? Todos los países ardientes están en el corazón de Almaida y todos sus vinos, y todas sus granadas, y todos sus amores, y todos sus cantares. ¡Ah! ciento y mil veces prefiere, al caballero más cumplido, este cabritillo negro del valle que la acaricia con su boca reluciente.

Se aman. La estación huye. Tras el negro estío y el otoño sangriento, el invierno llega. Y, llegado el invierno, es una voluptuosidad para Almaida el recordar los bosques azules que empezaron á cobijar sus amores, los arroyos que hubiera amado la paloma de La Fontaine, las libélulas sobre el arroyo glauco de las Aldudes, el ronquido de las trilladoras acompañado por el arrullo de las tórtolas y los silencios de los besos. Evoca también las majadas de septiembre cerradas al fuego blanco del mediodía, la penetración de las caricias, el cántaro abultado y rojo en que bebían el agua que se escarchaba en el barro poroso.

V

AHORA, es febrero, y hoy, Guillermín, tiene que acompañar al pico á tres excursionistas que llegaron á la posada, anoche.

Antes de ir á buscarlos, y aunque es muy de madrugada, se ha deslizado en el parque de la quinta hasta llegar bajo las ventanas de Almaida. Ella ha entreabierto la del sur. Y él, ayudándose de las ramas de la higuera, ha subido hasta ella y ha entrado en el cuarto.

—¡Pst! Anda despacio... Te agradezco que hayas venido. Te esperaba hace una hora. ¿Tienes frío? Mira... Aquí se está bien...

Se oye el rechinar de la veleta del palomar.

—... Tendréis viento.

—A pesar de todo, quieren ir.

—¿Cuántos son?

—Tres.

—¿Qué hora es ya? ¿Las tres?

—Las tres y media.

—Ten juicio. Es preciso que te vayas... ¿Oyes, en los laureles?... ¿No habrá avalanchada?

—No.

—Así...

—Sí...

—Adios...

Está delante de la iglesia. Dan las cuatro, con un timbre ronco, suave y rajado, que temblequea y llora

Los excursionistas llegan.

Guillermín se pone á la cabeza. Anda con paso igual y lento, apoyándose algo, para la subida, en el bastón de montaña, pero dejando vacilar el pie un segundo en el sendero rocalloso para asegurarse del equilibrio de las piedras.

Suben las primeras pendientes, vadean los torrentes que saltan. Las aguas mugientes rompen su espuma fría en las rocas, giran, vuelven

sobre sí mismas, corren un momento con lentitud entre dos guijas, saltan de nuevo y se desparraman granizando.

Guillermín advierte:

—Habrá tormenta en el pico.

Luego vuelve á su aire pensativo, á su ensueño mecido, de segundo en segundo, por el choque regular de las picas sobre el granito. Piensa en la muchacha que ha dejado hace poco y se estremece al ver que conserva tanto tiempo en el hueco de su hombro la caricia que anidó en él, un momento antes, el hombro suave y redondo de Almaida. Dice para sí: Los señores que están conmigo no tienen de seguro una amiga tan bonita... Y se representa la boca fina de Almaida, la nariz movible y delgada, arqueada, la languidez de los ojos, la tibieza elástica del pecho, la gracia mate de las piernas bajo la muselina.

En el horizonte, el relieve de las montañas se acusa violentamente de pronto. Aquí y allá, traspasando la bruma, aparecen, como venas del cielo, las aristas de azur sombrío, surcadas por hilillos de nieve. A me-

dida que se sube y se cambia de posición, parece que los picos elevados los unos sobre los otros, se trasladan, que sus crestas se renuevan.

Se hunden en la noche negra de los abetos. Se oye siempre á los bastones oblícuos tantear el suelo rocoso por el lado en donde no está el abismo. Esta es la primera superficie nevada... ¡Cuidado!

Guillermín va á señalar el camino. Vacila, hunde luego resueltamente sus pasos en la nieve, cuyo nivel llega hasta sus rodillas. Los agujeros así formados, en los que cada excursionista pone los pies á su vez, tienen el resplandor verdoso de un rio profundo.

—¿Véis allá lejos?

—Sí. Nieva...

—Sí, y una tempestad de viento... ¡Guarda! Echémonos.

... Este granizo quema la cara y las manos. Parecen chispas.

... ¡Hombre!... una marta, allá lejos... ¿Véis aquella marta?

—No moverse.

Permanecen inmóviles, rostro en tierra, agarrados de sus bastones,

temerosos de que la ráfaga se los lleve.

Al cabo, vuelven á marchar. Ya no hay, hasta el confín del cielo más que una sola é inmensa curva amarilla ó blanca sobre la que nada existe, ni un movimiento, ni un ruido. Parece que el vuelo de una mosca, tan mortal es la soledad, bastaría para hacer el horizonte. No se puede, por lo fuerte del huracán, llegar á la cumbre del pico. Hay que bajar.

Los deslices empiezan. Guillermín se sienta el primero en la pendiente de la nieve y se abandona, moderando á veces con el bastón la velocidad vertiginosa. Todos le siguen riendo, levantando el lomo por montones de nieve en forma de bola, sintiendo en esta especie de vuelo casi horizontal la sensación del durmiente que sueña que se cierne, tendido sobre la espalda.

Pronto van á dejar lo nevado y á encontrarse otra vez en seguro. Ya, allá lejos, se distinguen las majadas en donde se podrá almorzar. Guillermín piensa en lo bien que se estaría en ellas con Almaida... Pero las

montañas están ahora demasiado *malas*. Con el buen tiempo, podrán ir allá. El extenderá helechos frescos en tierra... Traerán las dos cabras. Se reirán intentando ordeñar la leche azul en su sombrero de juncos, como el año pasado... Qué guapa estaba, el domingo, al volver de las vísperas... Es buena... Todas las chicas de la aldea la ofrecen campanillas de las nieves, grandes ramos de campanillas de las nieves. Lo que á ratos le pone triste á Guillermín es que ella parece olvidarse de él por un manojo de flores. En verano, él le llevará cardos azules.

—Escuchad...

—¿Qué?

—¿Dónde está el guía?

—Allí estaba... Ya no lo veo...

Al día siguiente, por la tarde, sacaron de una cortadura el cadaver de Guillermín. De bajo la boina manaba un hilillo de sangre que le manchaba el pecho, como á un petirrojo.

VI

CUANDO el jardinero de la quinta hace saber á Almaida la muerte de Guillermín, ella no da ninguna señal de emoción, tan terrible es el choque interno. Dice:

—¡Ah! que desgracia...

Y busca, para sentarse, el banco que está cerca del cuadrante solar. No ve claro. El sauce llorón empieza á dar vueltas. Le parece que cuenta números, que tiene un mal sueño del que quiere despertar, pero que sigue...

Almaida se encuentra mal. No siente el cabezazo que da contra el respaldo del banco. Se desmaya y

no se reanima hasta después de un cuarto de hora largo.

Todo lo soporta con valor: La visita á los afligidos, la vista de Guillermín muerto. La madre está sentada impasible junto á la cama en donde reposa el niño, afilada la nariz, blanco con esa blancura azul que tiene solo, al declinar de los días de invierno, la nieve de las cumbres no alcanzada todavía por la marea de la sombra.

En el umbral de la cocina, convertida en cámara mortuoria, cloquea una gallina, temerosa, con una pata en el aire, hácia sus pollitos dispersos. La llama del cirio tiembla, rojea, hila y ahuma sobre el crucifijo y el plato de agua bendita en el que se sumerge un laurel negro. En la pared están colgados un zurrón y una cantimplora. Un gatito, junto al hogar extinto, se atusa delicadamente. Una aldeana vieja con capuchón negro reza, tose y se marcha. Lindas muchachas del valle se arrodillan un momento no más asombradas por algo incomprensible: la inmovilidad de aquel chico cuya flexibilidad acaso las sorprendió un día.

Almaida de Etremont se prosterna. Dice para sí:

—Llevaba esa boina castaña y ese traje, los días que bailaba con las cabreras.

Intenta rezar, pero no puede. Su pensamiento continúa:

... Con las cabreras... que bailaba con las cabreras... Tenía ese mismo mechón de pelo, la vez aquella que me encontró... cuando una rama me había arañado la frente. Los animales se habían escapado. Creo que es la más negra, la que bala... Es hora de que me vaya de aquí. ¡Oh! ¡cuánto sufro!...

Se pone en pie.

—Qué buena es, al haber venido, la señorita. La quería tanto... Mire: han encontrado su bastón... Tenía sangre en el pico...

Almaida permanece insensible y pregunta:

—¿A qué hora es el entierro, mañana?

—A las nueve, señorita.

—Pediréis en la quinta todo lo que os haga falta.

Vuelve, se acuesta sin cenar y se sumerge en sus tristes imaginacio-

nes. Rememora aquél idilio de cinco meses. Se olvida á cada instante, tan recientes están sus recuerdos, de la muerte de Guillermín. Le ocurre, en varias ocasiones, decir para sí:

... Pasado mañana le iré á buscar al vado de los sauces; ahora las alamedas están secas; las hojas ya no nos esconden, habrá que tener cuidado...

Luego piensa:

—¿Nada me impide que le vaya á buscar?...

Y, aun antes de que se haya formulado la respuesta, de que Guillermín se ha caído á un precipicio, y que ahora es semejante á la nieve muerta y azul, surge otra objeción que está á punto de desechar... ¿Pero cómo no haber pensado en ello hace dos meses?...

... Y, de repente, una oleada de sangre le quema el rostro; ahoga un grito de vergüenza...

No concurre, al día siguiente, al entierro del pastorcillo, y durante los que vienen después, permanece inmovilizada por la consternación. ¡En cinta! Está en cinta...

¿Qué hacer? ¡Pobre Almaida! Su belleza va á madurar como un fruto, fruto de pasión en donde se encerrarían todas las promesas de los días hermosos. A pesar del luto y de la angustia, una poderosa vida tomada de este suelo va á empujar al corazón de Almaida su savia ardiente.

Pasan días. Mejora. No es que huya de ella la inquietud mortal, pero la energía rabiosa que se cobija en ella crece á medida que el instinto maternal se define. Es demasiado mujer para no prevenirse á la defensa, y la primera defensa es el cuidado que se toma para ocultar su estado. Lo acepta en el fondo de su sér con una especie de resignación agria, sombría y apasionada. Pero esta pecadora violenta se adhiere á su fruto lo mismo que una flor. Y nunca, en esta naturaleza sana y hermosa, surgiría la idea de que por los montes se pueden encontrar malas hechiceras que, en las laderas de los barrancos estériles cogen azucenas negras cuyo perfume mata á las criaturas que van á nacer.

VII

Así transcurren dos meses y sobreviene un luto nuevo que no afecta gran cosa á Almaida: la muerte de su tío, herido por una congestión y encontrado, una mañana, exánime en su lecho.

Como en sueños, turbada por sus terribles zozobras, Almaida asiste á sus funerales sin cuidarse de los importunos que, con su curiosidad, vienen á calcular la ruína próxima de la quinta de los Aldudes. ¿Qué debe hacer, sola en el mundo?...

Leonor de Landelaye se acerca á ella después de la ceremonia:

—Querida Almaida—le dice—¡qué lástima me das! No creas que no

pensamos en ti con frecuencia... Has sido muy simpática á Renato: se ha ocupado de tí... Ya sé lo delicado que es, en estas circunstancias, hablar de estas cosas... Pero la ocasión es única y pudiera no volverse á presentar... Sola estás en el mundo, sin un brazo en que apoyarte...

Almaida empieza á adivinar lo que su amiga va á aconsejarle. Le parece que se le cuaja en el pecho una oleada de sangre y la ahoga. Pero, más que pesar, lo que siente es irritación sorda.

—No... déjame, déjame—dice.

—No, querida Almaida—prosigue Leonor—no callaré. Sin duda la pena te hace hablar así. Pero escucha...

—¡No! ¡cállate!

—Sí, óyeme; lo quiero... Renato me ha dicho que insista... Ya conoces al señor de Soulère... Te acompañó cuando me casé... El señor de Soulère es libre... Es rico... Te quiere...

Almaida no contesta á su amiga más que con una carcajada dolorosa. En pocos segundos, como el que se ahoga, según dicen, ve numerosas imágenes. Evoca el hombre fastidio-

so que le proponen, un ademán suyo, una inflexión, que la molestaron el día de la boda de Leonor. ¡Ah! á ese hombre, casi sin conocerle, le odia... Le odia con todas sus fuerzas, con odio inmotivado y encantador de muchacha... Luego, de pronto, en sus ojos dilatados por el delirio, refiléjase la montaña á la vez que el latir de sus arterias le llena los oídos de un rumor de cascada... Luego, cree ver á Guillermín, empinado como un cabritillo flaco, á la orilla de un precipicio. Va á resbalar sobre la hierba que está blanca... Se cae. Se ha caído. Está muerto. Está en su cama con una boina castaña sobre los ojos. ¡Oh! ¡Qué calor el de sus besos!

Exclama:

—No... te lo suplico... Véte... Te lo suplico... Véte... Déjame en paz...

El señor de Astín se le acerca:

—Querida Leonor, ¿queréis dejarnos sólos un momento?...

... Hija mía, dice á Almaida, cuanto sufrís, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡oh! si... sufro...

—Hija mía, necesitáis mucho descanso... Os lo ruego, confiad en mí.

Viviréis algún tiempo en mi quinta... Estaremos solos y nada os inquietará... No sé por qué, querida mía, pienso que habla en mí la voluntad de vuestros queridos padres. ¿Queréis, decídmelo, queréis venir?

—Sí, contesta en voz baja.

—Bueno, es necesario que salgáis de estos parajes desde esta noche. Enviaré á mi intendente á vigilar para que nada falte. Descansad un momento en vuestro cuarto. Nos iremos dentro de dos horas. Mi carruaje está ahí. Mandaremos á buscar, un día de estos, lo que no necesitéis inmediatamente.

Almaida de Etremont se ha instalado en casa del señor de Astín. Tantos acontecimientos han abolido á veces en ella la precisión de un pensamiento, hasta hacer que, en algunos instantes, se olvide de su estado. Le sucede—¡cosa singular!—que puede, gracias á tales ausencias, saborear á veces el encanto de la primavera que empieza á adornar la antigua posesión.

Hay en ella como un estremecimiento de fuente entre hierbas. En-

tonces se dice: Cálmate; no hay nada que te inquiete...

Pero sale pronto de aquel ensueño y la realidad la hiere entonces como una espada, de la que se figura sentir la penetración fría, allí, se dice, en donde debe estar la punta del corazón. El perfume de las lilas le hace daño hasta producirle náuseas. Todo aroma se exagera en ella.

El señor de Astín la deja sola todo lo que quiere. Almaida se pasea por el césped, acariciando con ternura infinita el cráneo chato del perro viejo que la sigue. Le habla: ¡Oh! tú sí que eres bueno... Si supieras...

Y siente crecer su dolor, por segundos, como una espina.

El estado de la muchacha no deja de inquietar al señor de Astín, que conoce—¡ay!—el atavismo paterno de ella y recuerda el misticismo en que naufragaron muchos de los de Alcaráz.

—Algunas veces intenta distraer á Almaida. Le hace recorrer la antigua mansión, enmarañada como una novela de aventuras. Reina en ella el perfume de otro mundo. Al contemplar los objetos traídos de la

China, se piensa en Simbad, el Marino. En el salón hay una silla de manos, en la que está sentada una gran muñeca del Celeste Imperio que, de la mano, asomada á la portezuela, deja colgar un malvabisco rojo. Acercándose, es de admirar el vestido azul del precioso maniquí, cuya cabeza, apoyada atrás, ofrece, como una rosa eterna, la sonrisa un poco desdeñosa de la boca.

Aquí y allá se ven muebles raros, sillas incrustadas de nácar, ó sillones revestidos de telas tan leves que á través de ellas se distinguen las petunias de color de carne que se abren en los respaldos. Las patas de uno de estos sillones descansan en unas babuchas tan pequeñas, tan bonitas, que hacen pensar en Cenicienta. Y en las paredes, se ven pinturas alegres, pulidas como porcelanas, en las cuales unas princesas Mongólicas compran flores ó las regatean con ligeros ademanes recatados.

Una noche que Almaida está más sombría que de ordinario, y que el señor de Astín se da cuenta de que no puede luchar con tan enigmática

tristeza, imposible de atribuir á la muerte de un tío egoísta y huraño, pregunta á la muchacha:

—Querida mía: ¿parece que tenéis una pena muy grande?...

Ella permanece en silencio, en la sombra de la lámpara.

El se sienta junto á ella y le coge las manos:

—Decid, ¿qué tenéis?

La voz del caballero es tan dulce y buena que hace estremecerse á la muchacha com un hálito de amor. Largamente, como quien va á romper en sollozos, aspira el aire de un suspiro entrecortado. Se le llenan los ojos de lágrimas, le tiemblas las aletas de la nariz.

Cae por fin de rodillas en la alfombra y, llorosa, apoyando la mejilla húmeda y ardiente en las manos viejas y arrugadas que retiene entre sus dedos crispados, se confiesa.

VIII

La mañana siguiente á aquella terrible velada, el señor de Astín llama á Almaida á su habitación.

—Hija mía—le dice—sentaos en frente de mí... Toda la noche he estado pensando en vos. Necesito hablaros.

Lo dice con dulzura, con gravedad, extendido en una butaca, con el pie sobre un escabel, envuelto en un vestido de mujer chino que á veces gusta de ponerse para estar en su cuarto. Ambos brazos los apoya de plano en los brazos del sillón, encorvada cada mano sobre los dos remates de encina. El cuerpo

se inclina un poco hacia adelante. Los cabellos blancos, echados atrás, ondulan. Los ojos de vincapervinca clara miran fijamente al pavimento en donde tiembla el resplandor de la lumbre.

El señor de Astín prosigue:

—... He pensado en vos toda la noche...

Y, vacilante, vuelve á callar.

Fuera, una ráfaga de mayo, sopla. Un tierno resplandor verdoso se filtra por los cristales pequeños. Una cafetera ronronea delante de las brasas. Almaida, temerosa, intenta poner los ojos en los objetos que adornan aquella habitación en donde nunca había entrado. A la derecha hay un mapa marino, tostado como una concha vieja. Abajo se lee: *Océano Indico.* Aquí y allá, en las paredes ó sobre aparadores, se ven armas, trozos de cable, pájaros y mariposas disecados, huevos de avestruz. En el fondo hay dos cuadros grandes.

Uno de ellos representa una mujer morena, de aspecto enfermizo y lánguido. Tiene una mirada triste y larga. Con una mano sostiene un

chal, con la otra, juega con un colibrí. Y, acurrucada á sus pies, una esclavilla negra arregla en un canastillo corolas amarillas que parecen frutas, y frutas sonrosadas semejantes á corolas.

El otro cuadro representa una China elegante y de un gran encanto. Los cabellos levantados sobre la frente cónica, soportan oblicuamente alfileres y flores. Los ojos, de pequeñez extremada, sonríen, sensuales, de medio lado. Tomaríase á las aletas de la nariz por dos pétalos de clavel. La boca, chica y redonda como una cereza, muestra obstinación en permanecer cerrada, voluntad acaso de no abrirse sino para el beso, delicadamente, como una bombonera de coral encima del marfil ovalado y carnoso de la barbilla. Está vestida con un traje verde del mismo matiz que el vestido del señor de Astín, y un cinturón lila, anudado atrás, sobresale por los costados como dos anchas alas de mariposa.

—... Toda la noche, y parte de la mañana—prosigue el señor de Astín—he pensado en vos, hija mía. Escuchadme.

He conocido muchos dolores... Los años me han dado experiencia. El hombre que ha sufrido y ha vivido mucho no se atreve á condenar, quizá porque él también ha de necesitar muy pronto la misericordia de Dios...

Querida mía, habéis amado porque teníais necesidad de amar. El sentimiento vuestro no fué vil. Habéis amado con amor natural, y no con ese amor que hoy se compra y se vende en un matrimonio interesado y que hace ¡ay! que la más divina aspiración se fabrique á voluntad en el corazón de una muchacha. ¡Aquella piedra filosofal, aquella transubstanciación tan buscada por los alquimistas, se ha encontrado, hija mía! La mayor parte de los padres, de las madres, cede sus hijas al rey Midas. ¿Creéis que Dios puede ver sin cólera tal simonía de las almas? No... La mujer ha nacido para el hombre y el hombre para ella. Todas las criaturas, todas las cosas, quieren entregarse por sí mismas, las unas á las otras. Contemplad el valle en primavera. La perdiz blancal busca á su compañera, la flor de

la hepática se inclina hácia la flor de la hepática, la aulaga no tiene aquel suave olor sino porque sus pistilos van á ser fecundados entonces.

... Hija mía, conozco el suplicio de los corazones solitarios, la sed de amar, el dolor que hincha de sollozos las almas abandonadas... Querida mía, no os sofoquéis así, calmáos. ¿Sóis amiga mía? Yo lo soy vuestro y no tengo más que ternura para vuestro caso. No es criminal la acción vuestra. ¡Pero malhaya una sociedad que condena casi siempre á una muchacha sin fortuna ó sin amistades á la soledad más horrible! No tenéis vos la culpa, Almaida, sino este mundo egoísta y harto de todos los vicios que rehusa á una pobre niña lo que permite á los animales, lo que facilita á los pájaros en sus jaulas. Todo mal nace de la hipocresía. Sería necesario que toda doncella, cuyo corazón se consume aislado, tuviera derecho á elegir aquél á quien quiere entregarse; y que tal derecho fuera absoluto; y que existiera aparte de convencionalismos, de contratos y de pa-

dres. Estaría bien que la obligada al celibato por un destino injusto, tuviera derecho de romperlo y de romper con cuantos la vituperaran por tal acción, escapándose así de su desprecio hipócrita; que les pudiera decir, el día que se sintiera á punto de ser madre: me voy á donde me parece, ya que me rehusáis un lugar en la perrera.

La voz del señor de Astín tiembla y se eleva. Así, en el tiempo de su juventud, daría á sus palabras ese tono de autoridad que saben tener todos los que dominan al dolor y á los peligros.

—No os conmováis así, querida niña—prosigue. Dadme la mano y tened confianza.

Y, volviéndose hacia el retrato de la criolla que decora el fondo de la habitación, se lo señala con un movimiento de cabeza á Almaida:

—Era la amiga de un amigo mío. Murió víctima de la vergüenza que suscitaron en ella esas preocupaciones hipócritas. Bebió láudano, y su muerte trágica trastornó para siempre los pensamientos del que la quería. Se llamaba Laura López.

Luego, señalando al retrato de la China:

—Se llamaba Li-Tsé. Era hija de un mandarín. El se oponía á su boda. Ella se entregó á mí. Yo no deseaba más que seguir amándola y querer al hijo que me prometía. Pero su padre sorprendió nuestras relaciones y, persuadido de que el trato con un cristiano la había deshonrado, la hizo devorar por las marranas. Y así perdí yo la más amable querida y la flor de toda una primavera.

El señor de Astín, medita, la frente sobre una mano. Se oye el ruído del fuego y el del viento en el parque, el mismo viento quizá que soplaba antaño en el jardín de la China, en donde, entre la espesura de un macizo, el marqués joven sentía doblarse entre sus brazos á Li-Tsé, más flexible y dulce que una rama florida de membrillo.

Almaida se echa á los pies del anciano que pone una mano sobre ella en señal de bendición y dice:

—No os turbéis. Me conmuevo al pensar que mi pobre Li-Tsé no tuvo nunca la dicha que váis á tener: la

de ser madre. De vuestro hijo os sentiréis orgullosa, porque os lo envía Dios. Si vivo algunos meses aún, me hará recordar á aquél de que fuí privado... Sí, Dios nos lo envía. Le acogeremos. La posición que le dejaré, porque no tengo herederos naturales, será hermosa. Y vuestra riqueza os evitará muchos enojos. Amiga mía, criaréis á ese niño, no en secreto ni negando su orígen, cosa que sería fácil. Pero lo presentaréis á la vista del mundo, que hay que aprender á despreciar, declarando en voz alta: Este es el hijo ó la hija de la señorita Almaida de Etremont y de un pastorcillo del valle.

Almaida, siempre de rodillas, con la mano en la del caballero, siente que una ternura inmensa la invade. Levanta por fin la cabeza, y, encorvada, esparcidos los cabellos, mira con sus ojos ardientes, quemados por las lágrimas, á los del viejo más azules y puros que un celaje de abril. Rodea con sus brazos hermosos el cuello del señor de Astín y murmura:

—Amigo mío, qué bueno sóis...

IX

El estío coronado de orégano y de campánulas azules, llegó y pasó.

Y, llegado el final de septiembre, el parque de la quinta de Astín se llenó de la aurora crepuscular que hace semejante á un vergel maduro el término del día. Todo se empurpura, todo se dora. Las enramadas obscuras y carmesíes, no desguarnecidas aún de sus hojas, se expanden pesadas por cima de los céspedes. Ningún viento agita las aguas herrumbrosas de los estanques. Y en los vahos violáceos de la alameda, un mármol desnudo, alguna Diana corredora, parece que tren-

za, más alta que su frente, una guirnalda invisible.

Extendido en su *Chaise-longue*, al pie de la escalinata, echando, por divertirse, el bastón á su falderillo que se lo vuelve á traer, el señor marqués de Astín ve avanzar hácia él, desde el fondo de la alameda, á Almaida.

Se sienta junto á él, con su hijo en brazos, que pone los labios de anémona húmeda en los frutos blancos é hinchados que ella le tiende.

El señor de Astín contempla largamente á la madre y al hijo, y después:

—¡Qué hermosa tarde la de hoy, amiga mía! Este morir de la tarde es dulce y recogido. Ojalá que mi existencia termine así, que las nubes de la Muerte no velen mis ojos más que un instante para descubrirme en seguida el límpido azur de las Comarcas divinas... No os entristezcan, hija mía, estas palabras. Aún me dáis alegría... Pero no quisiera volver á empezar la existencia.

... Este es el último otoño, sin duda, en que me acuerdo de mí. Me extinguiré una tarde como aquel sol

que dora los bosques poéticos de estos ribazos. Entre sus brazos, de adolescente, encontré el amor de las pastoras como vos encontrasteis el de un pastor. Sólo, á los ojos del mundo, hay diferencia entre vuestra juventud y mi juventud pasada. Todo es lo mismo. Estos ribazos saltan como el océano, y guardan en la concavidad de sus valles, como el mar en el fondo de sus olas, las reliquias de muchas tempestades...

Ved: allá lejos, junto á aquel campanario blanco, descansan en paz Clara de Èllébeuse, que fué amiga vuestra, y Laura López, de quien os hablé al día siguiente de vuestra confesión. Las dos murieron de amor, aunque el egoísmo de los hombres pretenda que de eso no se muere.

La una era castidad, la otra pasión, cosas que son con frecuencia una misma. La una sucumbió de no sé qué pura locura, y la otra del terror de haberse entregado. En una palabra, parecían muertas del mismo mal, víctimas del orgullo hereditario.

A vos, hija mía, lo que os salvó,

fué el haberos visto privada de educación desde muy joven. Todo es lo mismo, os decía, y las criaturas también. ¿Qué diferencia puede haber entre las caperucitas encarnadas de nuestros montes, que no pueden resistir al amor más que los nogales á la subida de la savia, y la señorita Almaida de Etremont? Estoy de vuelta de muchas hipocresías de las que el hombre más recto difícilmente se desembaraza. Y puedo emitir estas opiniones, tanto más cuanto que mis años me lo permiten y que, desde hace muchos, he sabido no profanar la hermosura, y que vivo en este estado de pureza, único que puede hacer digna á la ancianidad, acercándola á la adolescencia. Pero, niña, sonreíos: Yo sé que, si de joven, hubiese vivido cerca de vos, pastor ó marqués, y me hubiera sido imposible casarme con vos, hubiera intentado poseeros. Y que, si lo hubiese conseguido, me hubiera considerado como un villano si la idea de un desprecio cualquiera por vos hubiera cruzado por mi espíritu.

Sé también que todo triste corazón de muchacha, consagrado á la sole-

dad, lacerado constantemente por la visión de la alegría de sus amigas, henchido de la necesidad de entregar su amor, de abnegarse y sacrificarse, ha de sucumbir á la menor caricia que le afirme lo capaz que es de dar felicidad. ¿Y qué mujer dichosa, que hubiera mordido el fruto de un rico vergel, se atrevería á vituperar á Almaida, que, en la hondura de los barrancos, cogió un pobre madroño?

El señor de Astín se calla. Coge en su mano la mano libre de Almaida que, pensativa, sigue inclinando hácia su hijo el seno de vincapervinca pálida de donde fluye el rocío blanco de la vida:

—Siento que habláis según Dios. ¿Pero quién puede hablar como vos habláis?

Levanta la cabeza, en espera de la contestación que no llega.

El señor marqués de Astín se ha dormido en la Paz eterna.

* * *

MANZANA DE ANÍS

O LA HISTORIA DE UNA MUCHACHA COJA

I

Se llama Laura de Anís, pero, por diversión, por las pecas con que están enarenadas sus mejillas de rosa silvestre, la llaman Manzana de Anís.

Es encantadora, pero cojita y débil.

Esta mañana, con la contera de un bastón, apoyo de su andar difícil, Manzana de Anís hace llover las lilas. Gotas y flores, de un azul grisáceo como sus ojos, caen sobre la ceniza de seda de su cabellera que se desborda del sombrero. Tose, porque acaba de *respirar* un mosquito. Después, como siente un cos-

quilleo leve en las aletas sonrosadas de la nariz, movibles como las de una mariposa, se las frota de una manera exagerada, riéndose, con la palma de la mano. Esto hace que su madre observe:

—Te la vas á arrancar de la cara, la nariz, y eso que es muy bonita...

A lo que Manzana de Anís contesta:

—Que me importa que sea bonita, si no la veo más que en mi espejo... Y además...

—Además ¿qué?...

—Cuando hay que llevar este bastón... aunque sea de ébano...

La señora de Anís se pone colorada, aprieta mucho tiempo contra sí á su hija.

—... Mamá...

—¿Qué, hija mía?

—Yo no te debia decir nunca cosas como esa.

Manzana de Anís tiene diez y siete primaveras y media, si hay mitades de primavera. Nació el dia en que su padre murió por un accidente de caza. La hubiera querido mucho, porque él tenía una naturaleza alegre y robusta, y porque el vigor se

enternece y cede al encanto de la fragilidad. Manzana de Anís fué semejante al tallo de los lirios de los valles de Salomón, tan delicado que se dobla, pero que, para crecer lánguidamente, se acoge á la sombra de las encinas.

Manzana de Anís cojea, pero es en ella casi una gracia. Al verla venir desde el fondo de la alameda, en el momento en que los pájaros beben las aguas de mayo, ó la hierba menuda desgrana collares de perlas de arco iris, creeríase ver andar á una liana, balanceada apenas por la brisa. Encorva una rama por encima de su frente. Su tez de albaricoque sonrosado, en la sombra del vasto sombrero, hace un saludo á la luz. Su brazo levantado descubre la ausencia del pecho, hace resaltar la fina elegancia de las piernas altas y delgadas. Ninguna deformidad explica el andar, ¡ay!, vacilante. Creeríase que en la fatiga de ser graciosa, la gracia misma sucumbe. Contempla largamente un iris tan claro que la deslumbra y advierte que, por el centro, el rabillo de la flor es jorobado.

Al dirigirse entonces hácia la fuente ve una nevatilla, entre las rocas de la cascada, que se balancea y bebe, y después anda con rapidez.

Y Manzana de Anís se pregunta:

La nevatilla ¿está acaso impedida? Creo que no. Cuando una nevatilla está impedida ¿la puede querer con amor un nevatillo?... Entonces se acuerda de un pajarillo hortelano que recogió hace tiempo. Arrastraba una brizna de brezo, atada á sus patas. Era un reclamo escapado. Ella le había libertado de aquel suplicio y devuelto á la libertad. De manera que como si no hubiera estado impedido... Su achaque era aquella brizna de brezo. ¡Ah! Si le hubieran podido quitar á ella su achaque, como una brizna de brezo... Decían que en Lourdes hay milagros... Había estado en Lourdes, de muy pequeñita. Nunca había sufrido tanto como al desvestirse para que la sumergieran en la piscina. Había rezado, había seguido la procesión, muy juiciosa. Estaba en un cochecito. No había podido ir á pie porque la cadera le dolía. El cielo vacío cantaba. Los cánticos,

creía ella verlos desarrollarse como grímpolas azules, subir como llamas hacia la palidez de los campanarios. Detrás de ella, estaba una más impedida que ella, una paralítica, le habían dicho, que ocultaba su rostro viejo entre las manos arrugadas por una especie de tierra. Manzana de Anís temblaba... Cuando habían dado la bendición—entonces, entonces, le habían dicho, era cuando había que rezar con más fervor—cuando, ante la roja ceguedad de la custodia, había bajado sus cabellos de ternura bajo la cólera de Dios... ¡Oh!... entonces había sentido un frío inmenso... Había llorado, en tanto que su madre le sostenía la cabeza. Sin embargo, no se había curado. Recordaba el regreso triste... Pero no guardaba rencor á Dios... Al contrario... Llevaba una medalla en donde estaba grabado: *Ruega. Cree. Espera.*

Manzana de Anís continúa su paseo, coge violetas, dibuja cosas en la arena, se asombra de que el pardillo tenga los ojos tan grandes, parecidos á los de la ardilla, mira al aire, cree distinguir moscas, compara el azul de las vincapervincas al color de la

leche en una botella, silba á Viernes, el perro, que no la oye—en primer lugar porque es sordo, piensa ella—además porque tengo la boca muy chica.

Pronto se reune á su madre que la vuelve á acariciar, porque es una niña muy mimada. Pero Manzana de Anis, lejos de echarse á perder con tal solicitud, sigue siendo una manzana deliciosa...

Su única debilidad es la compostura, aunque en ella no haya coquetería, sino delicadeza, como si dijéramos el cuidado que se toma un pájaro de los torrentes. Su madre, su abuela paterna, su tío Tom des Arbailles, su tía Virginia des Arbailles, todos están á quién le regalará la piedra más bonita, el abanico más ligero. Se para en este marco brillante y matizado, peinada por la mañana de oro, cuya niebla parece humear en torno de ella. Apoyada en su bastón de puño, que figura una cabeza de cerceta con ojos que son de esmeralda, Manzana de Anís, adelantando la barbilla, contempla con esa mirada un poco altiva, que proviene de su raza y de su achaque,

las landas, la llanura que se va encorvando, los bosques nuevos, empurpurados por los cuchicheos de las savias impacientes. Todo danza en la luz que parece lanzar un grito. Y Manzana de Anís, bajando la frente, vuelve á emprender la marcha un poco penosa por las alamedas pálidas, pura como agua, sonrosada como una rosa, bajo los incensarios azules de las lilas.

Hay que creer en Dios. Y, ciertamente, Manzana de Anís cree en él. ¿No es él el que la consuela? ¿El que le da fuerza para no agriarse? ¿El que la hizo sollozar de agradecimiento hacia la vida el día en que comulgó, sin poder arrodillarse ¡ay! tanto como hubiera querido, al lado de las azucenas inflexibles, frente al altar incandescente?

... Por lo demás, sus parientes dieron siempre el buen ejemplo, muchos hasta entraron en religión: Magdalena des Arbailles, hermana de las Reparadoras, en Pau, en donde murió un Viernes santo, á las tres de la tarde. Manzana de Anís evoca á aquella prima, á la que sólo vió muy pocas veces, arrodillada

sobre el triste y frío resplandor azul que caía de las vidrieras á las losas de la capilla, y parecida, en el desplegarse de su cola, á un pavo real del Paraíso... Después á quien veía era al hermano Sebastián... Había ido á Tombuctu y, al regresar, casi en seguida, había hecho los votos... Hablaba poco, recuerda ella, y, aunque no tenía más que treinta años entonces, su barba era blanca como el polvo de los desiertos que había atravesado... Ahora estaba allá lejos, en la aspereza florida de un Alpe aromático... Sin duda soñaba, al dormirse en su celda, en los cuernos de la luna que cortan la sombra de los abetos... Sin duda cogía, al amanecer, plantas que tienen virtudes... Sin duda rezaba por Manzana de Anís... Y después otro tío de su padre, el tío-abuelo Huberto, que había querido ser cura rural y poseía el curato de Noarrieu, á tres kilómetros de la quinta... En el patio del presbiterio, había gallinas pintadas que se acogían á la sombra de los ricinos y cloqueaban quejumbrosas. En derredor del pozo abríanse las bocas de las rosas y en el huerto los

perales de San Juan exhalaban, con la madurez de sus frutos, un perfume tibio, dulce y triste. Sobre la chimenea del comedor, se veía una virgen bajo un fanal y á un lado y otro de la Consoladora de los afligidos, la criada había puesto flores artificiales, espigas argentinas y doradas. Aquella criada era servicial. Tenía á la cintura llaves que sonaban contra la botella que traía de la bodega glacial á la hora en que el grito de los gallos responde al clamor de los Angelus.

Manzana de Anís se dice que tiene privilegio cerca del Todopoderoso, el que pertenece á semejante familia. Y así, nunca ha sentido inquietud por su padre, á quien lo súbito de un golpe mortal impidió únicamente el recibir los últimos sacramentos. Adoraba á ese padre desconocido para ella. Creía verle, algunas veces, al entrar en el Paraíso, de vuelta de la caza fatal que le habían contado. San Pedro abría la puerta, y los viejos lebreles fieles á su amo, humildes y cubiertos de todo, husmeaban las huellas de Dios.

... Señor, rogaba Manzana de Anís

en sus momentos de mayor fe, Señor, gracias por mi cojera. Señor, os ofrezco el pesar de no poder doblar la rodilla, y os ofrezco estos claveles del llano, en recuerdo de mi padre muerto, que los hallaba al perseguir á las perdices. Señor, yo no puedo cazar como él cazaba, pero puedo amaros. Me colmáis de la bondad de los míos, de mi madre, de abuelita, de tía Virginia y de tío Tom... Haced, Señor, que no tenga ninguna impaciencia, ni un refunfuño, cuando ocurra que dé un paso en falso. Vos, caísteis al peso de la cruz que llevabais; subisteis al calvario, mientras yo ando sobre el césped. Señor, libradme de la rebeldía; quitadme la amargura un poco celosa que siento á veces al contemplar el andar tan suelto de Lucía, de mi querida Lucía, tan perfecta, tan entregada á vos, Señor!...

Porque Lucía de Atchuria es una amiga de la misma edad que Manzana, una amiga muy graciosa, muy perfecta, muy piadosa en efecto. Las dos, tres veces por semana, dan lección con la misma institutríz que va alternativamente de la quinta de

Anís á la quinta de Atchuria. Lucía es morena y llena. Tiene una boquita pequeña, sangrienta, en la que se ven dos hileras de pepitas de nácar, cuando se ríe ó cuando se asombra. Sus ojos son negros como dos bayas de belladona, de tan negros, casi duros; su nariz, de pico de codorniz, es tan bonita que mueve á risa; su tez es la de la mandarina y sus cabellos, lucientes de azul, parecen siempre á punto de soltarse... Tan buena, tan delicada, tan no sé cómo decirlo, que cuando se pasea con Manzana de Anís y la siente cansada, simula fatiga, apoyándose en ella ligeramente. Es muy divertido el contraste que ofrece la hermosura de estas dos muchachas...

Y precisamente hoy Lucía viene á almorzar á la quinta de Anís. Salta de la diabla y descubre la picaresca redondez menuda de su pierna. Hace pensar en la lechera de la fábula...

¡Oh frescura de las adolescentes! ¡Sonrisas plenas como frutas! ¡Sangre bermeja que corres bajo las nucas descubiertas! ¡Seguridad de vosotras mismas! ¡Flores que nadie ha tocado! Venid... ¡Que vuestra

inocencia me encante y que inspire á los caramillos que coge el Poeta en Primavera y que hace sonar á la sombra de los álamos nuevos!

Y, al pie de la escalinata, Manzana besa á Lucía:

—¡Esta feúcha que no ha venido hace tanto tiempo!

—Manzana querida, hemos tenido gente... Hemos sentido que no te hayas dignado reunirte con nosotros... Te hubieras reído enormemente... Figúrate... Era una guasa... La señora de Lante, subida á una encina... Sí, querida, á una encina, de noche, para imitar al ruiseñor... Silbaba... Nosotros, desternillándonos... El señor Ficaire estaba debajo del arbol... Papá, ya sabes como es, ha gritado á la señora de Lante: «¡Vamos, chiflada! ¿Quiére usted bajarse de ahí? ¡Si su marido viviera, ya le daria á Vd. silbato!»

—¡Es increíble, querida!...

—... Tanto más que el señor Ficaire, que quisiera casarse con esa loca, ha estado de hocico toda la noche y que...

—Llaman á almorzar... Subamos...

—... Verás cómo no se casa con

ella... ¿Tendréis gente en la quinta esta tarde?

—Sí, casi todas las amigas han dicho que vendrían. Hay salida en el convento. Es primer jueves de mes.

—¡Ah!

—Dime, querida...

—Querida...

—¿Estaba Mariquita Arnústegui en vuestra casa... en esa reunión?

—Sí...

—¿Sola?

—Sí... no... Su hermano Juan la acompañaba.

Entran en el comedor, en donde la señora de Anís, tía Virginia des Arbailles y abuelita de Anís besan á Lucía.

—¿Cómo están los de Atchuria?

—Muy bien, gracias, señora.

—¿Y tú, Lucía?

—Muy bien, gracias, señora.

La madre de Manzana de Anís, que pregunta, es hermosa todavía, de una hermosura algo ruda que su diligencia no gasta. Amiga de labores domésticas, hija de una de esas casas en que imperan el orden y la economía, se había criado sana y

fuerte entre los armarios sonoros repletos de ropa blanca olorosa. Ella era la que, desde muy joven, en el comedor familiar, partía el pan, arreglaba las frutas, colocaba la espesa garrafa azulada sobre el mantel, vigilaba para que la fuente de mármol no se agotara. Referíase que el mismo día de su boda se había levantado á las tres de la mañana, fresca como la campiña que se despierta, que había puesto ella sola el numeroso servicio de mesa, adornado de capuchinas los fruteros, arreglado á los primitos... Y que en menos de media hora se había vestido el traje de novia...

¡Feliz, decían los ancianos al hablar de ella, feliz el que alcanza la mano de una mujer así! Es de la raza de los ángeles y de las sirvientas.

¡Ay! La felicidad que daba al señor de Anís fué corta. Hubiérase dicho que aguardaba ella el instante preciso del horrible accidente para dar á luz y evitar á su marido el pesar de saber que la flor deliciosa nacida de ellos, nacía herida... como moría él.

Tía Virginia, que es una solterona

con aspecto de caballote distinguido, delgada hasta parecer tejida de largos ensueños, tía Virginia, que á ejemplo de su hermano Tom, ha venido á vivir á la quinta de Anís—menos con motivo de pretendidos arreglos de familia que con motivo de una pasión inmoderada por Manzana—tía Virginia reza el *Benedicite*. Como su hermano, no se parece á su hermana la señora de Anís.

Abuelita de Anís, pequeña, gorda y sonrosada, con anteojos siempre brillantes sobre la nariz, hasta cuando los cree perdidos, se sienta con la sonrisa de una persona sorda que quiere mostrarse afectuosa hasta con los que no oye.

Por lo que hace á tío Tom, solterón, de nariz roma y ojos azules de muñeca, luenga barba rubia, apariencia de sabio del Atica, está dirigiendo un discurso de sílabas incoherentes á su fiel falderillo Viernes, cosa que á nadie, ni al perro mismo, le sorprende. Todos están habituados á las maneras de tío Tom que, por ser un gran botánico y un verdadero poeta, no deja de ser un gran original.

II

Por la tarde, cuando llegan las compañeras, á Manzana de Anís le gusta que se baile. Conmueve la delicadeza de tocar ella misma el piano y de complacerse en tal diversión imposible para ella. Son diez muchachas, inclusas Manzana y Lucía. Las señoras trabajan en bordados ó labores de gancho. El tío Tom, antes de ir á buscar otra vez su microscopio, gusta de contemplar esos bailes blancos en los que las curvas le hacen pensar en los tallos de la madreselva ó del lirio de los valles de Salomón, de ver bullir á esas mujercitas como flores, en el salón inmenso,

bajo la mirada taciturna de las que sobreviven en los retratos sombríos y que sintieron antiguamente la mordedura de los Ensueños en el alma ó en la boca.

Y la danza que Manzana de Anís prefiere acompañar, es aquella en que, con mayor gracia y languidez acaso, se levanta y se baja el arco de marfil de las piernas juveniles. Es el *pas de quatre*, en que dos bailarinas, cogidas por el talle, bailan siempre la una al lado de la otra, pero hacia adelante, y parecen animadas por una sola armonía, por una misma flexibilidad nerviosa, formando así una doble y encantadora quimera. Nada puede decir la voluptuosidad de esta danza en la cual, lentamente, se alzan y se bajan, detenidas y suspensas un instante, las rodillas de dos adolescentes, vírgenes como las pasiones que van á llegar. Tendríase por un divino tronco, guiado por el mismo Amor con frenos de lilas invisibles.

... Luisa baila con Coralia, Mariquita con Cristina, Ivona con Paquita, María con María. Graciosa está sentada no lejos del tío Tom.

Cuando los últimos acordes mueren, y el alma del piano y la de las muchachas tiembla todavía, el hermano de Mariquita, Juan Arnústegui, entra, saluda á las señoras de Anís y á tía de Arbailles, tiende la mano al tío Tomás que le sonríe.

Tiene veintitrés años. Es basco por su padre, y de origen español por su madre que llevaba el apellido de Elgorriaga. A su madre, que murió joven, atolondrada y encantadora, la conoció Juan lo bastante para recordarla algunas veces. Creía volverla á ver, fina como la hoja de un puñal, hablando con volubilidad en el momento de ir á algún baile. Bajo la mantilla antigua, sus cabellos, más negros que la noche, se exaltaban, incendiados por camelias. Se inclinaba sobre la cuna de su niñito, le contemplaba con aquella mirada que, á la impresión más fútil se hacía ardiente hasta punto de locura, y le decía con su voz ronca y dulce, como la de los campanarios españoles:

—¡Juan mío, serás más juicioso que yo! Y se reía. Y el niño, con los ojos semicerrados, veía la puerta abrirse

otra vez y á la luz de las antorchas que sostenian las doncellas, dos pies de cierva encorvarse en el resplandor de los escarpines.

De su madre, Juan, ha heredado la hermosura y el amor á los juegos y al baile. Sus mejillas, bastante llenas y rasuradas, su sonrisa sin tacha, sus ojos verdes, su nariz romana, sus cabellos llenos de azul, su tez de cuero dorado afirman su raza. Nadie mejor que él, con cesta de mimbre, hace botar y rebotar la pelota pesada de una á otra pared del trinquete de Irún.

... También el tío Tom reclama en seguida:

—Juan... La jota.

Se callan. Manzana de Anis, pero esta vez con palidez inexplicable, hasta tal punto que su madre le pregunta si está mala, vuelve á sentarse al piano.

Como Mariquita Arnústegui se ha recusado, Lucía de Atchuría se levanta.

Atravesados los cabellos por una flecha de jacinto rosáceo, hechicera en su traje corto que descubre sus piernas redonda calzadas de seda

de bronce, caladas, Lucía de Atchuria se coloca frente á Juan Arnústegui. El ritmo vacila, luego se apodera de ambos. Levántanse los brazos, encúrvanse como asas por encima de la cabeza que se echa atrás, chascan los dedos como castañuelas. Lucía levanta poco á poco la pierna derecha, como si fuese á subir la primera grada de una escalera aérea, frunce el ceño. Sus ojos de belladona, con el sobresalto del ritmo, ensordecido por una guitarra que Mariquita acaba de descolgar de la pared, dilatan sus bayas obscuras hasta tomar una expresión bravía, de puro ardiente.

Juan se balancea largamente, luego dobla ante ella una rodilla y parece suplicarla, como ante un toro joven el matador que le hace frente...

Entonces, dejando el piano, con una pluma de jacinto, blanca entre sus cabellos de sol bajo la nieve, Manzana de Anís, apoyada en su bastón, da lentamente la vuelta á la sala.

Invita á sus amigas á la merienda que ha preparado. Se coje al brazo de Lucía que le dice con ternura:

—Mira, me fastidia un poco bailar siempre la jota ó el fandango con Juan...

A lo que Manzana de Anís responde sólo con una sonrisa y una caricia de sus dedos fríos en la conchilla tenebrosa formada por el espeso moño de Lucía.

Juan da las gracias á Manzana de Anís por haber acompañado tan bien aquella danza. Ella se ruboriza y ofrece al joven un vino de fuego, dejando que el chorro llene un tulipán de cristal.

—¿Te olvidas de mí?—dice el tío Tom—sonriente cerca de Juan.

—¡Oh!... Buen tío Tom... No... Nunca me olvido de tí... Buen tío Tom... ¿Qué tal van las plantas que duermen?

—¡Vaya, hijas mías, venid á verlas!—exclama el tío Tom.—Y las muchachas se levantan en seguida murmurando unos *sí, sí, sí! Sí, sí sí!* Así hacen los gorriones en mayo cuando el alma de las azucenas, esparcida por los jardines, los invita á visitar los nidos de musgo.

¡Oh! Los gritos de los pájaros y de las muchachas, y el latir de alas y

de vestidos sobre la sombra de los bojes, cuando se creyera ver ya las flores que están para llegar en las hojas hinchadas de savia, cuando ya, sobre las céspedes del bosque, tiembla el nácar de las anémonas.

El laboratorio, ó, más bien, la estufa... ó, mejor, la cabaña del tío Tom—como la llama su hermana Virginia—está situada en un tranquilo rincón del parque. Allí, ningún ruido, sino á veces el martilleo del gorrión trepador, el acorde sordo de la ardilla, el caer de una bellota. En la tibieza de este refugio, comparado por Manzana de Anís, cuando era pequeña, á un diamante de las *Mil y una noches*, flota el misterio de las plantas. Es un recogimiento. Y aun hoy le ocurre á Manzana de Anís, tanto como cuando era pequeña, que sofoca el ruido de sus pasos y contiene la respiración cuando entra en esta estufa en ausencia del tío... como si temiera ver de pronto desenrollarse hacia ella, como una serpiente, algún helecho sombrío. Hay una mesa con un microscopio encima, por el que ha mirado algunas veces. Los granitos de polen son

como mundos que se abren en el caos de una gota de agua... Algunos pelos forman como un bosque de setas sobre un desierto... Hay tejidos como panales de abeja, delicados con complicación, enjoyados de cristales de los que parece esparcirse una luz de gruta, tejidos purpúreos, negros, violáceos, rosados, azules, tejidos con los que se hubiera hilado el vestido de Cenicienta. ¡Ay! ¿Cómo no había de tener Manzana de Anís tal finura de alma, después de haber contemplado todas estas finuras de las flores?... Aquí está el aparador de las plantas durmientes, más en particular estudiadas por el tío Tom; son las *mimosas*, que se colocan entre los pechos de las muchachas y que, por eso quizá, se ven obligadas á adormecerse; son las *oxalis*, que tienen, en cada hoja, dos corazones... y esos corazones, en el crepúsculo, se acercan para no tener frío. ¿En qué soñarán esas hierbas? El tío le ha dicho que Van Tieghem, un gran botánico, muy á menudo citado por él, cree que las plantas vienen tal vez de la luna, que han sido traídas á la tierra por exhalaciones. Enton-

ces, estarán soñando, creo yo, en sus hermanas que se han quedado allá, en los continentes del astro que se ve de noche en las riberas del mar de la Crisis ó del golfo de la Desolación... ¿Cómo serán las muchachas de la luna?... Deben tener la tez muy pálida. ¿Irán con sus novios á pasearse á la luz de la tierra? ¿Habrá muchachas... habrá en la luna muchachas cojas por las que nadie sentirá nunca amor?

Tío Tom está contentísimo de dar explicaciones á toda esta juventud á la cual se ha unido deliciosamente abuelita de Anís, que va del brazo de Juan Arnústegui.

—¿Véis—dice tío Tom—esta semilla que he puesto en algodón? Es una semilla muy antigua, una semilla de heliotropo encontrada en un sarcófago... Acaso germine...

—¡Oh! ¡tío Tom!... ¿Una semilla de muerto?...

—Y pensad en lo maravilloso que es, prosigue el botánico, que en esta semilla, desde tantos siglos ha, la plantita esté en vela... De manera que se hundían tronos, volcanes sorbían islas, Dios era crucificado, y

este átomo de vida vegetal, en su obscuro reino, no hubiera necesitado sino una gota de agua para perfumar á los reinos que renacían, á las islas que se volvían á formar y á la cruz que alzaban otra vez los conquistadores del Santo Sepulcro!... ¿Y, durante estos períodos, de qué se nutrió?... Sencillamente, de un poco de almidón...

—¡Coralia! ¡vas á romper esa maceta!

—Bah... Déjame...

—Yo—dice Cristina en voz baja—yo creía que el almidón no servía más que para planchar los cuellos...

—¡Cállate, cabeza de chorlito!...

—Y un día—termina el tío Tom—un día, esta pobre simiente, perdida en lo infinito, me ha caído en la mano... Y la que dormitó en las tinieblas, al lado de alguna momia, va indudablemente á estirar sus umbelas azules. Y quizá, hijas mías, de este mismo heliotropo depositado—¿quién sabe?—por algún príncipe egipcio sobre el cadaver de la que al morir le dejaba desolado, nacerá otro heliotropo del que ofreceréis ramilletes á vuestros novios.

—Nunca es demasiado pronto—observa tia Virginia, siempre sentimental, dirigiéndose á Juan—para hablar de noviazgos á los muchachos...

El tió Tom, á esta reflexión inesperada, suelta la risa.

Pero Manzana de Anís se entristece, mira á Juan, después á Lucía. Y se dice:

Acaso aquella princesa egipcia era hermosa como Lucía y aquel príncipe, guapo como Juan. Debe ser grato para las muertas que aquellos que las lloran pongan flores sobre sus cuerpos... Aquella princesa egipcia debía estar sentada, como en grabados que yo he visto, inmóvil, con las manos abiertas sobre las piernas como husos, con una especie de casco en la cabeza... Pero no estaría siempre así... Debía ser agil, saltar al ruído de los címbalos sobre el elefante sagrado... agil como Lucía... y andaría con gracia...

III

Oh, querida! no me puedo decidir á levantarme...

Es Lucía la que habla con Manzana de Anís que ha ido á pasar tres días á la quinta de Atchuria. Están en el mismo cuarto, Lucía en un lecho de color de rosa, Manzana en un lecho blanco.

... Hablando así, Lucía salta y corre, riéndose, para, como ella dice, estirar las piernas... piernas redondas y cobrizas, cortadas por la camisa delgada y corta. Bosteza, se sube á una butaca, para hacer equilibrios, en un pie. Luego, de pronto, al pensar que tanta flexibilidad puede entristecer á su amiga:

—¿Querida, si quieres te ayudaré á bajar de la cama?

Se acerca á Manzana de Anís, la toma delicadamente en brazos. Y Manzana hace un leve esfuerzo y se deja resbalar como una campánula que se cierra.

—¡Uf! Perfectamente. Gracias. Dame las medias, haz el favor.

La mañana de agosto es azul. Se la puede comparar á un abismo de agua tranquila cuyos bordes estuvieran sacudidos por los follajes, porque, desde el pie de la escalinata hasta la línea que con su contorno forma un acantilado de azul grisiento, el sombrío océano forestal se riza. Es una sucesión de espesas olas verdes en un golfo de nácar. Aquí y allá, lo mismo que en medio del mar, entre las olas altas, se forman grandes espacios de agua apacible, los prados se extienden. El torrente, en un punto preciso, brilla. El cielo fluye hácia él, entre dos alisos... Luego asciende un camino, entre los husos de los chopos, encorvados todos como plumas, hácia el mismo lado, porque sopla una brisa insensible; el camino que pasa á lo

largo del pálido incendio de los terrenos labrantíos, los centenos y las amapolas; el camino que, en la estampa antigua, traía de nuevo al país al soldado licenciado que saludaba con la mano la humareda de su choza.

Lucía y Manzana de Anís van por este camino. Manzana está tocada con un casquetillo fuera del cual vuelan los rayos de sol de sus cabellos, y Lucía con un ancho sombrero amarillo que parece una adormidera loca, bajo el que rompen dos bandós de noche estival. Manzana viste un traje gris, sin talle, severamente cerrado en el cuello por un camafeo que le regaló el tío Tom y que representa un corazón echando á volar ante un perro en acecho; Lucía, un vestido de muselina blanca, descotado apenas, y la sombra misteriosa de los pechos aún no en sazón, se ahonda bajo una cadena de plata.

Abren el cañizo de una casa de labor y entran en un huerto, en donde se sientan.

—Querida—dice Lucía á Manzana de Anís—me siento muy...

—¿Qué?

—No sé... Me parece que tengo gana de algo que no sé lo que es...

—¿De qué, vamos?

—No son ganas... Me siento irritada al despertar...

Súbito, bajo los girasoles, lloran á un tiempo los pavos blancos.

—Tienes lágrimas en los ojos, Lucía...tan contenta como estabas hace un momento.

—Es el perfume de la magnolia que me hace daño.

—¿Nada más que el perfume de la magnolia, adorada mía?...

Sobre el techo de la casa de labor, en el silencio solemne de la caligine, se oye picotear de pichones.

—Lucía, dime...

—¿Qué? Manzana de Anís...

—¿Le quieres?

—.....

Del lado de los cassis, sobre el reflejo de las campanas de melones, se cruzan las marañas de las abejas.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Oh! sí...

—Y él ¿lo sabe?

—Debe saberlo.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Oh! amiga mía...

—¿Cómo lo sabe, dímelo?

—¡Oh! Déjame, me hace bien el llorar sobre tus rodillas.., Dí, ¿no las hago daño, á tus rodillitas?

Nuevamente, bajo los girasoles, los pavos blancos lloran juntos.

—Pero, mira, Manzana de Anís, tengo un escrúpulo muy grande...

—¿Cuál, cariño?

—... Tormento de mis días y de mis noches... que me hace despertarme antes del alba... y que me hace sollozar así...

—.....

—... Temo que tú quieras á Juan.

Una rubeta croa. Llueve á lo lejos, por encima del ribazo ensombrecido de pronto. El arco iris se levanta sobre el bosque.

—... No...

—¿No?

—No... No quiero á Juan.

—¡Oh! ¡Qué feliz soy!...

Nuevamente, bajo los girasoles, lloran juntos los pavos blancos.

Anchas gotas olorosas y tibias, presto evaporadas, caen sobre la escalinata de la quinta de Atchuria, en el momento en que Manzana de Anís y Lucía suben por ella.

—Hijas mías—les anuncia el Señor de Atchuria que está á la puerta—estaréis contentas, porque vuestra buena amiga Mariquita y su hermano Juan han tenido la amabilidad de venir á almorzar con nosotros. Están en el salón. ¿Venís?

—Un momento, papaíto—dice Lucía—el tiempo de ir á nuestro cuarto, y bajar.

Suben las dos la escalera antigua, seca, sonora y encerrada, entran en su habitación, se arreglan. La hechicera frescura de sus cuerpos se viste de esa blancura misteriosa que asemeja los dormitorios de las muchachas á los panales de cera virgen. Ya están dispuestas para bajar.

—¡Oh! qué contenta estás, Lucía mía—dice gravemente Manzana de Anís—y qué guapa estás...

—Tú, más que yo... ya lo sabes—responde la niña morena y dorada.

Y Manzana de Anís, con un temblor en la voz:

—Sostenme un poco, querida... Espera... para volver á bajar... necesito la barandilla y tu mano...

Entran en la sala.

—¡Mariquita, qué suerte!

—¡Lucía!

—¡Manzana de Anís!

—Buenos días... buenos días, Juan.

—Buenos días.

En un vasto sillón de flores de un azul desteñido, Manzana de Anís está sentada. Tiene aspecto de cansancio, pero no hay nada más gracioso. Su mano ridículamente pequeña, se apoya en la cerceta del puño de su bastón de ébano. Su cuerpo, casi tendido, se abandona. Pero la cabeza continúa erguida, altiva; la boca es tan fina, que para corregir su finura algo agresiva es necesaria la luz de una sonrisa centelleante de bondad. Y la mirada gris violeta de la niña tiene ya la gravedad real que otorgan, en alianza con la estirpe, el sufrimiento y la resignación.

De pronto, lanzan un grito de alegría. ¡Es el tío Tom! ¡Qué sorpresa!

El intrépido tío Tom, aparece, llevando en bandolera su caja de Dillenius de color de forraje fresco. Saluda, sosteniendo un ramillete de gencianas azules y de brezos sonrosados, que ofrece á la señora de Atchuria.

—¡Oh! gracias, señor des Arbai-

lles... Lucía... Ponlo en agua... Parecen de nácar...,

Viernes, que ha seguido á su amo, olfatea los sillones, pone sus patazas llenas de lodo sobre las rodillas de Mariquita, le falta poco para tirar no sé qué de un coletazo, reconoce á Manzana de Anís, yergue las orejas, ladra, recibe un ligero puntapié del tío Tom, trata por fin de meterse debajo de un mueble de patas demasiado bajas para que pueda pasar.

El señor de Atchuria, pregunta:

—¿Está Vd. contento, señor des Arbailles, de su herborización?

—Me he entregado más de lleno esta mañana á la pereza del paseo que á los encantos de la botánica... Me he sentado entre campanillas azules y sonrosadas, de las que he hecho ese manojo, y he mirado á las ardillas.

Entran en el comedor. Está fresquísimo. Las codornices asadas son deliciosas. Los platos antiguos del aparador alegran con sus colorines violentos. ¡Qué bien están esos tulipanes amarillos y violáceos que hacen pensar en yo no sé qué jardín del pasado! ¡Qué graciosos, esos pá-

jaros azules de luengas patas, coronados por un plumero!... Diríase que recorren, sobre la loza, un césped de Persia, un césped sobre el que alienta un céfiro tan suave que les alisa las plumas.

—Hace mucho tiempo, señor des Arbailles—advierte la señora de Atchuria—que Manzana de Anís no ha comunicado á Lucía ninguna de sus encantadoras fábulas...

Porque el tío Tom, lo saben todos, es poeta á ratos. Compone fábulas sobre cuanto se refiere á la naturaleza, los animales, las flores, las piedras. Se detiene, para escribirlas, en algún bosque. Le gusta la soledad, los lugares aislados en donde sólo escucha el gotear de la fuente, el ruido intermitente del arroyo que forma el manantial bajo las colas de caballo. Pero el tío Tom es bastante avaro de tales fábulas, aunque ha publicado algunas con gran éxito. Manzana de Anís se vuelve loca por esas poesías que encuentra á veces hundidas en el fondo de la caja verde de su tío, bajo helechos y musgos. No conoce nada mejor que esos versos que á veces son prosa. Ve venir

con frecuencia á la quinta de Anís gentes extrañas al país, que se conmueven cuando hablan con el tío Tom, y le dicen: Es Vd. un gran poeta... Alberto Samain la había acariciado la mejilla cuando era muy pequeña... Se parecía á un cisne... Acaso el poema aquel que había leído una noche junto al hogar, era su canto de cisne... Los cisnes cantan antes de morir...

Sí, Manzana de Anís cree, Manzana de Anís sabe que tío Tom es un hombre extraordinario á pesar de que le gusta envejecerse, de que lleva anteojos de oro, de que parece preocuparse ante todo de la opinión de los hombres y de que regaña con tía Virginia.

Por eso, terminado el almuerzo, Manzana de Anís va furtivamente á hurgar en la caja de Dillenius hasta que trae, de bajo las hierbas olorosas, un pedazo de papel garrapateado que blande al entrar en el salón.

—¡Aquí está la fábula nueva del tío!

Pero el autor, que acaba de encender la pipa, se ruboriza y se azora.

—Deja... chiquita... otra vez...

Pero Manzana, que ha leído ya, ella sola, rápidamente, contesta:

—Tío Tom, ya veo que temes que esta lectura me haga sufrir... Tío Tom, ¿por qué no quieres que lea yo en voz alta esta fábula que es tan hermosa?... Estaría mal hecho, privar á los demás de tal gozo... Y tú crees que eso...

Y antes de que el tío Tom haya tenido tiempo para oponerse con mayor ahinco, Manzana de Anís lee, con una voz tan pura como la del manantial junto al que se escribió, este poemita compuesto sin duda con el ramillete de por la mañana:

EL POETA

Más allá del bosque levantado por el viento, más allá de la fuente hueca y de la barranca, y del parque que atravesó, según dicen, en un día de nieve, con los hombros desnudos, una muerta que sufrió una riña por haber salido á hurtadillas del baile... ¿A dónde se fué? ¿En dónde está?

Más allá de la alfombra de césped, en donde el lagers-traemia levanta sus

flores rosáceas y tristes que le dan el aspecto de una mata de lilas del otro mundo; más allá del huerto en donde no dejan entrar á los pavos reales dorados, he cogido esta flor de brezo de color de sol sonrosado, junto á la genciana. Oh, flores, ¿quién sóis? ¿Cuál es vuestro sentido? ¿Por qué tal afirmación de vosotras mismas que me horroriza?

LA GENCIANA

No soy más que la amargura vestida de azul. La desolación me agrada. Como á tí, me gusta el hálito del sur en los abedules y el torrente que borbota. Como tú, vuelvo amargo cuanto se me aproxima, y el cazador que bebe en la fuente que me sirve de baño, experimenta amargura tal, como la que tu sentirías si bebieras en la fuente en que se hubiera sumergido la que está lejos de tí. ¿Hablabas de una muchacha del tiempo antiguo que salió del baile, en noche de nieve, para ir al encuentro del amor?

Sentóse bajo la glorieta seca y despertó á un petirrojo. Pero el novio no fué á la cita y el corazón de la mucha-

cha se llenó de amargura como el mío. Y, desde entonces, fuí la flor que prefería coger cuando, desocupada y sin encontrarle gusto á la vida, buscaba en la apariencia de mi corola el recuerdo de su traje de baile, y, en mis labios, la amargura de los suyos.

LA FLOR DE BREZO

No soy más que la soledad con vestido sonrosado. A lo más me extravío á veces hasta este valle, en donde la genciana me busca. Porque los que son amargos se pacifican en la soledad. Pero mi dominio es la colina arenosa y desierta, y no me duele mi aislamiento. A veces, desde la quinta, cuyo estanque distingo, sube hasta aquí una muchacha como yo, vestida de rosado color y graciosa. Quien la viera sentada entre mis matas, no comprendería qué causa le hace buscar también la soledad. ¡Ay! Esta muchacha, á pesar de su gracia, está inválida como yo, que tengo delicadas flores prendidas á un tronco lleno de nudos.

Y como esta lectura ha causado cierta emoción, aunque ha encantado á todos:

—¿No es verdad, tío Tom—pregunta Manzana de Anís—no es verdad que yo soy algo... flor de brezo?

Y tío Tom le contesta:

—Sí, hija mía, por tu tez de luz sonrosada eres una flor de brezo, y también porque encantas la soledad de un solterón... Pero sólo por eso... Porque si hubiera tenido que encontrar una hermana tuya entre las plantas...

—Hubiera sido...

—La violeta gris, tan modesta que nadie la puede advertir si no es que el viento sur le lleva el aroma.

—¿Y Lucía?

—¿Qué, Lucía?

—¿Cuál es la flor de Lucía?

—Mira—contesta sonriendo el tío Tom—la flor de Lucía no sería flor... ó más bien esa flor sería una seta...

—¡Una seta! ¿Cuál? ¿Cuál?

—El agárico. Porque se dice que los agáricos, en el vaho trémulo de las noches, bailan bailes. Van de los ribazos arbolados á los salones de chochaperdices adornados con prímulas. Y allí organizan pasos tan graciosos que no pueden desenlazarse y la aurora los sorprende agrupa-

dos en círculos... Lucía es la reina de la danza.

—¡Oh! tío Tom... Qué bonito, lo que Vd. dice... ¿Y la flor de Mariquita?

—La flor del trébol encarnado.

—¿Por qué?

—Dicen que canta... que canta con tal ternura que los hombres no pueden oirla, sino únicamente los animales y las cosas que se encierran en sí... y eso provoca el enorme silencio del mediodía.

—Pero, señor des Arbailles—dice Juan—es una delicia el oírle á usted hablar así de botánica...

—De una botánica—añade el señor de Atchuria—de la que él es rey...

—A ver—pregunta la señora de Atchuria—puesto que Tom es el rey de las flores, ¿cuál es la reina?

—¡Yo lo adiviné!—exclama Manzana de Anís.—¡Es la reina de los valles!

Así, en este juego fútil y encantador, el tiempo pasa hasta muy cerca de la hora de la merienda. Y el tío Tom propone:

—¿Si llevárais vuestras cestas al bosque? No voy muy lejos de aquí...

sólo á coger una *parnasia*, y á visitar á mis *rocíos del sol*, llamados también *yerbas de la gota*. Están á dos pasos... ¿Venís, niñas?

—Id... me quedaré yo—dice Manzana de Anís.

—¡Ah! Nada de eso... ¿Cómo se entiende?

—No quiero serviros de estorbo... Tendríais que ir demasido despacio.

—¡Buena es esa!... ¡Vaya con Manzana de Anís, que quiere hacerse desear!...

Con melancolía, se pone en pie. Su hombro derecho se levanta un poco, porque la mano se apoya en el lindo bastón. Así, Manzana está encantadora. ¿Por qué parece añadir un encanto á la gracia la languidez de la leve molestia? ¿Se mira á la niña con lástima y con piedad? ¡Ah! Nada de eso. La claridad de los dientes y de la sonrisa, la plata pálida de la barbilla levantada, provocan otros sentimientos en quien, como Juan, en esta hora, siente fluir sobre sí la mirada que hace gris al iris. Se pone la gorrita sobre los cabellos de ceniza fina, y coloca bien, sobre su corpiño, el medallón de

cristal en el que se abre un pétalo de alelí.

Tío Tom, Manzana de Anís, Lucía, Mariquita y Juan llegan á un valle muy próximo. Lucía que está desconcertada por la presencia de Juan, parece que le huye. De tal modo los primeros pudores son semejantes á las corolas, que se cierran al aproximarse la tempestad que las refresca. Pero el joven habla con la señorita de Anís, un poco rezagados de los demás.

—¿En dónde vivía Vd., Arnústegui, mientras estuvo en Lira?

—No lejos de una posesión antigua que había sido de los de Elgorriaga, de la familia de mi madre... precisamente en la esquina de la plaza de San Juan, al lado del frontón.

—¡Ah!... ya veo el sitio. Me gusta aquel barrio... y su olor de aceite frito y de hinojo, y las ramas colgadas junto á los laureles benditos, y el gritar de las sardinera, y el repique de San Marcial...

—¿Y Vd. ha vivido mucho tiempo en España?

—No... apenas dos meses... sólo en Lira, con mi tío Tom.

—¿Entonces recordará Vd. la posesión de Elgorriaga, de que hablaba yo?

Manzana de Anís se ruboriza.

—¿Es una que domina el mar? —pregunta.

—Precisamente.

—... Hay un jardín grande y triste, rodeado de una pared vieja. Espere Vd...

—Eso es.

—¿Y un escudo enorme de piedra que se viene abajo, sobre la puerta?

—Sí.

—... Bajo ese escudo cogí yo el alelí, del que llevo un pétalo en este corazón de cristal.

—Son las armas de los de Elgorriaga.

—Los de Elgorriaga vienen de Galicia, ¿no es verdad?

—No... De la provincia de Murcia, de Cartagena. Eran corsarios al servicio del rey.

Manzana mira á Juan, sus ojos de océano, su tez, un poco tostada. Y la imaginación viva de la muchacha la lleva á aquella época lejana. Atrevido, ágil y hermoso, hubiera trepado por los cordajes, se hubiera

columpiado en la tormenta, acechado por encima del mar... Es singular... Es singular, como se parece á Lucía... salvo en los ojos... Tienen aspecto de ser de la misma raza... Cierto que los de Atchuria son bascos...

—Juan.

—¿Dice usted?

—¿No le parece que mi amiga Lucía en muy española?

—Muy española.

—¿Verdad qué es guapa?

—Muy guapa, en efecto:.. Pero me gustaría indudablemente más su belleza si no sintiera que es del mismo origen que yo.

—Entonces...

Tío Tom lanza una exclamación:

—¡Mi parnasia!

Levanta por cima de su cabeza la flor que acaba de coger, esa flor que no soporta en su tallo más que una sola hoja adorable y cuyos pétalos parecen de un cristal redondeado, con venas de luz, adornados por dentro con penachos de seda dorada y verde, semejantes á las que los pavos reales dejan oscilar sobre su

cráneo de metal azul. ¡Mirad! mirad... exclama el botánico. Es la planta de las Musas... La parnasia... En esta muestra que yo acechaba, todos los estambres han sido substituídos por estaminoides... Vamos en busca de las yerbas de la gota, merendaremos en seguida...

Y Manzana de Anís, pregunta á Juan:

—¿Qué flor prefiere Vd.?

El contesta:

—... La violeta gris.

El pregunta:

—¿Y Vd.?

Ella contesta:

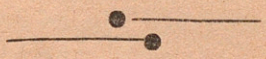
—... El alelí.

Tío Tom se exalta cada vez más. Pronuncia un verdadero discurso ante las yerbas de la gota que acaba de desarraigar de un terreno empapado, y ante unos fáciles marinos que acaba de descubrir.

—Sentaos—dice—y haced vuestra comidita cerca de esta fuente, en este bosque, de césped jaspeado de cólquicos. ¡Qué curioso!... Mirad en esta barranca, tan alejada como está del océano, ¡cuántas conchas ha dejado el diluvio!

—¿Són del tiempo del diluvio?—interroga Mariquita.

—Sí, hija mía, del diluvio... Y más tarde, cuando vuelva el mar, cuando, por sobre la copa de las encinas remen otra vez los hombres, las langostas se asombrarán al encontrar en este sitio... ¡el collar nuevo que acaba de perder este idiota de Viernes!



IV

ABUELITA DE ANÍS y la señora de Anís bordan. Tía Virginia des Arbailles, que enarbola en una gorra suya una petunia violácea que termina como su nombre y Manzana de Anís, hacen encaje. Tío Tom ha ido al invernadero.

Agosto dura todavía, coronado de cigarras y abejas, erguido en la vendimia. Por las ventanas del salón se divisan los rastrigos, flautas ligeras de las codornices.

Manzana de Anís piensa en los últimos días que pasó con Lucía... en Juan...

Desde la confesión que éste hizo á

Manzana de Anís, en el valle de la herborización, de que la flor que prefiere es la que el tío Tom comparó á su sobrina, está toda emocionada, toda molesta... Tanto más cuanto que Lucía de Atchuria sigue abriéndole su corazón, desde la confidencia que le hizo en el huerto de la alquería. Ahora, la seguridad que cree tener la niña enamorada de que su amiga no está prendada de Juan, la induce á menor reserva y á medida que esta reserva disminuye, la pasión aumenta.

Ahora bien, Manzana de Anís es demasiado lista para dejar de comprender que Juan no comparte ese amor, aunque se manifieste obsequioso con Lucía. Y sin querer atribuir más importancia de la necesaria á las galanterías que le ha disparado el joven basco, Manzana de Anís puede, sin embargo, confesarse que, entre las dos, ella es la preferida...

Manzana piensa.

Piensa que, si no fuese coja, Juan la pediría tal vez en matrimonio... Hubiera estado tan bien... A dos pasos los unos de los otros... Juan es

muy simpático á Tío Tom y á mamá... Juan se casará joven... El lo ha dicho... Su padre, de mucha edad, ya no puede ocuparse de las tierras de Arnústegui... Será, pues, necesario que Juan le substituya muy pronto... Además, no es desagradable al joven la perspectiva de esa existencia clara que comienza á punto de alba con los gritos de los lebreles y acaba á la hora en que los corazones de bronce suspendidos en los collares de los animales dejan de sonar... Pero es imposible que Juan le tenga nunca amor, puesto que es coja. Coja. Es coja. Dios mío, libradme, piensa. Señor, habéis curado á los paralíticos, habéis devuelto la vista á los ciegos, habéis resucitado á Lázaro, hermano de Magdalena... Magdalena derramaba sobre vuestros pies sus cabellos perfumados que inundaba de lágrimas... Dios mío, vos obráis tales milagros en el rincón de los hogares obscuros porque amáis á los pobres... Dios mío, quizá nosotros no somos bastante pobres... Dios mío, quizá si la Virgen no me ha curado en Lourdes, es porque no he nacido en un pese-

bre miserable y porque no he estado expuesta, toda desnuda, sin tener para calentarme más que el aliento misterioso del buey y del asno. Dios mío, os ofrezco mi corazón en mis manos juntas... Venderé, para repartir su valor á los pobres, el zafiro que me regaló tía Virginia. Soy vuestra sierva. Quisiera poder arrodillarme ante vos como, sobre la sombra azul de las losas, se arrodillaba sor Magdalena des Arbailles, que era como un pavo real muy grande...

—¿Mamaíta?

—¿Querida?

—¿Te contrariaría mucho, si te pidiera una cosa?

—Dí, hija mía.

—Que fuéramos todos á Lourdes, cuando la gran peregrinación...

V

Y, como en los días de la niñez, héla en Lourdes con abuelita de Anís, mamá, tía Virginia y tío Tom. Y como entonces ¡ay! no sé qué dolorosa casualidad, qué misteriosa molestia, qué estirones más agudos en la cadera, hacen que no pueda seguir á pie la procesión.

¡La mañana de la gran peregrinación! Los corazones del cielo, las campanas, se interpelan. ¿Quién sabe? Quizá durante la noche las visitaron ángeles curanderos y celebran conciliábulos. Desde su lecho, Manzana de Anís mira el cielo de la montaña y no sabe por qué se le hu-

medecen los ojos de alegría. Le parece ver, más allá de la tierra, el reposorio del Paraíso, un reposorio más claro que una Nochebuena, desplomado sobre peonías de un color de violeta pálido como la nieve.

Por la tarde, entre cuatro, la llevan en hombros: dos muchachos desconocidos, tío Tom y Juan, que es camillero. ¡Oh! pobre corazón, martirizado entonces, el de Manzana...

Un bordón truena en el sol. Una campana le contesta, clama hácia Dios, una campana que tiene voz de niña de primera comunión. La multitud se mueve, se ordena, se desenvuelve como río de fuego que arrastrara casullas de oro. El alma del dolor se exalta en las súplicas. Una tromba de incienso, de luz, y de cánticos se levanta en el aire, devorándolo. Los tullidos, los cancerosos, los enfermos de enfermedades que no tienen nombre, tienden los brazos en cruz hácia los campanarios enloquecidos. Un niño en un coche tiene los ojos y la nariz roídos por una lepra... Y la voz débil de la campanilla se distingue sin cesar en medio del ensordecedor repique de las de-

más, parece pedir á Dios su parte de eternidad. Y no sé qué bondad se cierne sobre tantas miserias.

Y Manzana de Anís domina la multitud. Desde sus parihuelas percibe las cabezas descubiertas de los hombres, los pañuelos de las bearnesas, las cofias bretonas inclinadas en la brisa como las velas de los barcos en la tormenta. Ahora, se siente feliz, balanceada apenas por Juan y el tío Tom, como una flor de muselina, á los pies del Señor.

En el momento de alzar, se siente morir, herida por el amor de Dios. Un estremecimiento semejante al que propaga el trueno de los órganos le recorre los brazos, le pasa por los cabellos como brisa glacial.

Cuando sale de la piscina, cojea aún. Pero en el momento en que Juan levanta la camilla en donde la han vuelto á acostar, la muchacha siente su oído hechicero acariciado por un soplo tan dulce como los cánticos. Y oye una voz, venida del cielo quizá, que le murmura:

—La quiero á Vd.

La llevan, loca de silenciosa alegría. Y toda la noche su sueño no es

más que un delirio divino... Está con Juan en Tombuctu. Un misionero joven, de barba blanca, el hermano Sebastián, creo, bendice su unión bajo las lianas ardientes. Y, posada en un arbol parecido á los del Paraíso terrenal, sor Magdalena, la Reparadora muerta, deja colgar entre el follaje su cola azul y dorada.

Pero, de vuelta en la quinta, Manzana de Anís es presa de una depresión tan fuerte como lo había sido la exaltación de los días últimos. En el mismo salón en que pidió á su madre la gracia de ir á Lourdes, piensa otra vez en Juan:

—No se quiere á una enferma—se dice...—Es la compasión, lo que ha hecho hablar á Juan... Juan no siente amor por mí... Pero debe tener corazón religioso... Cuando lleva sus sandalias, su albornóz y su boina, se parece á los peregrinos que iban á Tierra Santa... Sí, sí... Recordaba que en Lira había contemplado buen espacio el escudo de piedra de los de Elgorriaga... Tenía conchas de Santiago... Los antepasados de Juan habían debido pasar por los caminos frescos que van á Compostela y por

los desiertos calcinados de Palestina... Juan había heredado de ellos la pasión de auxiliar á los enfermos... Era el Buen Samaritano... Había derramado, como un óleo precioso, sobre la llaga de una desheredada, estas palabras: La quiero á Vd... Pero no era amor; no podía ser amor... Porque, si hubiera sido amor, ella hubiera sentido sin duda algo violento... Mientras que había sentido en el fondo del corazón una ternura agradecida... como el permiso de Dios...

Y este pensamiento de que Juan no ha obedecido sino á la compasión, remuerde á la muchacha. Y ella que dudaba hace poco del amor de Juan por Lucía de Atchuria, cree ahora en él. No es por indiferencia hácia Lucia, piensa, por lo que el joven habló de aquel modo en el valle poético en donde el tío Tom cogía sus flores amadas... No... sencillamente, en su excesiva delicadeza, quería evitar á una tullida el desconsuelo de mostrarle su preferencia por la de piernas ágiles y redondas que sabían hollar el vino de las danzas españolas...

Sí, continúa diciéndose, por un sentimiento demasiado alto para poder ser analizado es por lo que Juan, en Lourdes, en un espíritu de caridad, de sacrificio y de compasión, porque la veia volver cojeando de la piscina, murmuró esas palabras...

Manzana de Anís se refugia en el invernadero. A veces, ayuda al tío Tom. La semilla de heliotropo, sacada del sarcófago egipcio, ha germinado. Así el corazón se recoge á veces, mucho tiempo, antes de estallar. Pero entonces busca el rocío, como lo busca la planta, y si no encuentra rocío, pide á Dios que le dé á beber lágrimas.

En una tarde gris es cuando la casualidad hace que Manzana de Anís se encuentre sola en el invernadero, con Juan, que no se sabe por qué razón, se ha anticipado á la llegada de su hermana Mariquita. Y al tío Tom, acaban de llamarle desde la quinta para un asunto de granjería.

—Os dejo solos, hijos míos... Distraeos hojeando las últimas láminas del herbario...

Distraído, Juan abre el herbario

y, en la página primera, se extiende aquella parnasia admirable que el tío Tom había cogido el día en que Juan hizo comprender á Manzana de Anís el dulcísimo sentimiento que le había consagrado.

—¿Se acuerda Vd.?... ¿Se acuerda usted?—repite.

Y al verla callada:

—¿Se acuerda Vd. de que la quiero?...

Por absurdo que pueda parecer, la franqueza de tal confesión, lastima á la muchacha. Sus meditaciones demasiado largas—¡ay! como cuantas se refieren á los celos—han levantado el andamio de un doloroso sistema que se resume en esto: Soy coja. No puedo inspirar amor. Y además: Juan me quiere por compasión. Si no fuera por eso se casaría con Lucía...

Tiembla, sin embargo, como fuente al sol. ¿Qué contestar?... ¡Ah! Dios mío, no había previsto...

Juan, le dice:

—¿Quiere Vd. darme la mano?...

Ella tiende la mano derecha, haciendo pasar á la izquierda el bastoncito de ébano con puño de cerceta.

Pero en seguida, ruborizada, retira la mano que dió. Dos lágrimas ruedan de sus ojos grises...

En una de las tibias fuentes del invernadero, dos flores se inclinan con amor, una sobre otra. A estas nada les impide que se unan, porque no están heridas más que por la inocencia de Dios.

¡Oh, semillas que el viento montañés transporta en sus alas, seáis hijas de la genciana amarga ó del mirtilo agradable, igual dulzura tenéis á la hora en que los pólenes se desposan al rumor alegre de las abejas!

—Laura — continúa Juan — dando gravemente á la señorita de Anís ese nombre, que es el suyo de pila... Laura... ¿Quiére Vd. ser mi mujer?

Ella hace un esfuerzo violento. Contesta muy dulcemente:

—No...

Y se desploma, la infeliz... Deja caer su pobre bastón... Los brazos de Juan sostienen á la niña desmayada, sintiendo, junto á su pecho robusto, los pechitos y el corazón que apenas late.

La muchacha vuelve en sí.

—Amiga mía—pregunta él...—amiga mía... ¿La he causado pena?...

—Sí, no me hable Vd. más de eso, se lo suplico... nunca... nunca... Ya sé... Eso es imposible... Se lo he ofrecido á Dios... Nunca seré mujer de nadie... Juan, prométame Vd. que nunca me volverá á hablar de ello.

—Nunca... ¿Seguirá Vd. siendo amiga mía, verdad?

—Seré... hermana suya.

En el silencio perfumado del invernadero, sobre el estigma de una flor de begonia á la que falta un pétalo, una avispa deja caer de su ala un beso de polvillos de oro.

VI

Es unos meses después, en una reunión matinal para la que se han citado las muchachas, á medio andar de ambas quintas, en el curato de Noarrieu, en casa del tío-abuelo de Manzana de Anís, cuando Lucía hace saber á Manzana:

—Querida, mi corazón estalla de alegria... Juan Arnústegui ha hecho pedir mi mano...

Manzana de Anís se ruboriza apenas y responde sencillamente:

—¡Oh, querida mía!...

Pero, interiormente, una oleada de pensamientos difusos la asalta:

¿Qué significa todo esto? ¿Cuál es

el sentido de esta vida? ¿Qué ha hecho ella, Manzana de Anís? ¿Qué es este comedor frío en donde está? ¿Cómo tiene valor su tío Huberto para vivir allí? ¿Cómo tiene fuerza para interesarse en las cosas de la vida la vieja criada sorda que enciende el fuego en la cocina, allí al lado? ¿Qué importa, que uno se muera ó no se muera de frío? ¡Qué triste es el ruído de la cadena del pozo!... Allí, unos polluelos, se han refugiado bajo la mesa del comedor. Se esconden debajo de la gallina. ¡Pobrecillos! Que lástima... Los matarán un día... Les harán sangre... ¿No sería preferible morir á nacer coja?... Hay rosas de Bengala, aunque estemos en invierno... ¿Qué significan, las rosas de Bengala? Se acuerda de la fábula del tío Tom, de la flor de brezo lisiada. Tiene la boca seca. La cabeza le duele...

Contesta, sin prestar siquiera atención á lo que dice:

—¡Oh, querida mía!... cuanto me alegro...

—Sí, ya sabía yo que te alegrarías, porque eres de las que se gozan en la dicha de los demás... Eres tan bo-

nita como buena... Te diré... Antes de que tú me dijeras que no querías á Juan... ya sabes, en aquel cercado de los pavos blancos... figúrate... tenía celos. ¡Oh! Manzana mia deliciosa... perdóname. Es el único sentimiento feo que he tenido para tí... Pero no lo hacía á propósito... Y á pesar de todo, amiga mía, me he arrepentido de tales pensamientos... Los he confesado, aunque no fuese dueña de ellos... Ya sabes lo egoísta que es el que ama... ¡Oh! mira, sin embargo, si Juan te hubiera querido y tú hubieses correspondido á su amor, creo, cariño mío, que te hubiera ocultado mi pasión por él... y creo que si tú le hubieras adorado sin que él correspondiera á tal adoración, yo le hubiera negado mi mano para evitarte dolor...

Un gatito salta sobre las rodillas de Manzana de Anís. Ella pregunta:

—¿Te había hecho saber su proyecto de pedirte en matrimonio?

—Sí. Apenas hace ocho días...

—Me dijo...

—Te dijo...

—Me dijo: Me encuentro muy solo en casa... Mariquita se casará muy

pronto... Mi padre no administra ya la posesión... Tengo momentos de tristeza insondable, hace algunos meses. Siento que Vd. será una mujer segura. Noto en mí, hácia usted, no pasión, sino un sentimiento de simpatía vivísima... Me parece que, en el matrimonio, esta especie de afección vale más que un capricho violento é irreflexivo.

En el descansillo, el tardo péndulo de cobre del reloj alto, brilla, va y viene en su caja de madera adornada de tulipanes de fuego y de azafrán de oro, como un incensario balanceado por la mano de las horas. Se oye caer un leño sobre el morillo de la cocina y el andar pesado del tío-abuelo Huberto encima del comedor. Manzana de Anís pregunta:

—¿No te ha dicho más que eso, niña?

—¿Por qué lo dices?

—Por nada...

—¡Anda, curiosa!—Me dijo—cuando supo que yo consentía: Lucía, no estaré quizá muy alegre en los primeros tiempos. Mi lealtad me impone que le haga á Vd. una confesión...

Casi todos los jóvenes han tenido crisis del corazón que les han lastimado... Necesito algún tiempo para que las heridas se cicatricen... Pero estoy seguro de que será Vd. la mejor hermana de la caridad...

—... ¿Y sabes qué crisis del corazón ha tenido?

—... Creo... sí... He intentado saber algo... Debe ser alguna muchacha que habrá conocido en París, porque ha añadido: La única persona en quien he podido pensar fuera de usted, se ha consagrado á Dios...

VII

La boda de la señorita Lucía-Hermancia Visitación de Atchuria, con don Juan Tristán Arnústegui ha sido bendecida en la capillita de Noarrieu, á las once de la maña, el once de marzo de mil novecientos tres.

Cerca de la mentada capilla, hundida en medio de los bosques, fué donde una niña llamada Clara de Ellébeuse, atacada de locura, murió, y hácia esa capilla iba aun con frecuencia á vagar un poeta agobiado de dolores. Algunos dicen que le han visto llevando de la mano á una niña morena coronada de ciprés. ¿Qué pedían á Dios el uno y la otra? Pero ¿quién sabe lo que se pide á Dios?

Manzana de Anís entregó por su mano á Lucía, de parte del Tío Tom, entre otros regalos, el heliotropo florecido al fin, sacado del lecho fúnebre de la princesa egipcia. El harmonio gruñó. Pronunciáronse discursos. Los pájaros de los bosques vinieron á picotear, hasta cerca de la mesa puesta en la granja, el pan que da Dios á los más pobres...

Pero, terminada la ceremonia, aquella tarde misma, cuando Manzana de Anís y el tío Tom se encontraron solos en el invernadero misterioso, un sollozo sacudió á la niña vestida de rosa como la flor de brezo vagabunda. ¿Comprendió el tío Tom? Quizá. Porque, cogiendo en sus brazos á Manzana de Anís, rompió también en sollozos al oir estas palabras:

—Tio... Qué desgraciada soy... Me cortaré los cabellos... Seré reparadora como sor Magdalena... Seré como un pavo real muy grande...

FIN

AJUNTAMENT DE BARCELONA
Museu del Llibre i de les Arts Gràfiques
Reg. 488

INSTRUIR
DELEITANDO
E. DOMENECH
EDITOR

E. DOMENECH
EDITOR

MANZANA
DE ANÍS

boda. No tendré gana. No bailaré. Me aburre... Si yo hubiese conocido á su novio antes de que ella le conociese, me hubiera escogido á mí del mismo modo... ¿Por qué no? Las cosas, en el mundo, se hacen por casualidad, pero yo no tengo suerte... Y luego, dicen que ella es muy rica y que yo tengo poca fortuna... Y mi padre ha muerto en un hospital de alienados... ¿Sin embargo, yo no estoy loca?... La que tiene un tío como el que yo tengo, no se casa fácilmente... La que no es bastante rica.

Se acostarán en el musgo... Este lecho es fastidioso. Tengo que levantarme.

Un rumor llena ya la quinta. ¡Qué alegre es el día! El cielo todo no es más que una vincapervinca fresca. En su corola está encerrado el césped. ¡Oh luz más clara que la lluvia! ¡Oh frondosidades lejanas! ¿Por qué hacéis ensombrecer más que de costumbre el alma de Almaida de Etremont?

Se sienta en su lecho antes de bajar, y contempla con un sentimiento